CRITERIO

MILAGROS Y CURANDERISMO, por *Gustavo J. FRANCESCHI* . . . . . pág. 403

CRISTIANOS QUE SE BUSCAN, por *Philippe de REGIS* . . . . . pág. 406

PARA EL 10º ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE MAX JACOB, por *Stanislas FUMET* . . . . . pág. 409

CRONICAS INTEMPORALES: Las probables razones de la popularidad de Almafuerte, por *Francisco Luis BERNARDEZ* . . . . . pág. 410

NUESTRA ACTITUD FRENTE A LOS FESTIVALES DE CINE, por *Andrés RUSZKOWSKI* . . . . . pág. 411

HACIA UNA LITERATURA DEL MUNDO DEL TRABAJO, por *Mario J. RUZZO* . . . . . pág. 413

EL SUEÑO, por *Ricardo E. MOLINARI* . . . . . pág. 414

PENSAMIENTO PONTIFICIO. Discurso del Papa a los congresistas de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media . . . . . pág. 415

ARTES PLASTICAS. Arte ecuatoriano. Gésinus. De Castro. Exposiciones colectivas y personales. Pinturas en iglesia. Arte religioso . . . . . pág. 417

TEATRO. El último perro. L'Alouette . . . . . pág. 418

CINE. Horas de espanto. Sin barrera en el cielo. No quiero decirte adiós. Días de odio. El grito sagrado. Gragea. Desde Cannes... Los niños nos miran . . . . . pág. 420

MUSICA. Orquesta Sinfónica del Estado. Erik Tuxen. Ruzena Horakova . . . . . pág. 423

INFORMACION. Los sacerdotes-obreros . . . . . pág. 425

REVISTAS . . . . . pág. 433

LIBROS . . . . . pág. 434

Nº 1213

10 de Junio 1954
Año XXVII

...desde 1883, la tienda predilecta

Florida y Cangallo
Buenos Aires

Azul - Bahía Blanca - Córdoba
Concordia - Eva Perón - Junín - Mendoza - Mercedes (Bs. As.) - Mar del Plata - Pergamino
Paraná Rosario - Río Cuarto - Santa Fé - San Juan - San Rafael - Tucumán - Tandil - Tres Arroyos

CRITERIO

APARECE LOS SEGUNDOS Y CUARTOS JUEVES DE MES

Año XXVII | Buenos Aires, 10 de Junio de 1954 | Nº 1213

DIRECTORES: Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI y Pbro. LUIS R. CAPRIOTTI

Milagros y Curanderismo

GUSTAVO J. FRANCESCHI

EN canchas de fútbol, por no haber espacios más amplios, un pastor protestante norteamericano, Mr. Hicks, está desde un par de semanas realizando actos que la gente califica de milagrosos: cura ciegos, mancos, rengos, paralíticos. Para lo cual no usa más medio que la oración colectiva. Afirma que mediante la fe podemos ser salvos no sólo en el orden espiritual sino también en el orden temporal, que poco importa que creamos en Cristo de esta o aquella manera pues todas las religiones son esfuerzos hacia Dios; invoca el poder ilimitado de Cristo sobre los elementos, hace que cada enfermo imponga su propia mano sobre el lugar de la dolencia. Y de repente se levanta aquí un sillón de ruedas, allí una muleta, más allá salta de alegría una muchacha que tenía una catarata en los ojos y ahora ve. El espectáculo es impresionante, y para quien carece del don de análisis y cree burdamente no cabe duda de que allí se verifican milagros. Se realizan noche a noche colectas cuyos beneficios pasan abundantemente de los cien mil pesos. Las sesiones se repiten todos los días, y ya se nos avisa que dentro de poco un nuevo pastor, igualmente norteamericano, llegará del Paraguay para llevar a cabo idénticos prodigios.

"Quien carece del don de análisis", he dicho pocas líneas atrás. Ahora bien, por desgracia esta es la situación de la inmensa mayoría de las personas, aun las que se precian de cultas. Heuzé, en su célebre libro acerca de los fakires y otros magos, demostró que así ocurría con la mayor parte de los que presenciaban las hazañas de los santones de la India; y por mi parte confieso que, a pesar de ir dispuesto a observar, y de conocer la mayor parte de los trucos allí empleados, quedé boquiabierto ante la extremada habilidad de los ejecutantes. Otro tanto acontece en las escenas de prestidigitación, y yo mismo he visto años hace, en mi propia casa, quedar sorprendidos un Ministro de Instrucción Pública y varios médicos, entre ellos un profesor universitario, ante un individuo que moldeaba su paladar con plomo derretido: yo, que conocía el sistema, hube de explicárselos. Recuerdo todo esto sólo para mostrar que la observación no es tan fácil como se cree, y que no se ha de pronunciar en caso alguno la palabra *milagro* sin haber agotado los recaudos indispensables. Por lo demás, en manera alguna atribuyo al pastor Hicks trucos ni habilidades sospechosas, no pronuncia tampoco el término *milagro* para calificar las curaciones que logra: es la gente ignara la que tal vocablo adopta. Pero de todas maneras se ha producido ahí una confusión tan extensa cuanto profunda, y creo necesario aclarar conceptos y poner las cosas en su lugar. A esto, y nada más que a esto, aspiro en las páginas que van a continuación.

Dada la circunstancia que me determina a redactar estas páginas es claro que no me referiré más que a los milagros relativos a la vida y salud física de los hombres, dejando de lado los que atañen a la naturaleza irracional. Dicho se está también que, en virtud de la misma razón, no me ocuparé de la definición y discusión propiamente teológica del milagro, ni menos de su posibilidad: el problema que nos interesa aquí es sólo el de saber si puede existir algún control de lo milagroso, en otras palabras consiste en averiguar si hay modo de conocer cuáles son milagros verdaderos y cómo puede distinguírselos de los falsos. Así no saldré de mi título "milagros y curanderismo".

Y ante todo ¿qué debe entenderse por milagro en el lenguaje religioso? ¿Es un hecho extraordinario cualquiera que nos sorprende y pasma por su realización súbita y debida a medios que aparentemente son inadecuados? De ninguna manera: en su sentido estricto, que es el que aquí nos interesa, el milagro es un hecho producido directa o indirectamente por Dios Nuestro Señor, como confirmación de la verdad revelada o de un elemento equivalente, *hecho que por su índole y circunstancias sobrepuja absolutamente las fuerzas naturales.* El milagro no procede de las fuerzas naturales, que son conocidas y mensurables por los hombres, o que al menos pueden serlo, sino que nace de algo que, o por el resultado que logra, o por el modo en que obra, sale completa y esencialmente de lo natural. Así, y para no apartarnos del Evangelio, el resucitar un muerto de cuatro días que según comprobación pública hiede, o el hacer barro y con una unción de él curar a un ciego de nacimiento, son hechos que no caben dentro de la naturaleza y sus fuerzas, y por ende merecen el título de milagrosos. Pero despertar a un cataléptico que yacía inmóvil desde un par de días, o curar con una imposición de manos a un individuo que tiene el brazo paralizado a consecuencia de una impresión violenta e inoportuna, no son milagros porque desde la más remota antigüedad se sabe que tales efectos pueden lograrse naturalmente; yo mismo vi saltar de la cama a una señora que estaba paralítica desde varios años al producirse en la habitación un pequeño incendio a causa de un corto-circuito.

Hace más de treinta años que el entonces célebre Prof. Dejerine, en su libro *Les troubles fonctionels dans les maladies du sisteme nerveux*, después de recordar la distinción, clásica ya entonces, entre las enfermedades orgánicas y las funcionales, mostraba que éstas podían imitar casi todas aquellas, siendo sin embargo absolutamente distintas. He de insistir en este punto, porque es esencial dado el asunto que motiva mi artículo.

Hay dolencias que afectan la integridad de un miembro o de un órgano de modo que, o bien falta en él

material, o bien éste se halla en un estado patológico. Pongamos para entendernos mejor ejemplos sencillísimos: una pierna fracturada y necrosada, o un estómago canceroso. En tales casos para normalizar las funciones hace falta reponer la materia ausente o volverla a su estado de salud, lo cual implica un cambio sustancial en las células. Una trasformación de este género normalmente exige tiempo y un adecuado tratamiento: si de repente, en forma instantánea, sin más que una orden verbal o la afusión de agua se reconstituyera la materia que falta, o la neoplasia desapareciera, podríamos hablar de milagro. Pero hay otras enfermedades que no afectan la integridad de los órganos sino sencillamente sus funciones. Pongamos por ejemplo un resfrío o una gastralgia; para ello puede haber una causa objetiva, una corriente de aire o la ingestión de un alimento malsano. Aquí nos hallamos ante una dolencia de tipo funcional y no propiamente orgánico, porque no es un órgano sino sólo su actividad lo afectado. Ahora bien, entre los diversos organismos componentes del cuerpo humano ocurre que el sistema nervioso, como todos los demás, está sujeto a dolencias propiamente funcionales, que poseen la particularidad de ser multiformes, es decir que a más de revestir en algunos casos aspectos inconfundibles y propios, en otros imitan las más diversas enfermedades, dando a veces no poco trabajo a los facultativos encargados de discernir las que son propiamente de otros sistemas orgánicos y las que no pasan de ser nerviosas. Complica la situación el hecho de que en muchos casos las perturbaciones de este último género van acompañadas por inhibiciones y manifestaciones que pertenecen al orden psicopatológico, y es sumamente difícil, propio del especialista, realizar un cuadro completo y exacto del estado clínico. He aquí —y va como ejemplo—, esa chica de más o menos diez y seis años, que confiesa estar embarazada, y presenta durante varios meses todas las características de esta situación. Los padres se desesperan ante la falta de la niña, que sin embargo se rehusa a proporcionar dato alguno para denunciar al culpable y resolver socialmente el problema. Por otra parte los exámenes, inclusive el radiológico, no demuestran tal embarazo. Finalmente soy llamado a intervenir como sacerdote, y después de varias conversaciones (no confesiones) llego a la absoluta seguridad de que no hubo acto alguno, inocente o culpable, que pudiera provocar un embarazo; todo procedía de una lectura indiscreta y mal entendida, aplicada a circunstancias que nada tenían que ver con el asunto. Explicados correctamente, los fenómenos desaparecieron. No se trataba sin embargo de una demente en el sentido técnico de la palabra, sino de una mujer de psiquis perturbada, y que además tenía ideas confusas acerca de fenómenos que no estaba en condiciones de entender.

Casos de índole igual o parecida se dan por millares, y no hay clínico de alguna práctica que en los hospitales o en su clientela particular no haya dado con ellos. De donde se sigue una regla fundamental: si no se trata de dolencias cuyo diagnóstico sea evidente: una pierna rota o una cabeza descalabrada, es necesario no sólo que intervenga un médico hábil sino que tenga en cuenta la posibilidad de que, bajo apariencias orgánicas, se oculte una enfermedad del sistema nervioso, porque éstas son capaces de imitar a casi todas aquellas. Y si esto ocurre en las circunstancias comunes, mucho más todavía debe tenérselo presente cuando se trata de un hecho al que quiere calificarse de milagroso. La Iglesia procede desde este punto de vista con minucioso rigor.

VEAMOS qué acontece en Lourdes. Existe allí una *Comisión de comprobaciones* a cargo de un grupo médico; todo facultativo, cualquiera sea su religión o raza, puede formar parte de él por el tiempo que le parezca, consultar la documentación de cada caso, asistir al interrogatorio de los enfermos que se presenten, examinarlos personalmente; para ello la comisión posee un Pabellón dotado del instrumental más moderno, inclusive radioscopía, biblioteca, etc. Cuando alguien pretende haber sido curado milagrosamente, lo primero que se hace es averiguar si se trata de una dolencia de índole tal que quepa la explicación del cambio por fenómenos nerviosos; en caso positivo queda automáticamente descartado, porque se sabe cuán engañosas son tales enfermedades. Si se está en presencia de otro mal se exigen antecedentes: certificados médicos, tratamientos hechos, radiografías, toda una documentación acerca de la enfermedad anterior al milagro: si un enfermo carece de ella no se lo tiene en cuenta. Si nada falta, el presunto curado es sometido a cuantos exámenes crean oportunos los médicos presentes: cada uno de los facultativos tiene derecho a la investigación, todo lo hecho se protocoliza y, si se lo juzga conveniente, el presunto curado es emplazado para dentro de un término prudencial, que puede abarcar varios meses, para tener constancia de que la curación se mantiene y no se está ante una mejoría transitoria. Tan sólo si todo ello es positivo, no la Iglesia que no interviene en las comprobaciones, sino la Comisión susodicha declara que efectivamente hubo un hecho no natural, que la curación está por encima de las fuerzas naturales.

Se necesitan milagros para intentar la beatificación o la canonización de una persona con reputación de santidad. Pero en tales casos, en los que directamente hace el proceso la Iglesia, el rigor es, si cabe, más enérgico. Lo sé personalmente porque intervine en una ocasión; hubo testimonios de médicos, certificados, etc. ... y finalmente el milagro fué rechazado, porque las pruebas parecieron insuficientes: cabía una explicación natural de los hechos. Hay algo más, y que sorprenderá sin duda a mis lectores. Al tratar de los milagros atribuídos a los santos, dice el Relator de la Fe del Concilio Ecuménico Vaticano: "una cosa es la canonización, y otra los milagros, las revelaciones privadas, las apariciones, diversos hechos históricos o las reliquias, del santo canonizado. Cuando la Iglesia aprueba los milagros de un santo en un proceso de canonización, o cuando los inserta en las lecciones del breviario... es opinión común que tales hechos no son por ello mismo definidos infaliblemente, aun cuando por otra parte merezcan la piadosa adhesión y el respeto debido a todas las enseñanzas, hasta las no infalibles, de la Iglesia". En otras palabras, las acciones milagrosas de esta categoría, a diferencia de las contenidas en los Evangelios, son objetos, no de fe divina, sino eclesiástica; deben ser creídos, pero no con la misma adhesión que un dogma propiamente dicho.

Los superficiales casi podrían imaginar que la Iglesia se defiende de los milagros. No ocurre así; pero como durante sus veinte siglos de existencia ha tropezado tantas veces con engaños y manías de todo género, es obvio que no acepte nuevos prodigios sino puestas todas las precauciones, ya que le bastan los revelados en los textos evangélicos. No pone ella en duda la posibilidad ni la existencia de los milagros, pero quiere que en cada caso se lo demuestre acabadamente.

Seudo-milagros la Iglesia los encontró desde los primeros días, con el falso taumaturgo Simón Mago. En los siglos siguientes los hubo atribuídos a Vespasiano y otros emperadores; luchó con ciertos frailes heterodoxos durante la Edad Media, y hasta con "brujas" que pretendían avenírselas con los ángeles. Durante el siglo XVII hubo en París los prodigios efectuados sobre la tumba de cierto diácono jansenista junto a la iglesia de Saint Medard, en los que hubo de intervenir el rey Luis XIV. En tiempos más modernos los casos son innumerables, y no hace dos años el secretario del Santo Oficio ahora Cardenal Ottaviani publicó en el *Osservatore Romano* un artículo poniendo en guardia a los fieles contra apariciones y milagros creados por la imaginación enfermiza de ciertas gentes pías.

Pasemos al examen de lo que viene ocurriendo en las reuniones dirigidas por el pastor Hicks.

EL local de ellas ha sido hasta ahora la cancha del club de fútbol Atlanta, cuyos beneficios económicos en esta ocasión sobrepujan todas las esperanzas. La hora de la asamblea es casi siempre la noche cerrada, favorable a la emoción colectiva. La multitud, abigarrada y enorme, desemboca por el subterráneo de los vestuarios, y entra en el espacio despejado, llena todos

los rincones, se ordena como puede mirando hacia el punto en que ha de aparecer el pastor. Los reflectores eléctricos lanzan sobre ella una luz cruda. Abundan los enfermos de toda categoría, se abre paso al cochecito de un paralítico, se guía a un ciego, se ayuda a caminar a un cojo, se mira con horror una chica que viene arrojando espumarajos por la boca. La tensión espectante llega al colmo. No existen allí, como en Lourdes, camilleros, ni enfermeros, ni nada que se parezca a un servicio técnico: una multitud inorgánica, y nada más. Comienzan las exhortaciones, pronunciadas primero por ayudantes del pastor, y luego por el pastor mismo, quien no habla castellano sino inglés. Sus palabras son traducidas. "No hay diferencia real de religiones, todas valen lo mismo, y todos, cualquiera sea aquella a que pertenecen, podemos invocar a Jesús. La fe nos va a salvar. Poned la mano sobre el lugar en que está vuestra dolencia. Creed y seréis sanos. Jesús, creo en ti y quiero me remedies, etc." En ningún momento se insiste sobre las peticiones propiamente espirituales del Padre nuestro: "santificado sea el Tu nombre, vénganos el Tu Reino, hágase Tu voluntad." Lo espiritual no es tenido en cuenta por la muchedumbre: la que no es de curiosos se compone de gentes que no aspiran más que a la salud física: en realidad se inclinan, ya que no subjetiva por lo menos objetivamente, al paganismo. La repetición de las fórmulas, los clamores, el estado emocional de los presentes, crean ese ambiente que ya conocían los Rossi y demás especialistas de psicología de la muchedumbre a comienzos de este siglo: la atenuación de la actividad intelectual, la tensión extrema de lo sensitivo, el contagio psíquico. De repente un individuo lanza al aire una pierna de palo. ¡Aclamaciones de la multitud! ¿Quién es? ¿Trátase de un simulador, de un neurótico, de un "agente provocador", de un chistoso, de un enfermo orgánico? Nadie lo sabe, ni hay modo de averiguarlo. Una niña afectada de una dolencia ocular grita que ve. ¿Qué enfermedad padece, una catarata, una atrofia de los nervios ópticos? ¿Cómo determinarlo? Allí no hay oficina de comprobaciones, ni control técnico, ni gabinete para el estudio del caso, ni nada. Si se pudiera ahora realizar un primer examen de estas curaciones, y repetir el estudio dentro de seis meses, en lugar de juzgarlas por la gritería popular, se vería qué valen tales trasformaciones de la salud. Pero nada de esto existe, ni es prácticamente deseado. Basta que las gentes ignorantes clamen "milagro", y se persuadan de que no hace falta ser católico para estar en la verdad. Lo demás es inútil, o mejor dicho inconveniente.

Reuniones de este género tienen antecedentes antiguos y también modernos, particularmente en los Estados Unidos, donde de modo especial entre los negros del Sur, los *revivals* han engendrado los mismos cuadros. ¿Es que parte de la población porteña ha descendido a semejante nivel intelectual? Hasta hay en dicho país una organización de carácter religioso, fundado por una mujer, la *Christian Science*, con templos, revistas y demás accesorios, cuya doctrina fundamental es "la fe que cura". ¿La tendremos también aquí?

Conste que admito la curación de algunos casos por las exhortaciones del pastor Hicks. Pero no se trata de enfermedades orgánicas, de las cuales no se ha comprobado la mejora de ninguna, sino de dolencias funcionales: el ambiente de Atlanta está hecho para ello. Mas no se hable de milagro, ya que no lo hay, sino de neurópatas que han recibido una sacudida psíquica disfrazada de fenómeno religioso. Ahora bien, tales curaciones en primer lugar son eminentemente inestables según lo enseña una abundantísima experiencia clínica; y en segundo lugar la ilusión del remedio puesto a una enfermedad que falsamente se cree orgánica, y la especie de invulnerabilidad de que se cree dotado quien es objeto de ese "prodigio", lo exponen a cometer imprudencias altamente perjudiciales para la salud. Las enfermedades funcionales, a la par de las orgánicas, deben ser tratadas por un facultativo, y no por un lego. En cuanto a los trastornos psicopáticos, póngaselos en manos de un especialista que sabrá con qué

EN ESTE NUMERO:

A propósito de los actos que un pastor protestante norteamericano viene realizando en estadios de fútbol de Buenos Aires, y que la gente califica de milagrosos, Monseñor GUSTAVO J. FRANCESCHI *cree necesario aclarar la confusión tan extensa cuanto profunda producida al respecto, y establecer la diferencia esencial entre lo que es milagro y lo que es curanderismo.*

Desmentido doloroso a la súplica de Cristo: "¡Que sean uno!", es el hecho de la división de la cristiandad. PHILIPPE DE RÉGIS *dice que más importante que disertar acerca de la unión de las Iglesias, es hacerla posible y prepararla por la creación del clima psicológico en el cual florecerá naturalmente. Dios mismo hará la unión el día en que los cristianos hayan puesto, seria y lealmente, las condiciones de la misma.*

Acaba de conmemorarse el 10º aniversario de la muerte del poeta católico de la estrella amarilla, Max Jacob, víctima de la Gestapo. ¿Quién era verdaderamente Max Jacob? ¿Saltimbanqui o astrólogo, mistificador o santo? Se cometió el error, dice STANISLAS FUMET *de no tomar en serio su conversión. Marchaba hacia Dios con todo lo que era: un bufón, el más humano de los imaginativos.*

Almafuerte fué el último poeta argentino con hondo arraigo en el pueblo. Las razones probables de su popularidad parecen ser, para FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ, *su idioma estilístico (el romántico), familiar a la mayoría, y el fácil humanitarismo con que interpretaba los sentimientos de la masa; y de su perduración, la intuición del pueblo de que las pocas ideas claras de su poesía fueron vividas sinceramente por el poeta.*

ANDRÉS RUSZKOWSKI *define la actitud de los católicos frente a los Festivales Cinematográficos. Sirviendo a la causa del cine de calidad aseguran con más eficacia su influencia espiritual y moral.*

Dos libros, para MARIO J. RUZZO, *son particularmente representativos de una nueva literatura del trabajo: "El coraje de vivir", de M. van der Meersch y "Los santos van al infierno", de G. Cesbron. Es una literatura de reconciliación, que si describe las realidades angustiosas de hoy, es para anunciar el porvenir de una democracia de inspiración cristiana, en la que virtud y trabajo serán los únicos títulos valederos.*

"El sueño", poema de RICARDO E. MOLINARI.

En Pensamiento Pontificio, *el discurso de S. S.* Pío XII *a los profesores italianos de enseñanza media.* — ROMUALDO BRUGHETTI, *en* Artes Plásticas, *se refiere a la exposición de arte ecuatoriano y otras muestras de la actual estación.* — *La actualidad teatral y cinematográfica, por* JAIME POTENZE *y* SYLVIA POTENZE *y una correspondencia desde Cannes, por* NELLY KAPLÁN. — *En* Música, ALBERTO EMILIO GIMÉNEZ *y* JUAN ANDRÉS SALA *comentan los últimos conciertos y audiciones.* — *En* Información, *continuación de la amplia documentación sobre el asunto de los sacerdotes-obreros.* — *Y comentarios bibliográficos y de revistas.*

pronto sus actividades? ¿Y en qué dominio? ¿Y no convendría, antes de pensar en una acción común, ponerse de acuerdo sobre los puntos esenciales? De no hacerlo se concluirá fatalmente en una falsa posición, a la vez en detrimento de la verdad, que se habrá sacrificado a una paz mal fundada, y de la caridad, que no resistirá al primer choque o al primer malentendido.

Creemos, sin embargo, que en el estado actual del mundo, hay lugar para una fraterna y eficaz colaboración entre la Iglesia Católica y las diversas Iglesias ortodoxas nacionales. Se trata, indudablemente, de ponerse de acuerdo sobre los puntos acerca de los cuales se ha de obrar en común. Desgraciadamente, no es sobre todos los terrenos que podemos encontrarnos, al menos por ahora. Pero, gracias a Dios, hay algunos, y de primera importancia, sobre los cuales no tenemos ninguna dificultad en marchar tomados de la mano, seguros de nuestra unión en la defensa de los mismos valores. De ningún modo pensamos en minimizar nuestras divergencias dogmáticas ni nos creemos con derecho a cerrar hipócritamente los ojos sobre ellas. Pero pensamos que, infinitamente más numerosos y más esenciales que los puntos que nos dividen, son los que nos unen. A la hora en que nuestro gran enemigo común es el materialismo y el ateísmo, no deberíamos experimentar ninguna incomodidad en establecer contra él un frente único de lucha. Esto no es, de ninguna manera, la dimisión de nuestras respectivas posiciones. Es, simplemente, sabiduría táctica. Ahora bien, en presencia de las espantosas negaciones del espíritu moderno, cuando es la misma noción de Dios y de su existencia la que es atacada, nos sentimos extremadamente fuertes de sostener las mismas doctrinas fundamentales, de tener los mismos puntos de vista sobre la vida y el más allá, sobre lo sobrenatural, sobre la persona de Cristo y su acción en el mundo, sobre la vida de la gracia y la santidad de la Iglesia. Cuestiones de jurisdicción y de creencia nos dividen todavía, que sabemos son de importancia. Pero, en suma, cuentan bastante poco frente a las grandes cuestiones de fondo que nos hacen realmente hermanos en Cristo. En la prisión de Solovki (1), donde estaban encerrados juntos sacerdotes ortodoxos y sacerdotes católicos, los confesores de la fe de ninguna manera pensaban en oponerse entre sí; sentían muy bien que servían al mismo Dios y sufrían por el mismo Cristo, víctimas de los mismos perseguidores. Ahora bien, en nuestros días, casi el mundo entero s vertido en otra Solovki. Luchemos juntos, pues. Suframos en común. Cristo, al que unos y otros amamos igualmente, nos dará entonces la gracia de completar sobre el terreno del dogma y de la jurisdicción una unión que habrá sido esbozada en el campo de batalla de la fe y sellada por la sangre de los mártires.

V

EN fin, debemos terminar nuestro breve esbozo de un plan de preparación de la unión por un rasgo, que nos excusamos de citar en último lugar. No es que, en orden de importancia, le reconozcamos el último puesto. Por el contrario, sabemos muy bien que es por él que es necesario comenzar y también terminar. Queremos hablar de la oración.

Puede parecer un lugar común hablar de su necesidad: ¿no está sobreentendido que ninguna cuestión, grande o pequeña, se puede resolver sin ella?

Sin duda. Pero aquí tiene una importancia de primer plano. Primero, porque tenemos el ejemplo mismo de Cristo. Previendo las futuras divisiones de los cristianos, el Salvador Jesús, en el mismo momento en que iba a comenzar su sangrienta Pasión, no encontró más que un remedio que oponerles: rogó a su Padre —y en términos inolvidables— para que ellos fuesen uno, "como Tú, Padre, y Yo, somos uno". Y por ese gesto nos indicó el camino más eficaz y más rápido, el único eficaz y el único rápido, para conservar o restaurar la unidad: la oración.

Se tiene la impresión de que, algunas veces, en el curso de la historia, los discípulos del Señor han pecado singularmente contra este deber. Si, en el tiempo de Focio y de Miguel Cerulario, en Oriente como en Occidente, todos los fieles se hubiesen unido en una súplica común para que el Señor ahorrara a su Iglesia el escándalo y la desventura del cisma, ¿puede creerse que Dios habría permanecido sordo al clamor de sus hijos? Por desgracia, prefirieron disputar. Y si en nuestros días, en todos los países, católicos y ortodoxos, se estableciera una cruzada de oraciones ardientes, humildes y perseverantes para que Dios restablezca la unidad en el mundo cristiano dividido, ¿puede pensarse que todos los obstáculos, dogmáticos o psicológicos, resistirían por mucho tiempo semejante empuje sobrenatural? Si es cierto que la fe transporta las montañas, ha de admitirse que, con mayor razón, puede unir entre sí a los hermanos separados que se buscan en el Señor. La desgracia está en que la verdadera fe es muy rara entre los hombres, y que éstos, cuando por ventura se dirigen a Dios, prefieren generalmente hablarle de sus necesidades materiales antes que de los grandes intereses de la Iglesia. Por lo cual se suceden las generaciones sin que se produzca en los espíritus el cambio que permita el restablecimiento de la unidad cristiana.

Algunos pensarán quizás que se debería ir más lejos, y que del mismo modo que hemos propiciado una acción común, sería necesario llegar a una oración común entre católicos y ortodoxos. ¿No sería el medio más eficaz para crear ese clima espiritual tan necesario para lograr rápidamente la unión?

Sin embargo, se sabe que, sea en la Iglesia de Roma como en las de Oriente, la jerarquía siempre se ha rehusado a admitir ese punto de vista. Considera que la activa participación en el mismo culto y sobre todo la comunión en los mismos sacramentos es el criterio más seguro de la fe y el tesoro más inalienable de los miembros de un mismo Cuerpo Místico, y que, por consiguiente, ellas deben seguir al restablecimiento de la unidad y no precederlo. La Iglesia, con sabiduría, piensa también que es necesario guardar a los fieles de cualquier peligro de indiferentismo. Ahora bien, de ver a los partidarios de diversas confesiones mezclar oficialmente sus oraciones, las gentes sencillas —que en cuestiones de fe son la gran mayoría— sacarían necesariamente la errónea conclusión de que todas las religiones se equivalen, de que no existe verdad objetiva, y de que basta, no solamente en la práctica, sino aun en la teoría, permanecer fiel a su propia confesión religiosa sin darse el trabajo de buscar la verdadera Iglesia de Cristo. Contra esa mentalidad, que no representaría evidentemente un beneficio para el pensamiento religioso, la Iglesia debe poner en guardia a sus hijos; lo que no es absolutamente, ni intransigencia ni fanatismo.

Estas prohibiciones muy sabias, miran no obstante únicamente al culto público. Nada impide que, en el orden privado, católicos y ortodoxos recen juntos por una intención tan santa como la unión de todos los cristianos. Recientemente, en 1949, la Congregación romana del Santo Oficio publicaba una instrucción sobre las condiciones en las cuales los católicos pueden encontrarse con los no-católicos en las reuniones interconfesionales llamadas "ecuménicas"; y precisaba que el rezo en común de alguna oración, como por ejemplo el Padre Nuestro, era perfectamente admisible.

No menos significativa es la admisión entusiasta por la Iglesia de una práctica de iniciativa protestante: el Octavario de oraciones por la Unidad de la Iglesia, desde el 18 al 25 de enero. Se conoce ya el lugar que esta devoción ha tomado y toma cada día más en la vida de la Iglesia Católica; y cómo penetra en los medios ortodoxos no menos que en los protestantes. ¡Qué no esperar de una súplica común, venida de todas las confesiones cristianas, en favor de una misma intención, la de la unidad de todos en Cristo y su Iglesia! Poco importa que todavía concibamos de manera diferente esta unidad: es ya mucho que la deseemos y recemos juntos para obtenerla. Eso, más que todo, ¿no contribuye a crear el clima espiritual y psicológico en el cual debe abrirse un día la flor de la unión?

Esta floración, lo sabemos, será la obra del mismo Dios, pues solamente es El el que da la vida y el cre-

(1) Isla del Mar Blanco, en otro tiempo famoso monasterio, en la actualidad lugar de deportación.

Para el décimo aniversario de la muerte de Max Jacob

STANISLAS FUMET

París.

ACABA de conmemorarse el décimo aniversario de la muerte del poeta católico de la estrella amarilla, Max Jacob, víctima de la Gestapo.

¿Quién era verdaderamente Max Jacob? Tal ha sido la pregunta durante mucho tiempo. ¿Saltimbanqui o astrólogo, mistificador o santo? Me acuerdo de Apollinaire en 1910, en su departamento de Passy, presentándome —yo era un chico— a un señor con monóculo, de aire pobre y distinguido, amabilísimo. "Monsieur Max Jacob", decía casi ceremoniosamente el escritor conocido ya en aquel entonces. Apollinaire acababa de publicar *L'hérésiarque et Cie*, un libro que me había producido admiración y por el cual tenía la intención de felicitarlo, vivitándolo con un amigo mayor que yo.

Y bien, monsieur Max Jacob, era necesario ser de la banda de Guillaume Apollinaire, Picasso, André Salmon, para conocer su nombre. Lo encontré de nuevo sin haberlo leído aún: supe que ese hombre chocante, del que se decía que estaba más cerca del diablo que de Dios, deseaba convertirse al catolicismo.

Ya entonces, el 9 de octubre de 1909, Max Jacob, que tenía 33 años (nació en 1876, en Quimper), pretendía haber visto a Dios en su cuarto de la rue de Ravignan, en Montmartre: *"He regresado de la Biblioteca Nacional; he depositado mi portafolio; he buscado mis pantuflas, y, cuando alcé la cabeza, ¡había alguien sobre la pared! Había alguien sobre la tapicería. ¡Mi carne cayó por tierra! ¡He sido desnudado por el rayo! ¡Oh segundo imperecedero! ¡Oh verdad! ¡Verdad! ¡El cuerpo celestial está sobre la pared de la pobre habitación! ¡Por qué, Señor! ¡Oh, perdonadme ¡Está en un paisaje, en un paisaje que yo dibujara antaño, pero es El! ¡Qué belleza! ¡Qué elegancia y dulzura! ¡Sus espaldas, su andar! Tiene una túnica de seda amarilla con adornos azules. Se da vuelta y veo ese rostro manso y radiante..."*

Bretón de origen judío, pero vuelto parisién muy pronto, era, pues, el amigo de Picasso y de Guillaume Apollinaire. Puede decirse que con ellos y algunos otros quedó fundado lo que llamamos arte moderno, o más bien que fueron ellos quienes le dieron el impulso que llegó al cubismo en las bellas artes y a la fantasmagoría realista de la literatura nueva, llamada por Apollinaire "surrealismo". Pero el hecho esencial es que Max Jacob se había convertido al catolicismo. No sin dolor, pues el género de vida que había llevado y ciertas tendencias de su naturaleza de las que no hacía misterio, pero que se cuidaba bien de justificar, como lo hacen otros, y su manera tan chocante de abordar las cosas sagradas, tenían todo lo que hacía falta para volverlo sospechoso ante el clero.

André Billy, en una pequeña biografía de Max Jacob muy juiciosa (*Poètes d'aujourd'hui*, colección Seghers) nos ha contado de qué modo su amigo Max Jacob pudo finalmente entrar en la Iglesia: "Max lloró, rezó, frecuentó las iglesias hasta el día —16 de diciembre de 1916— en que, en la *Rotonde*, un hombrecito jorobado y cojo, M. Pica, ante el cual había expresado su deseo de hacerse bautizar, le dijo que nada era más fácil, y le dió la dirección de Notre-Dame-de Sion, en la calle Notre-Dame-des-Champs, fundada para la conversión de los judíos, precisamente por el P. Marie-Alphonse Ratisbonne y su hermano Théodore. A la mañana siguiente, Max corrió allí, provisto de una carta de recomendación del hombrecito jorobado: *"Soy yo quien ha hablado; he dicho mi vida llorando sobre mis faltas. El (el sacerdote) ha creído que había en mí más arrepentimiento que fe; se equivoca. Debe ser un hombre de una voluntad terrible. Me habló de pintores y escritores creyentes (ha conocido a Huysmans y Coppée) y de las apariciones de Ratisbonne. Parecería que no tengo nada más que una sensibilidad propensa a creer, pero que mi razón no se adhiere. ¡Y yo que creía creer por efecto de la razón!"*

Fué bautizado el 18 de febrero del año siguiente y Picasso fué su padrino; Picasso le habría dicho: "Te llamarás Fiacre". En efecto, según los registros, tomó por nombre Cipriano.

VUELVO a verlo durante la guerra del 14 llevando un pantalón de terciopelo; por esa época no se avergonzaba de beneficiarse con ciertos recursos que se habían organizado para los artistas en un gran movimiento de caridad nacional. El me confiaba las direcciones. Y luego, llega el *Cornet à dés*, y, de a poco pero seguramente, la gloria que asoma.

No siempre fué tierno con su padrino Pablo; no era que dudara de su genio, de sus virtudes de artista, pero confiaba menos en sus virtudes de hombre. Hubo en su amistad altos y bajos. En revancha, Apollinaire había subyugado completamente a Max Jacob. Sentía que le debía más de lo que nos parece. Es curioso. Yo, en la época de nuestro "Roseau d'or" (1) —¡oh! diez años más tarde—, le había escrito a Max lo bien que pensaba de un poema suyo, que acabábamos de publicar. Me respondió: "Lo que le gusta en ese poema es Apollinaire a través de mí". Y eso no era justo.

Es preciso decir que en la historia de la poesía moderna, la cuestión de prioridad en materia de invención se planteaba con una acuidad extrema. Eso se explica si se quiere un arte nacido de rupturas y cree disminuírselo por el hecho de ver en él una ascendencia demasiado inmediata. Orgullo un poco satánico el de ese pretendido arte moderno. Sin duda, si el elemento de sorpresa debe de constituir el ser mismo, importa que el hallazgo no sea atribuído a un fulano, a X por ejemplo, que se lo ha fumado a Y, menos rápido que él en explotarlo. ¡Cuántos dramas oscuros se han desarrollado alrededor de 1910 tras de las paredes de los ateliers o en las bohardillas y los hoteluchos de Montmartre y del Quartier Latin! ¡Cuántas discusiones agridulces y hasta coléricas! Evidentemente, si el arte, si la poesía, no es más que un descubrimiento comparable a cualquiera de los de los sabios —donde también existen interferencias, por ejemplo la del poeta Charles Cros inventor del fonógrafo antes que Edison— no es indiferente que el verso libre —no digo el falso verso— haya sido "creado" en lengua francesa por Marie Krysinska, Gustave Kahn, Jules Laforgue o simplemente Rimbaud. Y que una cierta visión cosmopolita de la tierra, y la manera de escandir el ritmo según la marcha que toma la conciencia del poeta, haga de *Pâques à New York* de Blaise Cendrars el modelo de la espléndida *Zone* de Guillaume Apollinaire, es, históricamente, una verdad, como lo es otra que Liszt en música haya wagnerizado antes de Wagner, pero no lo es menos que sea Wagner quien haya compuesto *Tristán* y *Parsifal*. Cuando Max se queja a sus amigos de que su *Cornet à des* ha servido de base para pastiches, tiene buen cuidado de señalar esta respuesta de Picasso: "Sabes muy bien que el imitador es siempre mejor que el inventor".

Ahora bien, ¿qué es lo que Max Jacob inventó? Decía yo que ha habido dificultades para precisarlo y no se ha demostrado que haya habido últimamente mayores esclarecimientos. Lo que Max inventó, claro está, como él lo anunciara, es la poesía nacida del solo contacto de los objetos comunes con el estilo. Y en 1916, en su primer prefacio al *Cornet à des*, se ve hasta qué punto

(1) Fundada en 1924 por Jacques Maritain, Henri Massis, Frédéric Lefevre y Stanislas Fumet, que dirigieron la colección.

---

cimiento. Pero también sabemos que pertenece a Pablo y a Apolo plantar y regar. Cumplamos, pues, de nuestra parte, con perseverancia y amor, nuestra obra modesta pero necesaria. Y no dudemos de que Dios acabará entonces, a su manera totalmente divina, una obra que será el triunfo de la caridad en la unidad recobrada. ❖

Crónicas intemporales

Las probables razones de la popularidad de Almafuerte

FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Córdoba

CON motivo de celebrarse el centenario del nacimiento de Almafuerte (la solemnización del acontecimien tuvo lugar el pasado 13 de mayo) quizá sea oportuno recordar que Pedro B. Palacios fué el último poeta argentino con hondo arraigo en el pueblo. El país había contado antes con líricos que, indudablemente, habían sabido ganarse la voluntad y el favor de grandes masas de lectores y de simpatizantes. Y ello no tenía nada de extraño, por cierto, puesto que tales líricos vivían prácticamente consubstanciados con la mayoría de sus compatriotas, no sólo en materia de gustos literarios, sino también, y sobre todo, en punto a emociones sociales y políticas. Corría el tiempo en que, bajo égida del romanticismo, el hombre de pluma, y, principalmente, el poeta, era considerado algo así como la voz de la comunidad ciudadana, el intérprete de los anhelos y ambiciones generales, la personificación del espíritu de la nación. En nuestra tierra, los hombres de letras supieron responder desde temprano a ese tácito mandato colectivo, haciéndose cargo de las ansias y de los sueños de todos en una literatura (y, primordialmente, en una poesía) que fué reflejo, durante tres cuartos de siglo, de los sentimientos y de las aspiraciones nacionales. Pero, terminado el "reinado de Hugo" y surgida en el panorama literario hispanoamericano la extraordinaria figura de Rubén Darío (que acaudillaba la reacción antirromántica en los países de habla castellana), el poeta dejó de vibrar al unísono de las

---

estaba consciente de eso. Por lo demás, no se podía ser más consciente de su propio arte que lo que lo era Max Jacob. Digo de su arte, no de su estética, harto flotante, ni tampoco de su oficio, asaz descuidado. El arte es siempre algo distinto y es verdad que al acabar confundiéndolo con el estilo, como lo hará él mismo observando que la definición del estilo coincide con la del arte: "El arte es la voluntad de exteriorizarse por medios escogidos" —Max Jacob proyectó mucha luz sobre un problema delicado. Para él el arte es lo que hace del lenguaje un estilo. Y él responde muy bien a Buffon que el lenguaje, no el estilo, es el hombre. Sin embargo ha querido Max Jacob, él mismo, y es aquí donde mido su singularidad y me parece grande, dejar antes que nada en el estilo ese carácter de lenguaje atrapado en el aire. Solía decir de una obra que está "situada" o que no lo está. Ahora bien, afirma en el comienzo del prefacio al *Cornet à des que* "todo lo que existe está situado". Entendía con eso que una creación, "por el espíritu de los autores o por sus artificios", debe elevarse por sobre la materia, la cual, añade mientras tanto, también está situada. Por lo menos cuando la vida se apodera de ella. Esta idea de "situación", retomada frecuentemente después que Max Jacob la hubo elaborado, es muy feliz. Un objeto está situado en el espacio desde que entra en el dominio del espíritu. Cuando Max Jacob da sus ejemplos, uno no está forzado a seguirlo, ni a otorgarle su confianza, otorgar confianza por entero a su sinceridad, pues Max Jacob habría de ser un crítico más bien malévolo, aun cuando adora hacer cumplidos desmesurados a sus amigos, lo que no dejaba de inquietarlos. Max Jacob se ha acusado mucho, públicamente —y, supongo, con mayor razón en el confesionario— de mezquindad. "Soy menos mezquino de lo que pienso", reconoce, sin embargo, un día en sus *Meditations*. Su mezquindad se ejercía, no sin delicia, con relación a su prójimo, o mejor de su vecino, más irresistiblemente de sus rivales en poesía, de sus cofrades. Max Jacob es un glotón que se relame el morro cuando con una palabra bien pesada puede abatir a Flaubert, arañar a Péguy, morder a Rimbaud.

Como los surrealistas, como Reverdy y su poesía cubista, estaba bien que Max Jacob y los otros se persuadieran que no era necesario dejarse atar por el fenómeno Rimbaud. Max Jacob tiene un truco: se convierte de entrada en poeta memorialista. Presta oídos, oídos excesivamente atentos, al lenguaje de los no poetas, de las gentes de mundo, del gran mundo y del *demi-monde*, y del mundo medio; no del bajo mundo —sigue siendo cuidadoso, no le gusta el argot. Registra las frases más vacías, las imágenes más vanas que existen, y las recompone sobre el papel, ordenándolas, orientándolas según el estilo de su corazón, y situándolas de manera imprevista a la luz de ese "límite" que es todo el procedimiento poético. La incoherencia humana, reina de las conversaciones, que embaraza tan poco a los hijos de las tinieblas en sus negocios, otorga harto sabor a mucha nulidad. Basta poner en una cierta luz esta necedad para mostrar el corazón humano por transparencia —el mío tanto como el de Max Jacob. ¡Qué arte del montaje, del emplasto, del recorte, qué estilización de la charlatanería! Antes de Max estaba Alfred Jarry, pero Jarry era un desaforado, que se abrevaba en alcohol excesivamente puro. Existía también Henri Monnier, que hasta cierto punto fué como un precursor de Max, pero en una prosa abyecta. Nada de poesía en las fonografías desesperantes de este humorista chato como el infierno. En Max Jacob el humor está en la pendiente de la caridad. No es que, como León Bloy, hubiera recogido los lugares comunes para tentar la exégesis bajo la luz del cielo; no son los lugares comunes los que retienen a Max Jacob, es algún absurdo corriente que confronta con otros absurdos unidos a algunas verdades, para hacer una materia llena de color, una tapicería extraña donde entra de todo; y el conjunto pasado por la criba de un corazón difícil, se alza altísimo en un espacio de pura poesía donde la cosa elaborada se pone a girar, bajo el golpe de la emoción, como el tubo de un caleidoscopio.

SE cometió el gran error de no tomar siempre su conversión en serio. Pero era Max Jacob quien se había convertido y no otro. Marchaba hacia Dios con todo lo que era: un bufón, el más humano de los imaginativos, un ser pleno de esos defectos que él mismo combatía con no menos coraje que lucidez. Para lograr sus propósitos debió dejar París, donde las tentaciones eran demasiado fuertes, y se retiró, desde junio de 1921, a Saint-Benoit-sur-Loire donde pasó varios años. Retornó a París durante un período de mundanidad, en la época en que su estética moderna triunfaba, pero que muy rápidamente lo llenó de disgusto y lo llevó de nuevo a su querida abadía de Saint-Benoît. Era de un fervor extremo. Fué en Saint-Benoît, a los 68 años de edad, que la Gestapo, que había ya arrestado a su hermana, vino a apresarlo al salir de misa, el 24 de febrero de 1944. Estaba preparado para el martirio y no se hacía ninguna ilusión sobre su suerte. Escribió desde Drancy al querido cura de Saint-Benoît: *"Agradezco a Dios por este martirio que comienza"*. No pasó más allá del campo de Drancy. Murió de frío, privado de los últimos sacramentos, que era lo que más temía en el mundo. Fué enterrado en el cementerio de Ivry; luego, en 1951, su cuerpo fué trasladado a Saint-Benoît-sur-Loire.

Max Jacob dejó numerosos poemas, *Les oeuvres burlesques et mistiques de Frère Martorel*, *Le laboratoire central*, extraordinarios libros en prosa, la fantasía misma, desde el *Cornet à des*, conjuntos de modelos de poemas en prosa, hasta *Terrain Bouchaballe* y *Filibuth ou la montre en or*, que son especie de novelas. Posiblemente su obra de arte sea la *Defense de Tartuffe*. ✤

Nuestra actitud frente a los Festivales Cinematográficos

ANDRES RUSZKOWSKI

Lima

LOS premios atribuídos por la Oficina Católica Internacional de Cine en los mayores certámenes del mundo: Cannes, Venecia, Punta del Este, la presencia de delegaciones católicas y la importancia dada por la "Revista Internacional de Cine" y por las publicaciones nacionales, han muchas veces suscitado comentarios más o menos confusos. Entre otras muestras del interés prestado por la crítica católica a los Festivales de Cine, recordaremos el folleto de Jaime Potenze sobre el Primer Festival de Punta del Este, y sus reportajes del último certamen de Venecia.

Desde el Primer Festival Mundial de Cine en Bruselas, celebrado en junio de 1947, los católicos no han dejado ninguna oportunidad, siempre cuando los invitaban los mismos organizadores de tales manifestaciones, para presenciarlas y para emitir su juicio sobre el valor espiritual de las cintas presentadas.

En algunos ambientes católicos, justamente alarmados por los aspectos mundanos y por una publicidad muchas veces de mal gusto alrededor de las estrellas presentes en estos festivales —se han formulado críticas contra nuestra participación. ¿Cómo podían delegados de publicaciones y de instituciones católicas mezclarse a un ambiente de frivolidad y de corrupción? Hay que reconocer que la pregunta parece muy justificada.

Igualmente justificada parece la extrañeza de los indiferentes o de los adversarios declarados de la Iglesia. ¿Qué hacen estos "beatos" en una competición de arte cinematográfico? Deberían limitarse a sus censuras y calificaciones con que nos fastidian ya bastante. ¿Acaso les viene la idea de convertir las películas en sermones y las salas de cine en casa de ejercicios espirituales?

A estas objeciones, los puristas del arte agregaban su indignación por vernos asociados a iniciativas que no siempre tenían fines desinteresados. ¡Vaya católico que por su presencia sirve a la publicidad comercial de tal balneario o a la venta de tales terrenos de un ágil empresario! O bien, ¿desde cuándo las instituciones religiosas se ponen al servicio de la propaganda de un régimen político, prestigiándolo por su concurrencia?

En vista a todas estas objeciones, debemos definir exactamente nuestro concepto acerca de los Festivales de Cine, separando lo fundamental de lo accidental.

La gran dificultad para todos quienes aspiran a darle al cine una categoría superior, es la falta de criterio del gran público y el círculo vicioso que se forma entre un espectador incapaz de interesarse en una obra de calidad superior y el empresario resignado a ofrecerle a este espectador la calidad inferior, para evitar el fracaso económico. Las aspiraciones culturales de una parte del público quedan defraudadas por la insuficiencia de la programación de las salas comerciales. Las ambiciones artísticas de algunos empresarios que se atreven a presentar películas de carácter excepcional, quedan castigadas por el vacío de la taquilla. Eso es la dura realidad. Todo el resto, aunque se lo explique en términos muy sabios y detallando muchas responsabilidades, no es sino vana literatura.

Para romper la fatalidad del círculo, existen varias soluciones. Unas de efecto más inmediato, otras a largo plazo. Entre las primeras se encuentra todo lo que puede sacudir la indiferencia del espectador medio y convencerlo de que una película X vale la pena de ser vista, aunque no actúe en ella la famosa estrella Lili Pompita ni el fascinante galán Coco Rubin. Y un Festival puede lograrlo. El prestigio de sus premios, el hecho de que concurran películas seleccionadas como mejores por los organismos más competentes de los países participantes, la importancia dada en los periódicos a las críticas de estas películas, el ceremonial que se despliega alrededor de las funciones del Festival, con asistencia de los realizadores técnicos al lado de las estrellas, todo esto contribuye poderosamente a suscitar el interés del gran público para con las cintas presentadas durante un Festival y facilita su difusión comercial. Los escépticos pueden fácilmente convencerse si preguntan sobre el particular a los especialista de la dis-

---

preocupaciones generales. Y, como consecuencia de ese desvío, la mayoría popular empezó a desconfiar del poeta y a apartarse de él.

En pleno auge modernista, apareció Almafuerte. Romántico por temperamento y por vocación, Pedro B. Palacios prolongó en nuestro medio, por pura gravitación de su poderosa personalidad, un lenguaje, unos temas y un repertorio conceptual a los que el triunfante modernismo reputaba poco menos que nefandos. Pero esa prolongación no llegó hasta los ambientes más cultos, fascinados ellos por un arte decididamente aristocrático, del cual era aquí sumo representante el ya prestigioso Leopoldo Lugones. Imperó, en cambio, sobre el pueblo, por dos muy probables razones: porque repetía un idioma estilístico (el romántico), que era familiar a la mayoría, y porque, con su humanitarismo fácil, halagaba los sentimientos de una masa a la que la inquietud socialista y gremialista estaba empezando a despertar. El caso fué que, mientras los poetas de última moda (con la casi única excepción del muy leído autor de *Prosas profanas*) no lograban interesar seriamente al gran público, Pedro B. Palacios multiplicaba las ediciones de sus obras, era entusiastamente aplaudido como conferenciante en asambleas realmente multitudinarias y conquistaba la admiración y el afecto de los estamentos sociales más modestos. De esto último es fácil darse cuenta hoy mismo viendo el nombre de Almafuerte como denominación orgullosa de pequeñas bibliotecas pueblerinas y hasta de humildes residencias suburbanas. Sólo quien ha penetrado hasta lo más profundo del corazón de las gentes es capaz de suscitar tan tiernos y espontáneos tributos de adhesión.

Desaparecido el difundidísimo autor de *El misionero*, su nombre gravitó aún menos que antes sobre los círculos literarios, indiferentes por completo a un legado poético cuya formulación y cuyo espíritu se habían vuelto poco menos que incomprensibles para ellos. Pero no lo eran, no, por cierto, para el lector común, que continuó agotando las ediciones de las obras de su poeta favorito. Pese a lo anacrónico de su escritura (enfática, discursiva y anecdótica en grado extremo), y no obstante lo confuso de su mensaje lírico, Almafuerte, el tonante Almafuerte de los versos proféticos y de las palabras flamígeras, el estentóreo Almafuerte del disconformismo social y político, sigue vivo en el alma del pueblo, quizá porque el pueblo intuye que las dos o tres ideas claras que en la poesía de Pedro B. Palacios hay (humanitarismo, democratismo, progresismo) fueron vividas sinceramente por su autor a lo largo de una vida honesta como pocas.

Mientras tanto, es evidente que la poesía de actualidad ha perdido todo contacto con la masa popular, y que carece en absoluto de influjo sobre ella. Los grupos humanos interesados hoy en esta gran forma del arte literario son, a fuerza de restrictos, prácticamente confidenciales. Y de la alarmante escasez de lectores de versos puede dar testimonio la creciente limitación de las tiradas de esa especie de libros. Y ello no solamente aquí, sino en todas partes, según alguna vez he señalado. Sin tratar de imitar a Almafuerte (cuyo pensamiento no brilló nunca ni por su seguridad ni por su claridad, y cuya obra, meritoria en más de un aspecto, está muy lejos de ser un dechado de profundidad y de pureza), tal vez nos convenga reflexionar en lo mucho que hay de aprovechable en su ejemplo, tan vivo y tan lozano todavía. ❖

tribución cinematográfica. El relativamente modesto Festival de Punta del Este abrió las puertas de América latina a una serie de películas que antes no interesaban a ningún exhibidor. Los Festivales europeos han asegurado el éxito económico de casi todas las películas presentadas en ellos y han ampliado las posibilidades para los productores cultos, con preocupaciones artísticas o sociales.

Frente a esta misión fundamental de un Festival de Cine, un cristiano no puede permanecer indiferente. Del éxito de las iniciativas en favor de las películas de calidad, depende en gran parte toda la influencia espiritual y moral del cine, inseparable de su aspecto cultural. Podemos "moralizar", tanto cuanto queramos, al espectáculo de cine, pero esto no servirá de nada, absolutamente de nada, si el mismo espectáculo, aun "depurado", se queda en un nivel grosero y vulgar por falta de calidad positivamente espiritual, que solamente una forma auténticamente bella puede transmitir sin traicionarlo de manera lamentable. No se puede hacer obra de bien con una película mala. En tanto que no haya en el mercado películas buenas (en el sentido cultural), no habrá para nosotros posibilidad de apostolado positivo de cine. Aumentar el número de películas de calidad, que circulen en el país, es la primera condición de cualquier trabajo cristianizador del cine, aun en el caso de que no todas estas películas estuviesen conformes con la visión cristiana del mundo.

Por estas razones nos parece indispensable la existencia de los Festivales como uno de los medios más eficaces para estimular la producción y la difusión de obras cinematográficas de un nivel superior.

Esto no quiere decir que estemos conformes con la manera de como se realizan estos acontecimientos. Hay mucho que criticar en lo particular. El ambiente de frivolidad, de culto a la estrella, de mundanidad la más superficial y de snobismo, es la llaga principal de los Festivales celebrados en el mundo occidental, que podrían en este sentido aprender mucho de los organizadores del Festival de Karlovy Vary y de otros sitios tras el telón de hierro. Para los comunistas, el cine es realmente un asunto serio por sí mismo y suficiente para ocupar la inteligencia de un grupo de invitados a un Festival. Hay que lamentar que para nuestros amigos occidentales la proyección de las películas parece, a menudo, constituir solamente un pretexto para comidas, cocktails, bailes y otras atracciones que tienen con el arte cinematográfico una relación muy... relativa. La falta de un minimum de criterio moral en la selección de las películas es otro defecto muy grave. Varias veces hemos sido mortificados al ver cómo el argumento de la libertad de la creación artística se pervertía en la justificación de una obra de decadencia y de descomposición de los más altos y universales valores de nuestra civilización. Todo esto, los delegados nuestros lo ven muy bien. Sin embargo, ¿sería procedente el retirarse y limitarnos a publicar algunas quejas en nuestros periódicos que ni siquiera llegan a las manos de las personas responsables de estas fallas? ¿Sería lógico esperar que se cristianice un ambiente con ausencia de los cristianos? Pensamos que no, y que no podemos eludir la responsabilidad espiritual por el mundo del Cine, del cual formamos parte desde que nos hemos dedicado a este apostolado. No es objeto del modesto artículo de hoy el estudio de las condiciones especiales que nos imponen los peligros relativos a este apostolado. Lo que acabo de escribir, debería aclarar las dudas de algunos hermanos nuestros en la fe católica.

En cuanto a los otros, extrañados y hasta alarmados por nuestra insistencia en tener alguna participación en los Festivales, podemos tranquilizarlos con toda facilidad y lealtad. Es cierto que el aspecto moral, la calificación de las películas desde este punto de vista constituye nuestra gran preocupación y que los organismos competentes de cada país hacen lo que pueden para mejorar constantemente los métodos de este dificilísimo trabajo. Culminando en estos esfuerzos, las próximas Jornadas internacionales de estudio, organizadas anualmente por la O. C. I. C., serán dedicadas esta vez a los problemas relacionados con la calificación moral de las películas, y se reunirán del 12 al 18 del corriente mes en Alemania occidental, inmediatamente antes del Festival de Berlín. Sin embargo, este importantísimo problema no es el único aspecto que nos interesa en el cine. Cada persona de buena voluntad que ha leído las líneas que preceden, lo debe reconocer. Tenemos el mismo derecho de cada hombre, de amar al cine y de contribuir a su desarrollo como medio de expresión y de comunicación entre los individuos y las naciones. Lejos de cualquier absurda tendencia de esclavizar al cine y de limitar su alcance a los temas piadosos y conformistas, creemos sinceramente que nuestra presencia, a pesar de todas las deficiencias personales que reconocemos sin falsa modestia, constituye un aporte y un elemento de consagración definitiva del cine en su alta categoría de arte y de medio de comunicación comparable a los más respetados artes tradicionales. Creemos también que los insustituibles aportes del catolicismo al desarrollo general de la cultura humana, nos ofrecen una credencial suficiente para ofrecer nuestra colaboración a una forma tan nueva y tan popular de la cultura, que es, que puede ser todavía más, el arte cinematográfico.

Estamos convencidos de que al servir la causa del cine de calidad, servimos con más acierto la causa de la Iglesia frente al cine.

Puede sonar un poco rara y paradojal, después de una afirmación tan solemne, la necesaria referencia al problema "comercial" o de "propaganda política" evocado por los "puristas" del arte cinematográfico. Aunque la palabra "realismo" no siempre indica un contenido muy limpio, creo inevitable su utilización en este caso: debemos mirar las cosas con realismo. La organización de un gran Festival de Cine necesita medios económicos tan importantes que ninguna institución particular con fines estrictamente culturales podría soportarla. En los países totalitarios, sobre todo tras el telón de hierro, los organismos de Estado se encargan de resolver este problema. En los países occidentales, el Estado concurre también y corre con una parte de los gastos en forma de subsidios, como en Venecia, en Cannes o en Punta del Este. Pero la otra parte es normalmente pagada por entidades particulares de tipo comercial (sobre todo turismo). Que esto produce interferencias a menudo desagradables y contrarias a la finalidad propia de la manifestación, que la presencia de los delegados de poderosas industrias cinematográficas de varios países, representadas a veces por propios diplomáticos de su gobiernos respectivos, complica también la tarea de los organizadores y de los jurados —todo esto es cierto y lamentable y hay que trabajar para que desaparezcan poco a poco tales inconvenientes. Repito, sin embargo, que no son los ausentes quienes podrán perfeccionar a una institución, sino los que colaboran lealmente y sinceramente con ella.

Y, una vez más, a pesar de todo, los Festivales estimulan la circulación de las películas de calidad y por eso tenemos que apoyar y facilitar el desarrollo de tales certámenes. Quizás sería oportuno reservar a uno o dos de ellos el carácter realmente mundial, con distribución de premios internacionales. Pero cada país debería ser libre de organizar su propio Festival nacional (con participación de películas y de artistas de otros países), para beneficio de la cultura cinematográfica de sus ciudadanos. ❖

CONSERVADORA ARGENTINA DE ASCENSORES

Ex operarios de la Cía. STIGLER

Colocación y Reparación de Ascensores, Montacargas y Bombas — Repuestos en General

Proyectos - Reformas y Presupuestos

SERVICIO PERMANENTE DE RECLAMOS

Administración:

PASO 260 T. E. 47, Cuyo 4836

Hacia una literatura del mundo del trabajo

MARIO J. RUZZO

Mar del Plata

HEMOS visto en 1953 la aparición de dos libros que —a nuestro juicio deben llamarnos a reflexión. No sólo por el éxito obtenido —que nunca es una cosa despreciable—, sino, sobre todo, por el significado que tal literatura encierra. Nos referimos a "El coraje de vivir", de Majencio Van der Meersch, y "Los santos van al infierno", de Gilbert Cesbron, este último publicado en Santiago de Chile en 1952, pero difundido en nuestro país en el transcurso del 53. En cuanto al primero salió en Buenos Aires a principios de 1953 y muy pronto se vieron agotadas sucesivas ediciones. Se transformaron así en éxitos literarios para un público que registraba un cambio importante en sus preferencias: se inclinaba por Cesbron, Van der Meersch y el Guareschi de "Don Camilo", mientras "La segunda oportunidad", del apocalíptico Gheorghiu desteñía sus tapas azules o rojas al rigor del sol de tanto estar en vidriera. Y nadie nos podrá negar que el siempre cambiante gusto literario del público que lee es signo visible de tendencias más profundas, de aceptaciones más hondas y también de rechazos decisivos. Ambos libros han sido calificados, por la crítica, de novelas. Bajo esa denominación también la han dado al público sus autores. Y no les podemos negar el carácter de tales siempre y cuando advirtamos que son novelas que no encierran "novelería". Son de un realismo tal (Van der Meersch ya es conocido en este sentido y Cesbron se nos revela semejante en su obra) en cuanto se atienen a la descripción de aquello que desean mostrar, que se convierten en testimonio de nuestro tiempo. Sobre todo de un sector de este mundo desgarrado y dividido en que vivimos: el del trabajo y los obreros.

En efecto, vemos a uno y otro autor moverse, pintar caracteres y pintar situaciones en ese ambiente donde los conflictos producidos por la cuestión social son más agudos. Allí, donde estalla la huelga, las maquinarias chillan, las pasiones se desatan, el hambre amenaza y la seguridad no se adquiere a ningún precio. Ahí donde es dura y difícil la vida, porque a la vera se levanta la contraparte de la fábrica: el conventillo. La una y el otro son el medio en que Cesbron y Van der Meersch sitúan a sus personajes: un muchacho de la J. O. C. y un obrero sacerdote.

Los dos autores penetran —con un mensaje cristiano— en ese oscuro ambiente que durante tanto tiempo estuvo vedado a los escritores cristianos. Nos basta con recordar la literatura de fines del siglo pasado y principios del presente: el mundo obrero era exclusividad del escritor revolucionario de izquierda (la literatura zoliana es el más alto ejemplo). Y en ella siempre aparecía la caricatura del patrono católico burgués o del sacerdote conformista aliados, inevitablemente, con la explotación más inicua y el capitalismo más sórdido.

Los escritores cristianos, mientras tanto, mantenían se apartados de un medio que no conocían y no comprendían; entrar en él daba la impresión de mancharse las manos y ocuparse de cosas concernientes a otros. Registraban así —en el orden de la expresión literaria— lo que en un orden más concreto existía realmente: el divorcio de la Iglesia y los obreros. Las causas de ello han sido explicitadas muchas veces y no tenemos por qué repetirlas. La verdad es que la literatura cristiana registraba ese divorcio.

Los intentos hechos por los Pontífices desde que advirtieron que el mundo del trabajo y sus hombres habíanse alejado de la Iglesia y la creación de agrupaciones destinadas a la reconciliación (J. O. C.; Sindicatos Cristianos etc.) parece rebotar recién ahora en la literatura. Cesbron y Van der Meersch, sin duda alguna, autores que echan a rodar el mensaje de la reconciliación y sus libros rompen una tradición literaria para abrir un nuevo rumbo. Ellos descienden al taller, a la fábrica, al conventillo, a la huelga como Cristo descendía al pueblo y en medio del sufrimiento y del clamor obrero saben esbozar una esperanza y hacer estallar la indignación. ¿No es esto acaso un deber de los cristianos, un deber que no puede ser preterido sin causar grave mal? Porque en los libros que nos ocupan esta exigencia es una realidad viviente, anotamos como primer conquista de esta literatura del mundo del trabajo su sentido de reconciliación entre la Iglesia y los obreros. Y no nos parece poca cosa esta tendencia que registramos entre los esfuerzos que se hacen por la construcción de un mundo nuevo.

II

QUIZAS a muchos lectores no agrade las descripciones de todas las lacras sociales que el autor de "Cuerpos y almas" va haciendo en las páginas de "El coraje de vivir". Hay allí capítulos enteros en que la miseria y el sufrimiento todo lo ahogan para no dejar asomar nunca la alegría, la satisfacción, la abundancia. Trozos que arrancan lágrimas y trozos que producen asco. La única alegría que por allí pasa, como un viento renovador, es la de ver un muchacho abrasado por un alto ideal que sabe sobreponerse a todo. La alegría interior que el idealismo cristiano produce es la única que allí se advierte y que hay que saber descubrirla. Quien no la perciba sostendrá que esta novela de Van der Meersch es amarga y triste. Y habrá elaborado un juicio erróneo, pues, ¿es posible usar tales calificativos cuando en medio de todos los acontecimientos hay un personaje que: "Eso sí, le importa un comino la vida, por la J. O. C. y por Cristo obrero es capaz de dejarse romper hasta la crisma"?

Quizás a muchos parezca exagerado el lenguaje en que habla Pedro o el que usan Juan, Luis, Miguel y Esteban en la novela de Cesbron. Palabras gruesas, maldiciones, injurias, gestos desmedidos asoman aquí y allá en este extraordinario libro. Sin embargo, no es la "exageración" lo que aquí existe, sino la realidad de la miseria, la desocupación y el hambre. No es mucha la forma que se puede guardar —ni en las palabras ni en los gestos— cuando una familia debe reducirse a vivir en una pieza maloliente y los ratones carcomen la cabeza del bebé que allí queda mientras sus padres están en la fábrica. Un mundo duro— y hasta antipático— es éste para quien no está acostumbrado a privarse de nada. Vivir en él no es cuestión de "querer" sino de "poder" (El P. Bernardo es un claro testimonio de tal cosa).

En ese mundo del trabajo, de los obreros, de las huelgas, de los mitines y de las casas colectivas no puede vivir cumpliendo una misión el que quiere sino el que puede. La condición indispensable que se impone es la de pertenecer a la misma clase de los obreros, ser "uno" de ellos, no "hecho" (porque no se "hace"), sino "nacido". Obrero, hijo de obreros, con sus mismos defectos y sus mismas virtudes, su psicología, sus aspiraciones, su dolor y su alegría. Condición primera para obtener éxito, para ser aceptado, para no ser repudiado. No hay "apostoladito" de universitario entre los obreros ni de muchacha de clase media entre las obreras. Todo o nada es la ley que rige aquí. Y qué bien lo saben —y lo dicen— todo esto tanto Cesbron como Van der Meersch. Los obreros siguen al Mardyk de "El coraje de vivir", lo escuchan, puede hacer oír su voz aún siendo solo y cristiano en un medio hostil y mil cosas más porque es un obrero auténtico. De lo contrario le sería inútil intentar cualquier cosa.

El P. Pedro de "Los santos van al infierno" no es un sacerdote obrero, es —como muy bien lo pone de manifiesto— un obrero sacerdote. Obrero de clase y de vocación que se ha hecho sacerdote y sigue siendo obrero. Por esta cualidad y condición, Pedro cumple su misión en Sagny y puede hacer conocer a Cristo a sus compañeros de barrio.

¿Qué significa esta condición indispensable que tan bien han reconocido los dos autores que seguimos? Nada más que una cosa: la salvación de los obreros por los obreros mismos. Los Pontífices lo han proclamado,

EL SUEÑO

TODO el día te sostengo
sueño, y en mí vas callado
y vencido,
todo el aire te detengo,
disuelto y aprisionado,
parecido.
Ya placer mortal de nada,
vagas fugitivo y quieto,
en despego,
sombra subida, asomada,
al cenit seco y secreto,
sin sosiego.

Sola voluntad conmigo
corres la edad, los desiertos
y los vientos;
sólo y tan sólo al abrigo
de estos aires descubiertos
y momentos.
Bajas de ti en mí, extraño,
a este cesar pasajero,
de vacío,
en querer dormido y daño,
o ya en anhelar ligero,
por ser mío.

Y llamo en ti la mañana
clara, incomparable y viva,
imposible,
el ramo y la luz lejana,
delicada y sucesiva,
increíble;
el tiempo indolente y alto,
coronado y entendido
en ti, espacio;
aliento y tiniebla, salto
de aire al aire sostenido,
y despacio.

Arriba, sereno e inquieto,
remontas y bajas, muerto,
ay, y vivo;
alegre y triste, sujeto
a otras alturas, despierto
y cautivo.
Excelso o pequeño subes,
suspiro de estar conmigo,
breve y tanto;
te levantas a las nubes
perdido en mí y contigo
entretanto.

Delicia y luz esplendente
y muerte sin morir llena,
recogida,
toma ya entre mis cabellos
estas nieblas, la serena
despedida;
la ardiente y callada sombra,
mi boca, y las dudas frías;
sueño, sueño,
ten de mí —de quien te nombra—
los idos y ansiosos días
en su dueño.

Y en su mano enamorada
deja la flor ascendente
y apretada,
la blanca llama impaciente,
suavísima y desatada,
reluciente.

RICARDO E. MOLINARI
Buenos Aires

Cardijn lo ha sostenido y la realidad nos muestra que es el único método eficiente. La era del paternalismo, tanto de Estado como de clase, ha terminado, y estos novelistas se hacen eco de ello. Y éste es el segundo mérito que anotamos en favor de esta literatura del mundo del trabajo, que no es ni "rosa" ni "verde", sino gris como el cielo de los centros fabriles, como la vida de los proletarios, pero sobreelevada por un resplandor de sol que pone el cristiano que allí vive portando un mensaje de Amor y de Esperanza.

III

EL mundo obrero, perdido para la Iglesia prácticamente desde el estallido de la cuestión social, fué ganado, en la misma medida, por las filosofías materialistas. Ellas supieron darle un sentido de lucha a la reivindicación proletaria y transformar en enemigos a todos, aun a aquellos que muchas veces no eran la causa directa del malestar existente. Y fué así como la clase obrera se encontró muy pronto frente al capitalismo, la burguesía más ciega y otras muchas causas verdaderas en el origen de la cuestión social. Mas no sólo frente a ellos, sino que, empujada por una dialéctica interna —que el marxismo, sobre todo, sabía explotar muy bien— se halló también adversaria de la Iglesia y sus representantes. Producido este hecho al que ya hicimos alusión tardó tiempo sin embargo en descubrirse que había una misión. La misión de reconquistar ese mundo adverso para Cristo, re-evangelizarlo. Y tal cosa no podía hacerse sino a costa de misioneros, apóstoles y hasta mártires obreros. Como Cristo había conquistado al mundo. Esos "cruzados" de nuestra era —de la J. O. C. o de las Misiones obreras— pronto advirtieron que había una doble tarea que realizar: conquistar a los obreros y desalojar a los falsos profetas. Estos no eran sino los representantes de esa gran fuerza política y sindical que es el comunismo a quien le correspondió históricamente hacer su carrera en el proletariado.

Es cierto que al plantearse el problema de la reconquista de la clase obrera por el cristianismo el panorama era difícil y sombrío. Anarquismo, socialismo y comunismo dividíanse, a placer, sindicatos y organizaciones obreras. Tiempo después el comunismo se levantaba como dueño único de las grandes centrales obreras y con una influencia —en el proletariado— que nadie podrá discutir. En ese teatro había que salir a luchar.

PENSAMIENTO PONTIFICIO

Discurso del Papa a los congresistas de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media

(4 DE ENERO DE 1954)

LAS Jornadas Nacionales que la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media ha celebrado en estos días nos han proporcionado ocasión de ver reunidos en torno a Nos a todos sus dirigentes. Con este Congreso Nacional, vuestra Unión ha querido iniciar las manifestaciones por el primer decenio de vida de vuestra floreciente e importante Asociación, que, constituída en Roma en 1944, se ha difundido rápidamente por toda Italia.

Estos diez años han sido celosa y fructuosamente empleados, y el vasto programa que vuestra Unión había propuesto se ha extendido vigorosamente en varios "sectores" para el verdadero bien de la escuela italiana. Los profesores adheridos a vuestro ideal forman mayoría en los diversos organismos nacionales que, con ocasión de las consultas electorales dentro de la profesión, han puesto de manifiesto la dirección de su pensamiento. Este feliz resultado no se hubiera obtenido sin el gran esfuerzo de organización realizado por los principales dirigentes de vuestra Unión y sin la generosa colaboración de tantos dirigentes secundarios. Ello permitirá —así lo esperamos— proseguir con éxito las exigencias de vuestro programa económico. Nos no ignoramos que la retribución de la mayor parte del personal docente, lejos de asegurarles el dinero y el tiempo libre necesarios para la cultura personal y para el perfeccionamiento pedagógico, apenas si basta para las necesidades diarias de la vida, especialmente para aquellos que han tenido el valor de asumir la carga de una familia.

Tal retribución, no puede, además, considerarse adecuada a su grave responsabilidad social. Una sociedad que ha de tener el cuidado de los bienes intelectuales y morales, una sociedad que no quiere derivar hacia aquel materialismo al que le arrastra con su propio peso la vida cada vez más mecanizada de la civilización técnica, debe mostrar la estima que ella tiene de la profesión docente, procurándole una renta que corresponda a su grado social. No olvidemos que también el trabajo que produce valores espirituales es verdadero trabajo, incluso, en su genero, más elevado que el trabajo manual, el cual puede ser también tomado en consideración al calcular la justa remuneración.

Existen todavía en vuestra carrera demasiadas condiciones precarias, puestas cada año en discusión, y sin seguridad para el futuro, con grave daño para la continuidad en la enseñanza y para el perfeccionamiento personal. Cuando se considera el pequeño lugar que las retribuciones de los profesores tienen en el balance nacional, surge el deseo de que, según las posibilidades, se establezcan en cada capítulo las sumas relativamente modestas que bastarían, elevando la condición material del personal docente, para mejorar la enseñanza nacional y, por ello mismo, el estado cultural de todo el país.

La accion para vuestros incrementos económicos no es, sin embargo, el fin principal de vuestra Unión. Esta se propone, ante todo, "promover y actuar la formación moral y profesional de los socios en orden a su específica misión educativa". Nos tuvimos el 4 de septiembre de 1949 la oportunidad de ilustrar a los miembros de vuestro II Congreso Nacional la nobleza y la importancia de vuestra alta misión educadora, y, por tanto, no tenemos necesidad de volver con extensión sobre tal tema. Tampoco hemos olvidado cómo hacia fines del Año Santo (4 de noviembre 1950) quisisteis ofrecernos una "Cátedra magistral" para expresar vuestra ferviente e inconcusa adhesión a la cátedra de Pedro, maestro de verdad, de la que habéis aprendido —y por la que enseñáis con vuestro ejemplo y con vuestra obra aquello que es lo más importante para el hombre sobre la tierra.

Durante estos diez años de actividad de vuestra Asociación, que conmemoráis para preparar un nuevo impulso de vida interior y de acción metódica, tres Congresos y veinte "Reuniones" nacionales han estudiado numerosas cuestiones de orden pedagógico, social y escolar; han promovido una laboriosidad correlativa y obtenido notables resultados. La conciencia de su responsabilidad en el apostolado se ha reforzado en muchos profesores de escuelas medias, y el pensamiento cristiano ha vuelto a inspirar a algunos profesores y organismos cuyo influjo no es ciertamente menospreciable.

Existen, por tanto, motivos para dar gracias al Señor por el bien realizado; pero los más celosos de entre vosotros sabrán humildemente exclamar con San Pablo: "Yo he plantado, Apolo ha regado, pero Dios ha dado el crecimiento" (1 Cor. 3, 6), y añadirán con él: "Olvidando lo que hay tras de mis espaldas, me encamino hacia lo que tengo delante" (cfr. Phil. 3, 13). Sería realmente una tentación de pereza el detenerse con complacencia sobre cifras y testimonios, mientras queda todavía tanto que hacer para frenar y rechazar la corriente materialista de que nos hemos ocupado recientemente en nuestro Mensaje de Navidad. Cada uno debe luchar constante y enérgicamente en sí mismo y en la vida social profesional contra la indiferencia y la falta de fe sobrenatural. La tendencia tan arraigada en nuestros días de procurar la utilidad práctica

---

¿Cuál es el panorama de hoy, después de transcurridos muchos años y muchos sucesos?

Estudiando el sindicalismo obrero y sus tendencias o las realizaciones socialcristianas en el mundo (desde las democracias cristianas en el poder hasta los programas reducidos como los de Lebret, las comunidades de trabajo, etc.), podemos llegar a su conocimiento. Pero quien prefiera hacerlo por la vía más amena de la literatura que se asome a las páginas de los dos libros que aquí llaman nuestra atención. Todo está dicho allí y es cierto. El panorama ha cambiado. El mundo obrero está hoy dividido, en los países socialmente más evolucionados, en tendencias distintas a las de ayer. Hoy tenemos esta división de fuerzas: los comunistas que se van y los cristianos que llegan. Estos son todavía minoría. Y como tal levadura. Son aún los primeros apóstoles con una doble tarea que Cesbron y Van der Meersch adjudican maravillosamente a sus protagonistas.

Mardyk —el muchacho jocista— no sólo tiene la misión de hacer triunfar la justicia en los conflictos con la patronal, sino también demostrar la falsedad de los que prefieren la guerra a la paz y el malestar a la tranquilidad porque medran a costa de ellos.

Pedro tiene en la misión de Sagny una tarea también doble. No está solo la miseria, la explotación, la iniquidad. Está, a la vez, el Partido, los hombres del Partido que explotan todo eso y hacen un juego sucio, malintencionado, comprometedor y desleal.

Es difícil salir airoso de allí donde se está entre la espada y la pared. Raramente se obtiene un éxito fácil. La palabra éxito —en el sentido humano— está vedada. Pero se da testimonio, que es lo que importa, y se lo da al alto precio que la hora exige: desconfianza, amargura, calumnia, injuria, dolor, privaciones.

Ni Pedro ni Mardyk son personajes imaginarios. Están copiados de la realidad y adquieren, por ello, en las obras el carácter de símbolos. Representan a aquellos que hoy —en cualquier parte del mundo— salen a la dura tarea de reconquistar a la clase obrera. Y tienen la dignidad, la fuerza, la decisión, el coraje de los que saben que la causa que los empuja es superior a la injusticia capitalista y a la rebelión comunista y que al fin vencerá a ambos.

Ese es otro de los aportes de esta literatura del mundo del trabajo que con estos dos libros alcanza cumbres. Literatura de reconciliación también que tiene un objetivo que cumplir: describir las angustias de hoy y anunciar para el porvenir una democracia de inspiración cristiana donde los únicos títulos valederos sean la virtud y el trabajo. ❖

e inmediata, podría transformar vuestra Unión en uno de tantos Sindicatos cuyo fin de reivindicaciones económicas es el único fin real, en tanto que vosotros debéis buscar en ella, para vosotros mismos y para todos sus miembros, un bien más profundo, duradero y radiante.

La adhesión a vuestra Unión expresa ante todo la voluntad de "conseguir el propio perfeccionamiento moral y espiritual", es decir, de alcanzar, mediante la oración, la aplicación personal a la enseñanza de la Iglesia y el esfuerzo de vida interior, aquella unión con Dios y aquella dignidad que dan a vuestra conducta y a vuestros juicios el valor de un testimonio en favor de vuestra fe y que harán más respetable y más eficaz vuestra autoridad, no sólo en la escuela y durante el tiempo en que los alumnos os están sometidos, sino también en la vida pública, entre las familias y entre los jóvenes, quienes, después de haber recibido vuestra enseñanza, conservarán durante toda la vida el orgullo de haberos tenido por profesores.

La primera consecuencia para vosotros de la profundización de vuestra vida cristiana será, naturalmente, una noción más elevada de vuestra misión educadora y una acrecentada conciencia profesional, es decir, una voluntad más ardiente para conseguir en vuestra profesión toda la competencia posible en aquello que concierne a los conocimientos teóricos y a la enseñanza práctica.

Ahora bien, para llenar plenamente su oficio, el profesor digno de este nombre debe ante todo conocer a sus alumnos, o sea, en general, a los jóvenes de una determinada edad, tal como los presenta una sana pedagogía cristiana, y a los alumnos de su clase o de su Instituto, en particular, cuales los forma la familia.

Se han hecho, ciertamente, grandes progresos en la psicología experimental, en la medicina pedagógica; se ha tratado, no sin felices resultados, de medir la importancia de los diversos elementos que condicionan la asimilación de las materias escolares mediante la memoria y la inteligencia del discípulo, comenzando por factores materiales, como el mobiliario, la iluminación, los tipos de libros, la composición de las imágenes y de los sonidos, hasta llegar a las condiciones intelectuales propiamente dichas, como los centros de interés, variantes según las circunstancias locales y las edades, y las asociaciones de la memoria, que una apropiada educación favorece. Sería inexcusable para un profesor moderno no estar suficientemente informado de los trabajos que se producen en este campo, y Nos sabemos que vuestros círculos didácticos se interesan particulrmente por ellos.

Pero un profesor cristiano no podría conformarse con la técnica pedagógica; él sabe por la fe, y la experiencia lo confirma, por desgracia, la importancia del pecado en la vida del joven; conoce, además, el influjo de la gracia. Los pecados capitales no dependen por sí de la medicina. Ciertamente se dan frecuentes razones de temperamento y de salud en la pereza y en otros defectos, pero existe siempre el pecado original. Por ello el educador cristiano no puede contentarse con dejar obrar a la naturaleza o simplemente con favorecerla como hace un cultivador con los productos de la tierra. El, como la gracia de Dios, de quien desea ser auxiliar, al mismo tiempo corrige y eleva. El combate las tendencias inferiores y se preocupa de hacer florecer las superiores; lucha paciente y firmemente contra los defectos de sus alumnos y ejercita sus virtudes; realza y mejora. De este modo la educación cristiana participa en el misterio de la Redención y colabora eficazmente con ella. De donde viene la grandeza de vuestro trabajo, que no deja de tener cierta analogía con el del sacerdote.

Los jóvenes de quien debéis ocuparos no son seres abstractos, sino hijos de determinadas familias. ¿Por qué razón tantos esfuerzos de los profesores, tantas horas y tantos años de constante entrega dan a veces tan escasos frutos, si no es precisamente porque la familia, con su falta de acción educativa, sus errores pedagógicos, sus malos ejemplos, destruye día a día lo que el profesor se esfuerza penosamente por construir? ¿No tiene, pues, nada que decir a la familia? ¿No tiene nada que hacer para iluminarla, ayudarla, hacerla consciente de la complejidad y de la amplitud de su misión, inculcarle rectos conocimientos pedagógicos, corregir sus errores y estimular su celo? Es inadmisible que tantas familias crean haber cumplido con sus deberes hacia los hijos por el hecho de enviarlos a la escuela, sin preocuparse de colaborar íntimamente con los profesores, sobre los cuales piensan erróneamente que pueden descargar toda una parte de sus obligaciones. Esto es cierto sobre todo para la enseñanza elemental, pero también para la enseñanza media, puesto que en este momento, al crecer los adolescentes, comienzan a emanciparse de la sujeción de los padres, y ocurre a menudo que ellos oponen el profesor al padre, la escuela a la casa. Muchos padres se encuentran entonces como desautorizados ante el humor caprichoso de los hijos, y algunos errores de los que se cometen en tales años pueden resultar nefastos para el equilibrio del adolescente. Es éste un punto sólo entre muchos otros para mostrar que la colaboración de los padres y de los profesores debe ser constante y profunda. Por ello una de vuestras reuniones (noviembre de 1951) ha estudiado la "escuela como comunidad educativa", y Nos alentamos gustosos cuanto facilite y haga cada vez más estrecha la colaboración de la escuela y de la familia. Esta escoge el profesor para preparar al adolescente a vivir en la ciudad y en la Iglesia su vida de adulto. La familia no debe y no puede abdicar de su oficio de dirección; la colaboración es natural y necesaria, pero supone, para que sea fecunda, mutuo conocimiento, relaciones constantes, unidad de miras, rectificaciones sucesivas. Sólo entonces los profesores podrán hacer efectivo su ideal. La familia debe ser el más sólido apoyo del profesor en todos los grados, local, sindical, nacional. El es en primer lugar el delegado de la familia, y solamente después, si se presenta el caso, el oficial público o el empleado del Estado o de la sociedad de enseñanza.

En toda asociación importante y que se extiende sobre un vasto territorio, la responsabilidad de los dirigentes es particularmente grande. Ellos son realmente el alma del movimiento, y atañe a ellos el hacer, por así decirlo, vivir los estatutos, hacer penetrar en cada uno de los asociados el espíritu de la institución. Las Jornadas Nacionales que os han reunido en Roma deben representar un paso decidido en la vida de la Unión. Son centenares de millares de adolescentes los que os están confiados durante los delicados años de su desarrollo; tenéis una grave responsabilidad en la formación de la juventud italiana y contribuís en gran parte a preparar un futuro mejor a vuestro país. Como cristianos, no podéis permanecer indiferentes; como profesores, tenéis la gloria de poder cooperar poderosamente a la renovación religiosa de vuestra generación. He aquí por qué hemos querido animaros y manifestaros la confianza que ponemos en vuestra generosa Unión. Sabed todos, y decidlo así a vuestros colegas, que el Papa pone grandes esperanzas en la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media.

A cada uno de vosotros aquí presentes, a todos los miembros de la Unión, a vuestros alumnos y a sus familias damos de corazón, como prenda de fecundas gracias celestiales, nuestra paternal bendición apostólica.

EL OTOÑO
Y LA
LECHE DE PALTA
COTY

Ahora es cuando su cutis o sus manos deben ponerse a cubierto de los fríos imprevistos, o de esos días ventosos tan comunes en el Otoño... Nada más indicado entonces que recurrir a la acción bienhechora de LECHE DE PALTA COTY, cuyo componente principal, el aceite de palta, protege y embellece, dando fina tersura.

$ 12.-

LECHE DE PALTA
COTY
Protectora... embellecedora.

ARTES PLASTICAS

Arte ecuatoriano

ACERCARNOS a los creadores americanos significa tomar contacto con nuestra más legítima espiritualidad, pues lo evidente, por múltiples razones, es que los pueblos del continente se ignoran enciclopédicamente. Más fácil resulta efectuar ya no sólo un estudio sobre cualquier figura de las artes o las letras europeas aun de tercero o cuarto orden, sino lisa y llanamente un viaje a Europa que no a través de nuestros países, por la ruta del antiguo Alto Perú hasta Méjico. Que los gobiernos debieran hacer esto o aquello, tender a un más vivo diálogo, etcétera, todo ello es indudable, mas ciertamente no pasa de un hermoso sueño de algunos ilusos, de los bien pensados. Aceptemos hoy, por tanto, la "Exposición de Arte Colonial y Contemporáneo ecuatoriano", preparada por la Casa de la Cultura del Ecuador y exhibida en el Museo Nacional de Bellas Artes.

Fragmento de un óleo de Eduardo Kingman

Las artes plásticas ecuatorianas, como lo ha demostrado José Gabriel Navarro, asumen una singularísima importancia en el Nuevo Mundo, siendo Quito una de las capitales del arte colonial americano. La muestra traída a Buenos Aires, está muy lejos de ser representativa en grado extremo de aquel arte, pero bastan algunas briznas de verdor para una rápida introducción a un estudio más complejo. Vemos aquí, de soslayo, obras de insignes artesanos —Miguel de Santiago, Manuel Samaniego, Bernardo Rodríguez, entre los pintores más notables de la época de la colonia, y los escultores, de igual período, Caspicara, Bernardo de Legarda, Pampite—, aparte de tallas y telas de la calificada Escuela Quiteña.

De Santiago fué, conservando el sentido de las proporciones, comparado a Velázquez, por la calidad técnica de su pintura hecha de rápidas pinceladas que asumen una dimensión de fundamento impresionista, y la natural inclinación a la naturaleza, captada a través del boceto como obra artística. En la presente muestra, "Virgen y niño", en el delicado empaste del grupo compositivo se siente esa sensible fiebre de pintar, aunque aquí la influencia española de Murillo en las figuras y flamenca en los ornamentos florales, la definen. Breves fragmentos de los óleos "Invierno" y "Otoño", del mismo pintor, de factura setecientesca, sugieren la condición de su expeditivo oficio pictural.

Manuel Samaniego está representado con obras menos considerables. Calificado de Rafael quiteño, el artista muestra su virtuosismo decorativo en graciosas y coloridas composiciones como "La huída a Egipto" y "La Divina Pastora". De la Escuela Quiteña, "Alegoría de la redención", las figuras de Adán y Eva recuerdan a Lucas Cranach, y el expresivo "Ecce Homo" a un desgarrado Cristo español.

De Bernardo de Legarda se exhibe "Nuestra Señora de Quito", en madera policromada y alas de plata martillada y también una "Inmaculada Concepción", sensibles y refinadas imágenes. Se ve, de Caspicara, un "Calvario" y también una "Dolorosa" y un "San Francisco"; completan el conjunto obras anónimas, miniaturas, objetos labrados y casullas que señalan la riqueza alcanzada por la artesanía colonial.

Las salas dedicadas a la pintura moderna del Ecuador, no dejarán de interesar al visitante. Ese arte ha sido sometido en los últimos años a las renovadoras experiencias contemporáneas, y ello ha permitido pasar del crudo arte social e incalificable folklorismo a formas plásticas en las que vive un mensaje de hondo sentimiento humano. Al igual que los artistas argentinos, brasileños o mejicanos, los jóvenes ecuatorianos buscan la realidad nacional a través de lo plástico universal, lo cual es un buen síntoma.

Debe destacarse en primer término el nombre de Oswaldo Guayasamín, a quien ya conocíamos en su importante exposición realizada en Peuser hacia 1946. En el conjunto, el más amplio espacio ha sido cedido a ese pintor valioso, y en él vemos definirse su pintura. Así del color espúreo de "Retrato" a las fragmentaciones geométricas de "Cuicocha", pasando por la lamentable "Procesión", para asumir una función más fina e intensa por el color y la forma en la figura de mujer llorando, el friso de hombres y mujeres, y de modo superior en la maternidad, de estricto dibujo, líneas verdes que ciñen a las figuras y evocan antiguos vasos precolombianos. Menos viables son sus máscaras indias, que caen en lo caricaturesco y subalternizan el arte. Con todo, Guayasamín es un noble representante de la joven pintura de su país y esperamos que, al depurar su expresión y ennoblecer sus imágenes plásticopictóricas, su obra asuma la categoría que vislumbramos.

Insigne pintor es al par el prestigioso Eduardo Kingman, del que hubiéramos deseado un conjunto de mayor unidad, de más rigurosa selección. Kingman, al par de Guayasamín, ha llevado en diversas ocasiones sus obras al exterior, y es lástima que en Buenos Aires no podamos ver todavía un núcleo de sus trabajos singulares. En "La candela", busca la síntesis por el plano de color y la expresión, y en "El beso" (en un clima pictórico grato a Portinari, artista que ha influído bajo formas disímiles en los mejores ecuatorianos), su atmósfera se afina. Acaso sea "La cajonera", por la calidad de los tonos complementarios del fondo, una de sus telas más logradas.

No resultan desdeñables las preocupaciones significativas y pictóricas de José Enrique Guerrero, en paisajes que calan en la naturaleza ecuatoriana. Y Luis Moscoso, que busca la estructura en sus paisajes bien pintados. Importan también los nombres de César Andrade Faini, un tanto sucio de color y a quien vemos torturado por la expresión; Segundo Espinel en "Pescadora"; Bolívar Mena Franco, y acaso Diógenes Paredes, Leonardo Tejada y Jaime Valencia, entre los pintores que se nos ofrecen en la Muestra. — *B. B.*

GESINUS

QUIENES comentan las exposiciones de Bob Gésinus, no olvidan de recordarnos que el pintor holandés ha sido diplomático en Bolivia, que se alistó en algún barco como marinero, que es un generoso espíritu y un muchacho grande que ama la vida y que no está exento de la sal de la ironía y la simpática comprensión humana. Pero ¿y el pintor? De él se repite que expuso en París, en Italia, en Holanda, en Alemania, en Estados Unidos y también en Buenos Aires. Pero, ¿y el artista que debe superar todo ese concreto anecdotismo? A éste lo vemos nuevamente en la galería Wildenstein, y decimos cómo lo vemos.

Lo vemos inclinado al paisaje y detenido frente a figuras de hombres y mujeres, y flores. Lo que surge de inmediato en él es su ancha vena de pintor, pero todas sus telas, a excepción de una acuarela, donde juegan su temperamento y su libertad, lo muestran sólo a medias. ¿Por qué? Tal vez aquellas inclinaciones naturales de su bonhomía obstaculicen su visión y su técnica. "Vista de Eze" pudo ser un excelente paisaje, pero las nubes se caen y rompen la perspectiva sin lograr profundidad; en "Sol y mar", la vió-

Pintura de Julio Barragán

TEATRO

EL ULTIMO PERRO El tema de *El último perro* está por encima de las posibilidades de Carlos Gorostiza, como lo estuvo, en su momento, sobre las del novelista Guillermo House. Toda historia de colonizador —o pionero, como con cómodo anglicismo suele decirse— es en cierto modo epopéyica. Sea la búsqueda de lo desconocido o la lucha contra toda suerte de elementos en pro de un bien que sólo podrán aprovechar, por lo general, las generaciones futuras, la labor de los constructores es apasionante. El cine norteamericano —sobre todo a través de Griffith y Ford— ha descripto con elocuencia la maravillosa aventura de los hombres que un día se instalaron en medios inhóspitos para forjar un país. La novela de House gira en torno a la vida de los habitantes de las postas argentinas en tiempos en que todavía se disputaban el país indios y cristianos, pero su pluma no pudo profundizar adecuadamente en ese inmenso tema. Magnífico como descriptor, no logra introducirse en la psicología de sus personajes, y en las últimas páginas, el relato se resiente de inapelable convencionalismo. La versión dramática ha cambiado en algo la cronología, modificado algunos detalles y mejorado situaciones que en el libro tenían muy poco asidero; no obstante, Gorostiza no ha conseguido transmitir al espectador la angustia y la esperanza de los personajes. Es cierto que la dirección es sólo discreta y que el elenco del Nacional Cervantes es bastante deficiente, pero a pesar de esos inconvenientes, su versión escénica podría haber por lo menos sugerido el hálito de grandeza que trasciende a lo meramente anecdótico. No lo ha hecho, y el espectador debe conformarse con una serie de anécdotas bien urdidas, es verdad, pero que usurpan el primer plano al clima, que es lo principal de la obra. Cierto es que está reservado al genio ese poder de sugestión que sugiere una idea arquetípica por encima de la trama propiamente dicha. Tenemos un ejemplo contemporáneo en *Death of a salesman*, de Miller, o *The glass menagerie*, de Williams, cumbres del teatro hodierno. El autor de *El fabricante de piolín* está a una distancia abismal de aquellos dramaturgos, pero por ello mismo no debió aceptado una escenificación que tantos compromisos le acarreaba.

Con todo, injusto sería detenernos en esta crítica, olvidando el meritorio esfuerzo del adaptador y la buena escenografía de Mario Vanarelli. Ambos han encarado su trabajo con seriedad, y en el caso del nombrado en último término, puede decirse que ha salido airoso de su compromiso. Gorostiza, como ya lo hemos anotado, ha adaptado la letra del libro con corrección, mas su espíritu ha quedado a la espera del novelista o el dramaturgo de genio que penetre en la raíz del problema, con prescindencia de lo anecdótico.

La interpretación fué tolerable. Faust Rocha no dió mayor vida a un papel que ya venía desdibujado en el libro y la versión escénica. Nelly Meden se empeñó en sacar el me-

---

lencia de la pincelada se ve afectada por un vano sentimentalismo. Dar mayor unidad a sus telas es la primera condición que el dotado Gésinus deberá seriamente intentar. Algunos retratos están inevitablemente desdibujados y son caricaturescos, salvo la figura junto al mar, óleo fino y bien entonado, en la pequeña sala interior de la Galería. Mejor logra sus flores, como el jarrón, la mesa amarilla que lo sostiene y las presencias orientales, o la naturaleza muerta Nº 10, el fondo constructivo de las casas. También en "Puerto de Montecarlo" la fineza de los grises desentona con la nerviosidad no contenida del pueblo, las montañas y el cielo. Pintor en que el repentismo (y el impresionismo) se unen a su expresiva naturaleza, acaso "Meditación" esté más cerca de su verdad interior, al cabo válida, en el plano artístico.

DE CASTRO

MÚSICO y pintor, Sergio de Castro vive en París desde hace unos cuatro años. Lo conocimos en Montevideo hace ya unos tres lustros, cuando lo exaltaba la figura evangélica y la pintura constructivista de Joaquín Torres García, cuyo taller frecuentaba, y asistimos en esta capital a pasos de su vocación por ambas disciplinas artísticas que cultiva.

Las acuarelas y dibujos que forman su exposición en la Sala V de Van Riel, en su mayor parte fueron exhibidas en Bonino en 1952, con un prólogo de Julio E. Payró. Los principales trabajos pintados al agua, como "Jonás" y "Mesalina", "Ciudad" y "Ajedrez de encajes", fijan sus salientes calidades de sensibilidad por la línea y el delicado color y, si bien los temas se alejan del constructivismo, no así la ordenación de sus elementos, visible en la sugestiva "Ciudad", de estructura cuidada y afinado dibujo.

Pueden ser legítimos los triunfos que se nos dice obtuvo Sergio de Castro en París, pero salta a la vista que su oficio transita esa peligrosa facilidad moderna de la cual una vez que se conoce el juego se cae en la trampa de la frágil academia actual, menos adusta que la tradicional, aunque no menos peligrosa para un verdadero artista.

Para juzgarlo serán necesarias obras de más aliento, no meros ejercicios.

EXPOSICIONES COLECTIVAS Y PERSONALES

UNA exposición de una rara belleza estética reúne en Viau acuarelas de Castagnino, Carlos Giambiagi, Policastro, Luis Seoane, Torrallardona y Torres Agüero. La intensa "Maternidad" de Castagnino, las breves piezas maestras de Giambiagi, "Tormenta en Pinamar" de Policastro, "Mujeres cavando" y "El jinete herido", de sensibilísimo dibujo y delicioso color de Seoane, al par que "Figura" de Torrallardona y "Rosa de once" de Torres Agüero elevan su puntería hacia la más convidadora pureza.

Kate Kolwitwz, la profunda artista, está presente en Peuser. Emotiva e intensa, o estrictamente ceñida a la forma por los tajos de la sombra y la luz, la extraordinaria grabadora es invariablemente un ejemplo de oficio, talento e intuitiva genialidad.

Las "cabezas" que Olga Gortchakow muestra en Muller, pese a su monotonía evidente, aducen un extraño misterio en los ojos que las individualiza. Sus estados de alma y la rápida captación formal de los dibujos, constituyen la prueba de la capacidad expresiva de la artista rusa.

Joven y hábil dibujante, el italiano Luciano Guarnieri, en Peuser, continúa una seria tradición de su país, ilustrativa y nostálgica, como lo manifiesta "Plaza del Duomo de Florencia".

Sensibles progresos se experimentan en las obras recientes expuestas en Krayd por Martha Boto. También las actuales de Horacio Berretta en Plástica, del que Alberto Larco destaca su "mayor destreza técnica".

"Mujer sentada" de Julio Barragán, en Comte, sintetiza los más legítimos hallazgos de su exposición de óleos y dibujos, los que han recibido no poco influjo de las formas "vitrales" de su hermano Luis. Los que escapan a esa influencia remarcable, como el cuadro citado y otros, lo inclinan a un no desdeñable decorativismo.

Claudio Gorrochategui en Witcomb trae a primer plano el típico barrio boquense. Usa técnicas distintas, ya la pincelada nerviosa como en "Cruzando el Riachuelo" o la sugestión del cartón —como en Fígari— a través de "Parque Lezama" (Día gris), y la dimensión constructiva, de acentos abstractos, en "Casas", de tonos justos.

Martha J. Barbato se distingue especialmente por su denso temperamento en el uso de la materia que maneja a espátula; ese temperamento apasionado por el goce de pintar y también urgido por su inmediatez, es su pro y contra; en la disciplina y creación artística hay no poco de intuicional e instintivo, condiciones que irá depurando sin duda la joven pintora mas que tampoco en su evolución posterior deberá perder.

Rose Marie presenta un conjunto de obras de paisajistas argentinos. La Galería Bonino las xilografías del artista alemán, residente en el Brasil, K. L. Hansen. Krayd, obras de Ideal Sánchez, Leopoldo Presas, Torres Agüero y Emori.

PINTURAS EN IGLESIA

EL pintor bonaerense Rinaldo Lugano trabaja activamente en la iglesia de los franciscanos de Villa Elisa. Ha concluído la bóveda, que reúne figuras agrupadas en el vasto panel de la bóveda. Los distintos temas del altar mayor, del ábside, del frente, de las paredes laterales y del arco del coro motivaron largos estudios y paciente trabajo durante un año y medio. Esperamos visitar oportunamente estas pinturas.

ARTE RELIGIOSO

SE viene organizando en la ciudad un salón de arte religioso con obras de artistas contemporáneos. Ojalá que el mismo no pierda de vista la calidad aun sobre el tema, la condición muy alta de pintar sobre la mera representación, los permanentes valores plásticos y pictóricos aliados al más profundo espíritu estético.

Si así fuere, la lección sería provechosa; de lo contrario, se habría desaprovechado una buena posibilidad. Esperemos que sus organizadores y en especial "Mediator Dei" sientan la responsabilidad que les atañe y antepongan siempre la calidad a la mera cantidad.

jor partido posible del suyo, consiguiéndolo. Susana Mara puso frescura y simpatía en el que le tocó en suerte, debiéndosele hacer notar eso sí, que las blusas del siglo pasado no se llevaban como las brasileñas o cubanas de la era actual. José de Angelis trabajó con buena voluntad, y lo mismo cabe decir de Ernesto Bianco. No nos satisficieron en absoluto ni Alfonso Amigo, ni la juvenil pareja Chita Dufour-Roberto Guthié, ni Lidia Lamaison.

Párrafo aparte merecen Milagros de la Vega, excelente en su caracterización, dueña de la escena en todo momento y fielmente compenetrada con el espíritu de su personaje; y Golde Flami, que en las escenas de histeria estuvo a la altura del peor radioteatro.

Absolutamente inoportunos los comentarios musicales de Astor Piazzola, y realmente deficiente la dirección de Armando Discépolo, que aparentemente no comprendió el espíritu de la obra. (En el *Nacional Cervantes*.)

L'ALOUETTE La figura de Juana de Arco es de las más atrayentes para trasladar a la escena o la pantalla, y puede decirse que, en general, los resultados han sido favorables. La versión cinematográfica de Dreyer es una de las obras maestras del séptimo arte; la obra de Bernard Shaw, tomada exclusivamente desde el punto de vista teatral, revela el genio de su autor en todo su valer; no conocemos la de Ucicky, pero los informes son óptimos; y en cuanto a *Juana de Lorena*, de Maxwell Anderson, es una de las obras más interesantes del teatro norteamericano contemporáneo.

Jean Anouilh también ha sido tentado por la figura de la Doncella de Orleáns, pero su aproximación ha sido superficial. Lejos de nosotros pretender que todo autor interesado en una figura determinada ha de apuntar hacia lo trascendente, pero también debe reconocerse que Juana de Arco exige algo más que oficio. En *L'alouette* se oyen frases muy bien formadas y el tratamiento del tiempo, si bien no del todo novedoso, revela acertado aprovechamiento de ilustres enseñanzas. Los personajes han sido esbozados con maestría escénica, pero sin profundidad psicológica. Desde el punto de vista histórico, innovaciones como la de la luz bajo la que se presenta a Cauchon, por ejemplo, no tienen asidero dramático que las justifique. Nuestra impresión es que Anouilh, tentado por la magnífica figura de Juana, comenzó a escribir sin un plan determinado, lo que lesionó en grado sumo su obra, pues se notan en ella vacilaciones y desequilibrios muy notables. Al lado de frases donde asoma el buen gusto y el indudable temperamento poético del autor de *El baile de los ladrones*, encontramos escenas en que se cargan las tintas sin motivo aparente, de factura que desentona dentro de lo que cabía esperar. Ha de agregarse a todo esto un final decepcionante que rebaja de modo notable la calidad de la pieza, y que sólo sirve para demostrar una vez más los inconvenientes de la superficialidad y la improvisación.

Cuando se estrene la obra en versión castellana tendremos ocasión de volver sobre sus méritos y errores. Señalemos que esta función del Teatro Universitario Franco-Argentino estuvo dirigida por Simone Garma con la pericia que es habitual en ella, y que la ha convertido en una de las realizadoras más finas e inteligentes de la escena local. Con excepción de la no utilización del telón, que responde a conceptos que no compartimos de intimidad entre el público y los intérpretes, pero que admiten posiciones diversas e igualmente respetables, nada hubo en la conducción del espectáculo que no fuera digno del mayor encomio, desde la acertada distribución de actrices y actores en un escenario diminuto, hasta la exacta demarcación de los papeles. Quizá algunos efectos de luz no hayan sido plenamente logrados, pero ello no invalida lo anteriormente dicho.

Los intérpretes actuaron —con la sola excepción de la que encarnó a Agnes, cuyas aptitudes para el ballet le hicieron olvidar que *L'alouette* no pertenece al género— con homogénea excelencia. Debe destacarse el actor que hizo de Delfín (el incógnito, con el que el Teatro Universitario Franco-Argentino intenta sofocar vanidades es de lo más molesto para la crítica por los rodeos a que la obliga, y no creemos que en la práctica sirva para nada) que dió a su papel la más adecuada sugestión dentro de un inteligente juego escénico. La protagonista resistió gallardamente sobre sus débiles hombros la responsabilidad de estar constantemente en escena, de la que salió airosa. Muy bien, el Cauchon escénico, cuyo sobrio movimiento fué ayudado por una muy buena matización vocal. En cuanto a los demás, todos cumplieron de acuerdo a lo esperado.

La escenografía de Saulo Benavente encarada con sentido moderno dió una nota de color y sugerencia, prestando el clima necesario para la realización. (En el *Ateneo*.)

Jaime Potenze

AÑO MARIANO

EXCURSION

acompañada a

EUROPA

ITALIA
SUIZA - FRANCIA
INGLATERRA
ESCOCIA - IRLANDA
ESPAÑA

VISITANDO LOS FAMOSOS SANTUARIOS MARIANOS

SALIDA

GIULIO CESARE

10 de AGOSTO

Reservas:

SECRETARIADO NACIONAL de CONGREGACIONES MARIANAS
SARANDI 65 y

MUNDUS

25 de MAYO 574
T. E. 32 - 7531 - 7532
BUENOS AIRES

CINE

HORAS DE ESPANTO El argumento de *Horas de espanto* (Fourteen hours, 1951) debido a John Paxton, se basa en una única e intensa situación dramática: un muchacho neurótico, obsesionado por el suicidio, precariamente instalado en la cornisa de un edificio neoyorquino, trata de poner en claro su mente para adoptar una libre decisión final. A su alrededor se afana un enjambre de parientes, policías, médicos y curiosos que tratan o de disuadirlo de su propósito suicida, o de tomar las necesarias medidas de seguridad, o de gustar descansadamente de una emoción violenta. La idea central con sus diversas prolongaciones laterales fué inspirada directamente por una historia de Joel Fayre, pero tiene también un interesante antecedente literario-dramático en un cuento de Andreiev, escenificado por Thomas Seltzer —*El amor al prójimo*— y representado aquí en 1952 por el Nuevo Teatro. El film no cae en el duro pesimismo, ni exhibe la acre ironía de la farsa de Seltzer, pero tampoco logra un enfoque memorable de una situación que ofrecía un punto de partida excelente, aunque nada fácil, y se limita a desarrollar con eficacia técnica pero sin profundidad psicológica los datos humanos puestos a su disposición.

El argumentista se preocupó de dar una fisonomía a la multitud que rodea al atribulado protagonista: el oficial de policía celoso de hacer un buen papel y temeroso de que un subordinado le haga sombra; el comisario afecto a las intervenciones espectaculares e incapaz de captar inteligentemente la situación; el dueño del hotel preocupado por su negocio; el santón empeñado en añadir un nuevo converso a su colección. Y en la calle, el "Big carnival": Wilder en tono menor (los dos films son del mismo año, lo que impide hacer conjeturas sobre la coincidencia). La muchedumbre es pintada con algunos rasgos expresivos: rostros excitados, largas colas de automóviles, bocinazos, conversaciones aisladas, improvisadas trasmisiones de radio y televisión, reporteros, apuestas, un idilio que nace y un matrimonio que se reconcilia a favor de la tensión emocional de la espera. Estos rápidos apuntes han sido trazados con mano experta por el director Hathaway, que no excluye de ellos la pizca de ironía, ni tampoco el lugar común largamente presentido, y el todo compone un satisfactorio aunque somero enfoque de la atmósfera humana de confusión, indiferencia y egoísmo que rodea al solitario protagonista. Pero el libreto flaquea visiblemente en cuanto acomete con los personajes principales: el aspirante a suicida, sus padres, su novia, y el policía que intuye confusamente su soledad y trata de ayudarlo. Estos, sobre los que debería apoyarse todo el peso del argumento, descubren un intrincado conflicto de pasiones egoístas, debilidades, frustraciones e impulsos generosos expuestos sin el vigor ni la claridad necesarias para dar relieve a los caracteres y motivaciones a sus actos. Y aunque Richard Basehart, Agnes Moorehead, Paul Douglas y Barbara Bel Geddes actúan con sobria intensidad, los personajes resultan demasiado esquemáticos y convencionales para convencer de su veracidad.

Esta pobreza psicológica —subrayada por un diálogo de conocidas fórmulas— reduce la película a una mera situación, interesante pero limitada, y mal rematada por un final apresurado y gratuito en el que, después de catorce horas de discusiones y rebeldías, el protagonista no puede escoger libremente su destino, sino que un incidente casual pone arbitrario final a su dilema. Nótese que la escena de la caída —accidental— permitía subrayar con algunos primeros planos del rostro y manos del suicida, su decisión de vivir; pero la escena fué filmada con una rapidez totalmente inexpresiva, y el problema de la libertad de elección que en un momento pareció fundamental, queda totalmente olvidado.

Con toda su veteranía que pone infinitos recursos a su disposición, Hathaway no logra superar las fallas del argumento. Su labor tiene, no obstante, algunos momentos sobresalientes, destacándose la habilidad con que evita la monotonía que acecha en una acción paradojalmente estática, para lo que contó con el excelente trabajo del fotógrafo Joe MacDonald. La partitura de Alfred Newman tiene la única ventaja de su brevedad.

Sylvia Potenze

SIN BARRERA EN EL CIELO El propósito propagandístico de *Sin barrera en el cielo* (The sound barrier, 1952) es evidente. Su fin no es otro que el de difundir la importancia que se da en Gran Bretaña a la industria de los aviones a retropropulsión, y hacer comprender que los sacrificios humanos que cuesta no son inútiles.

El cine —y especialmente el cine inglés con su escuela documentarista— ha demostrado que se puede hacer propaganda y arte al mismo tiempo. Aquí no se trataba de filmar una documental pura, ni siquiera una semidocumental filmada en escenarios reales, Lean no es director que trabaje en esa corriente, sino una película estrictamente comercial, aunque de categoría, que informara al público sobre las nuevas conquistas aéreas realizadas por los británicos. Desdichadamente al equipo de *Sin barrera en el cielo* le falló la puntería y erró el objetivo que más interesaba al cine, el artístico, debilitando considerablemente de esta manera la eficacia de la empresa paralela e inseparable, la propaganda.

El principal responsable de este fracaso parece ser Terence Rattigan (Odio que fué amor) hombre de teatro aficionado al cine, que compuso un argumento lastimosamente mediocre. La historia de un pionero de la aviación, carácter recio y espíritu visionario, que sacrifica las vidas de su hijo y su yerno, y la felicidad de su hija con la máxima frialdad aparente, en su esfuerzo por traspasar la barrera del sonido, es vieja conocida de los espectadores de cine. Tanto la anécdota como los personajes carecen de sabor genuino, al punto que la mera trasposición de algunas palabras y ciertos elementos escenográficos convertirían a este film en otro idéntico sobre la construcción de submarinos atómicos o el descubrimiento de una vacuna contra la lepra. Porque todo el argumento se reduce a una sola figura, la del viejo pionero insensible al temor y el dolor ajenos, pero hondamente solitario y torturado bajo la dura máscara pintada según una vieja receta que el virtuosismo helado de Ralph Richardson no logra hacer más interesante. Los demás personajes no tienen más importancia que la de hacer resaltar las convencionales facetas del carácter principal, y nada ayudan las opacas interpretaciones de Ann Todd (exasperantemente "self-controlled" durante toda la película) y Nigel Patrick, para crear una tensión dramática proveniente del choque de caracteres. Sólo Denholm Elliott, en el rol secundario del hijo, exhibe el ardor, la sinceridad y el empeño personal que faltan a todos los demás.

Con un libreto tan poco interesante, David Lean se atuvo a una dirección inerte, vigilando la calidad de la fotografía, y descuidando muchas veces la fluidez de la continuidad. Es en el espléndido montaje de las tres grandes secuencias aéreas —especialmente de la última— impecablemente fotografiadas y con un atractivo empleo del sonido, donde revive, en unos minutos de tensión casi insufrible, la lucidez y la maestría elusivas del realizador de *Lo que no fué* y *Grandes ilusiones*.

El premio al mejor film inglés de 1952 discernido a esta película por la British Film Academy, habla de un mal año para la industria inglesa. Pero la distinción al mejor film de la producción mundial en el mismo año, que le otorgó la misma institución, muestra cómo en todas partes se cuecen las mismas habas complacientemente nacionalistas.

Sylvia Potenze

NO QUIERO DECIRTE ADIOS También la propaganda oficiosa es el móvil de *No quiero decirte adiós* (I want you, 1951), que el unas veces inquieto y otras oportunista Samuel Goldwyn, produjo en un momento en que la guerra de Corea estaba tomando mal cariz, y la opinión pública americana miraba cada vez con peores ojos a la intervención de las Naciones Unidas.

Es de suponer que el armisticio perjudicará seriamente la carrera de esta película, como la de otras industrias exclusi-

L'OSSERVATORE ROMANO
Edición semanal argentina

Florida 876 T. E. 31 - 1310 Buenos Aires

Por benigna disposición de la Secretaría de Estado de Su Santidad (Of. Nº 266.607 del 26-III-1952 y 277.703 del 29-V-1952) la publicación OBSERVADOR ROMANO, ha pasado a ser L'OSSERVATORE ROMANO, edición semanal argentina.

La selección y traducción del material corresponde a a la Dirección Vaticana de L'OSSERVATORE ROMANO.

Jefe de Redacción Pbro. R. Rotger

vas de tiempo de guerra; pero no ha de quitarle el interés de haber documentado cómo Hollywodd encaró en aquel momento el problema de la propaganda bélica de retaguardia.

La cinta transcurre, como es de rigor, en el seno de una típica familia americana de la clase media, uno de cuyos hijos es llamado, muy a su disgusto, bajo banderas, mientras que el mayor, ex veterano, se ofrece espontáneamente para servir en el ejército de su patria. Las reacciones de los diversos miembros de la familia —el padre, patrioteramente belicista, el hijo mayor consciente de su responsabilidad ante su familia y su país, las mujeres profundamente pacifistas pero dispuestas a sacrificarlo todo en una guerra justa, el hijo menor obstinadamente partidario de la no intervención o en todo caso del empleo de la bomba atómica— representan las opiniones de los principales sectores del país. La cinta no carece de una relativa audacia al tratar del problema de la utilización de la bomba atómica, por ejemplo, asunto para el que los norteamericanos siempre han demostrado mala conciencia, y, en general al poner el dedo en la llaga, con todos los miramientos posibles, pero corriendo el riesgo de provocar un dolor que era fuerte en ese momento.

Pero no hay calidad en el diseño de los personajes, todos extraídos de la vieja galería de Hollywood que ya es del dominio público, ni en el diálogo, ni en las imágenes pulidas e impersonales que filmó Mark Robson, sin emplear la capacidad otras veces puesta en evidencia.

Fueron intérpretes la inteligente Dorothy Mac Guire, el eficaz Dana Andrew, el adecuado Farley Granger y varios otros que representan diversas gamas de lo intolerable.

Sylvia Potenze

DIAS DE ODIO Existe un estilo que ha dado en llamarse intimista, y cuya cumbre es *Journal d'un curé de campagne* de Bresson, que busca en el cinematógrafo una comunicación profunda con el espectador, desdeñando un poco la elocuencia de la imagen dinámica, sirviéndose de la palabra como elemento de pareja importancia al visual. En una profunda crítica aparecida en Sight & Sound, Gavin Lambert hacía notar lo difícil que resulta para el crítico la aproximación a aquella manera de filmar. Nuestra experiencia con la película arriba mencionada lo corrobora. El estilo es desusado, por lo que todo juicio ha de pasar por un severo tamiz antes de ser definitivo, o, mejor relativamente definitivo.

Días de odio es una película filmada de acuerdo a cánones muy especiales. El director Torre Nilsson ha elegido el camino más difícil, y se nota en él una profunda influencia de Robert Bresson. Ello revela una vocación inteligente e inquieta, y si bien no consideramos que la versión cinematográfica del cuento de Jorge Luis Borges "Emma Zunz" esté plenamente lograda, debe saludarse con alborozo el espíritu de investigación y originalidad del realizador compatriota.

Fácil sería anotar defectos —y algunos bastante graves— en la película. Quizá la lentitud sea el principal, aunque muy posiblemente deba señalarse a Torre Nilsson como obstáculo insuperable para que su realización alcance en la realidad lo que sobra en las aspiraciones, el pésimo elenco de intérpretes que declamó sus partes de acuerdo a la peor tradición radioteatral. Preocupado por transmitir el problema de la protagonista, descuidó a los actores, y éstos le hicieron un desaguisado que lesiona casi mortalmente a *Días de odio*. Se salva, es cierto, la protagonista Elisa Galvé, que se ha empeñado seriamente en un trabajo muy difícil, que cumple en forma correcta, pero el elenco que la secunda es muy deficiente, aunque en el caso de Duilio Marcio podría abrirse un compás de expectativa. Por otro lado, la adaptación de Jorge Luis Borges y el director Torre Nilsson no ha sido feliz. Hay muchas escenas innecesariamente alargadas, personajes que nada tienen que hacer en la pantalla, diálogos que muestran la antigua predilección de Borges por lo popular, pero que en el cine, y más particularmente en esta película, no alcanzan mayor resonancia, y bastante indecisión.

En el activo habría que destacar el montaje de las primeras escenas, que luego no es de pareja calidad; la inteligente resolución de la aventura de la protagonista y algunas tomas aisladas del cabaret y la fiesta familiar; pero lo importante en esta película es la intención y la inquietud demostradas.

La música es inoportuna y está mal utilizada. En este sentido es extraño que un director que trata de buscar la sobriedad, señale con golpes sonoros de la peor tradición algunos momentos álgidos.

Jaime Potenze

EL GRITO SAGRADO He aquí otra película en la que la intención ha estado varios codos por encima de lo realizado. Luis César Amadori ha encarado el género histórico con espíritu que nos animaríamos a llamar didáctico, acumulando personajes dentro de una anécdota de patriótica inspiración, pero que de haber sido tratada con mayor profundidad habría satisfecho más elevadas exigencias artísticas. No obstante, *El grito sagrado* cumple con una misión que es la de recordar al público una serie de adalides de la nacionalidad, a los que se muestra en momentos inolvidables de nuestra historia.

Por ello, si bien desde un punto de vista estrictamente cinematográfico las objeciones podrían acumularse, la nobleza del tema y la corrección con que ha sido tratado permiten recomendar la película a quienes deseen refrescar —aun cuando dentro de las lógicas limitaciones de una proyección de dos horas— conocimientos que siempre es bueno tener en cuenta.

Jaime Potenze

"ITALIA"
GENOVA
PARA TURISMO A EUROPA
VIAJE EN LOS
"4 GRANDES"
GIULIO CESARE
AUGUSTUS
CONTE GRANDE
C. BIANCAMANO
CONSULTE
A SU AGENTE DE VIAJES O
ITALMAR
FLORIDA Y CORDOBA

G R A G E A Federico Soneira, vicepresidente latinoamericano de la OCIC estuvo en Buenos Aires, donde se reunió con el grupo de matrimonios de la Acción Católica Argentina que se encarga de la calificación moral de las películas. Su conferencia, plena de sugerencias, mereció general aprobación de los presentes, entre los que se contaba S. E. R. el señor Obispo de Aulón Mons. Tato... Deseamos agradecer muy sinceramente los ofrecimientos de ayuda llegados de los centros de la OCIC de Lima, Santiago de Chile y Montevideo para que Jaime Potenze pudiera ir a Colonia al Congreso sobre calificaciones morales organizado por la Oficina Católica Internacional de Cine... Publicidad de RKO: Marilyn Monroe que podía aspirar al estrellato basándose tan sólo en su atractivo sexual, estudia arte dramático, filosofía, idiomas y literatura en clases nocturnas. Agrega que disfruta posando para fotografías, y si son en negligée o traje de baño, no pone objeción alguna... Habrá una semana de cine mexicano en Buenos Aires... Organizadas por la Acción Católica Argentina, habrá jornadas cinematográficas para educadores del 16 al 18 de julio en Montevideo 850. Oradores: Sylvia Matharan de Potenze, R. P. Manuel Mercader S. J., Leopoldo Torre Nilsson, Víctor Max Wullich, Federico Soneira y Hno. Roberto María... Habrá, además, tres cine-debates y mesas redondas. Inscripción: $ 35.— en Corrientes 767 (6º piso)... *Las muchachas de la Plaza de España*, de Emmer, estuvo dos años en París sin encontrar comprador, hasta que se la mostró en cine-clubes. Está ahora en transacciones... Opiniones de la Corte Suprema de Estados Unidos: "La palabra "inmoral" es un término demasiado vago para justificar una prohibición cinema-

tográfica"... Cifras europeas en 1953: Italia, 172 películas, Inglaterra, 66; España, 48; Suecia, 18; Dinamarca, 16 y Noruega, 4.

Vagabond Jim

Desde Cannes... los niños nos miran

POR no sé qué extrañas circunstancias, gran cantidad de los films presentados en el 7º Festival Cinematográfico de Cannes tenían como protagonistas principales a niños o adolescentes, ubicados en las circunstancias y ambientes más diversos. La producción cinematográfica de este último tiempo —en un reflejo indiscutible de problemas reales— se vuelca sobre los problemas de la infancia ante un mundo convulsionado por mil crisis, explicándolos unas veces en función de las mismas, asombrándose otras con ingenuidad digna de mejor causa ante la conducta "inexplicable" de esas criaturas desnaturalizadas. La reacción pública es similar, con la variante en algunos casos de pretender prohibir un film porque pinta situaciones excesivamente significativas. Sabio principio del avestruz...

Una escena de "Antes del diluvio"

Los dos protagonistas de "The Ridnappers"

Tal fué el problema planteado por "Avant le Déluge", el discutido film de André Cayatte que, prohibido en varias ciudades de Francia, obtuvo dos premios en el Festival. Se podrá estar o no de acuerdo con su planteamiento de que la sociedad entera es responsable del crimen cometido por los cinco adolescentes, la realización puede o no calificarse de "cinematográficamente pura", pero es irrebatible su veracidad de testimonio, que por otra parte confirman diariamente las tristes noticias de policía de los periódicos. En una conferencia de prensa, al interrogarse a Cayatte sobre los motivos invocados para prohibir el film, declaró: "No se me acusa de inmoralidad o pornografía, a decir verdad. Los prefectos adoptaron su decisión invocando la "protección del orden público'. Actúan así a título preventivo, lo que significa una provocación, una instigación a manifestar". "...por el momento el film se halla diferido o prohibido en todas partes... Se lo vió en París durante su exclusividad; se le vió en Cannes. ¡Y nada más!" Sería una lástima grande que tales problemas de censura impidan la difusión de "Avant le Déluge" donde vemos cómo la reacción de cada niño ante la trágica aventura que les toca vivir es consecuencia del medio ambiente que los rodea y de la educación recibida.

"La gran aventura", de Arne Sucksdorff, tuvo por protagonista al hijo del director (Foto de Astrid Bergman)

Entre las revelaciones del festival de Venecia vimos hace meses un film realizado por productores independientes con frescura y talento tales que se colocó entre los mejores presentados. Nos referimos a "El Pequeño Fugitivo". El protagonista era un niño de corta edad. Con criterio un poco simplista, cierto productor creyó que bastaba colocar a otro niño en no importa qué argumento, junto a Bing Crosby —cantando por decreto en los momentos más absurdos—, algunas encantadoras vistas de "Paris by day", mucha sensiblería, todo ello cuidadosamente mezclado en el cuadro de una coproducción, y ofrecerlo al público de un Festival para asegurarse los palmares. Para gloria del jurado no ocurrió nada de eso, y el inexpresivo "Little Boy Lost" que espera ser reconocido por su papá Bing Crosby (cosa que sucede naturalmente durante el último momento, cuando todo estaba perdido) pasará sin pena ni gloria en los anales de Cannes 1954, como una de las producciones más insípidas.

"La Gran Aventura", de Arne Sucksdorff, revela en forma ágil y plena de frescura el universo infantil y sus rela-

MUSICA

Orquesta Sinfónica del Estado

UN breve ciclo denominado de otoño, que complementaron las audiciones en salas de barrio a que ya hiciéramos referencia, inauguró las actividades anuales de la Orquesta Sinfónica del Estado.

En cuantas oportunidades nos ha sido dado hacerlo, nos hemos ocupado de la existencia, de la actividad y de las perspectivas de labor de esta orquesta, temas que, lógicamente, no pueden dejar de atraer por parte de todos, la atención que corresponde a cuanto se relaciona con un organismo destinado a cumplir una misión primordial en el movimiento musical del país y de Buenos Aires en particular.

De ahí el interés con que estamos siguiendo la estructuración y el desenvolvimiento de los planes trazados para este año por las autoridades de las que depende la Sinfónica nacional, planes que registran, en primer término, la modificación del sistema vigente hasta el año pasado para los ciclos de invierno (funcionamiento en combinación con una empresa privada), y que ahora pasarán totalmente a la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación, al frente de cuya sección Música y Danza se encuentra un músico de capacidad, cultura, dinamismo e inquietudes constructivas tan bien probadas, como el maestro *Carlos Suffern*. Bajo su dirección, se ha formulado un programa excepcionalmente interesante en cuanto a repertorio, para cuya realización ha sido reunido un elenco que dice por sí mismo de la visión y de la firme autoridad de su organizador. Las perspectivas son pues altamente favorables para este ciclo, que constará de doce sesiones de abono —los lunes por la noche en el Teatro Cervantes— que deberán cumplirse entre el 7 de junio y el 30 de agosto. *Ferruccio Calusio, Carlos F. Cillario, Víctor Tevah, Mariano Drago, Teodoro Fuchs* y *Roberto Kinsky* serán los directores y *Eduardo Acedo, Pedro Di Gregoio, Ricardo Odnopossoff, Roberto Caamaño, Jorge Fontenla, Rodolfo Caracciolo* y *Alejandro Barletta* los solistas. Obras de Gabrieli-Ghedini, Mozart, Schönberg, Prokofiev, Dallapiccola, Martinu, Caamaño, Frank Martin, Janacek y J. C. Paz, figuran entre las primeras audiciones.

Entretanto, la O. S. E. ha realizado esta serie otoñal —en la misma sala y con carácter gratuito— que consistió en tres sesiones dedicadas, respectivamente, a clásicos románticos y contemporáneos. En la primera y bajo la empeñosa conducción de *Roberto Kinsky*, se escucharon correctas ejecuciones de páginas de Frescobaldi-Ghedini, Purcell, Mozart y Haydn, en la penúltima de las cuales intervino la pianista *Nora Boulanger*, cuyos medios y temperamento no son, por cierto, de los que mejor se avienen al músico salzburgués.

Weber con la obertura de "Euryanthe", Mendelssohn con su famoso y hermosísimo "Concierto para violín y orquesta", Schubert con la obertura para "Rosamunda" y Tchaikowsky con su celebérrima "Patética", integraron el programa romántico, que tuvo en *Mariano Drago* al director de relevantes aptitudes a que nos hemos referido en diversas ocasiones y que esta vez le cupo refirmar, bien que con menor éxito que en otras; puede que por haberse visto ante obras que no son de las que mejor le convienen; puede, también, que por no haber logrado esa identificación entre director y orquesta que tanto influye en los resultados. Pero al margen de ello, que no llegó a revestir ser gravedad, el concierto mantuvo un nivel de dignidad innegable alcanzando sus mejores expresiones en la obertura weberiana y en la de Schubert. En la Sinfonía "Patética" hubo altibajos, pudiendo ser considerado el último movimiento como el mejor logrado, y en Mendelssohn la correcta actuación de director y orquesta —que en otras partes del concierto se mostró desigual y un tanto imprecisa— no logró superar el desconcertante desempeño del solista, *Humberto Carfi*. Anteriores presentaciones de este violinista nos habían dejando un recuerdo favorable, que contribuyó a acentuar nuestro desconcierto ante la pobreza musical y técnica con que actuó en esta obra. Ello hace que lo consideremos producto de una mala noche —que todo artista puede tener— y que esperemos una pronta rehabilitación.

El maestro *Carlos F. Cillario* tuvo a su cargo la dirección de la audición de música contemporánea y como ya otras veces había ocurrido, su presencia y su acción tan inteligente, bien inspirada y evidenciadora de una madurez técnico-musical en incesante crecimiento, tuvieron la virtud de elevar rápidamente —y dicho sea esto sin menoscabo de nadie— la calidad y la jerarquía musical del ciclo. Con un ensayo menos de los habituales y con un programa nada fácil, que en buena parte resultaba nuevo para la Orquesta —que se mostró dúctil, atenta y en franco tren de recuperación que es muy grato consignar—, *Cillario* logró resultados que podrían calificarse como de sorprendentemente buenos si no nos hubiese dado ya tantas y tan explícitas pruebas de su capacidad directorial y de su fervor artístico, virtudes que unidas a otras no menos evidentes, le han situado ya en en el puesto de vanguardia que legítimamente ocupa, con títulos y aptitudes que permiten esperar confiadamente nuevas y aún muy grandes superaciones.

CARLOS F. CILLARIO

Una versión de la "Quinta Sinfonía" de Schostakovich, digna, por todos conceptos de figurar entre las mejores que hayamos escuchado, precedió al estreno del "Concierto para fagot y orquesta" de Guillermo Graetzer, trabajo en el que este culto músico acredita la solidez de sus medios y mano experta en el difícil arte de la composición, a la vez que una fluidez musical (particularmente en el primer tiempo, hacia el que inclinamos nuestras preferencias) que no siempre aparecía en composiciones anteriores. *Pedro Chiambaretta*, músico e instrumentista de valía singularísima tuvo el magnífico desempeño que cabía esperar afirmándose entre los mejores instrumentistas de nuestro medio con títulos capaces de soportar gallardamente comparaciones, aún fuera del ambiente local. "La Valse" de Ravel cerró el programa, en una traducción que, más allá de tal o cual indecisión por parte de algunos sectores de la orquesta, hemos de considerar como admirablemente adaptada a la esencia y a la letra de esa evocación vienesa vista a través del arte sin par y específicamente francés del insigne autor de "Ma Mére l'Oie".

En resumen, un concierto positivamente logrado e indudablemente significativo; uno de esos conciertos de los cua-

---

ciones con la naturaleza, en el marco idílico de bosques y valles suecos. Destacamos las estupendas escenas de la época de celo en las aves, que nos brindan ballets atávicos hermosísimos donde la furia y la ternura se entremezclan caprichosamente. Y la gracia con que se trata el choque de los niños con los problemas reales, al tener que alimentar en secreto una nutria de insaciable apetito. "La Gran Aventura" obtuvo con justicia un premio internacional, y mención especial de la Comisión superior técnica del cine francés, por la calidad excepcional de su fotografía y perfección de los efectos nocturnos. Es el primer largo metraje de Sucksdorff, del que conocíamos ya algunos documentales como "Ritmo de la Ciudad" y "Pueblo Hindú". El film, nos explica, le absorbió dos años y medio de trabajo, pues era necesario acostumbrar los animales a la presencia humana. Y familiarizar no significa tomar prisionero. Así la filmación de las escenas amorosas en las aves requirió tres primaveras y 72 noches en vela... En términos generales prefiere trabajar con adultos y no con niños, pues considera un poco cruel obligarlos a "actuar" (cosa que consigue a la perfección, visto el trabajo de los dos pequeños protagonistas).

"The Kidnappers" es un film inglés de valores desiguales, en el que también dos niños nos miran desde el cuadro de una granja escocesa de rígido puritanismo. Interesante como pintura de costumbres, se destaca la interpretación de Vincent Winter, admirable en la plenitud de sus cinco años... Cuesta reconocer la Adrienne Corri de "El Río" de Renoir, en su rol de joven un poco histérico, situación que supera gracias a la serie de circunstancias que hacen renacer la tranquilidad en el seno de esa asfixiante comunidad patriarcal.

NELLY KAPLAN

Cannes, abril 1954

les se sale con la convicción de haber asistido a algo más que a la mera ejecución —más o menos "virtuosística"— de algunas páginas musicales.

Erik Tuxen

EN en el transcurso de estos años Radio del Estado nos ha puesto en contacto con un núcleo ya nutrido y musicalmente considerable —por lo general— de directores, parte de los cuales está justamente considerada entre los valores destacados que, en la especialidad, ostenta el actual mundo de la música. Nombres como los de Ataúlfo Argenta, Desiré Defauw, Fabrien Sevitzky, Hans von Benda, Rudolf Moralt son, en tal sentido, suficientemente elocuentes acerca de una obra que, al margen de determinados aspectos susceptibles de revisión, han granjeado a la radiofónica estatal la agradecida simpatía de los amantes de la música.

Prosiguiendo esa labor de divulgación y de cultura musical, Radio del Estado ha emprendido por intermedio de su Orquesta Sinfónica un nuevo ciclo de conciertos cuyo detalle hemos expuesto en nuestra entrega anterior. De acuerdo con tales planes tocó al maestro *Erik Tuxen* iniciar con tres conciertos, el último de los cuales fué repetido, las presentaciones de directores-huéspedes prevista para esta temporada. Procedente de Dinamarca, donde ocupa la dirección del organismo sinfónico-radiotelefónico similar al que ahora ha venido a conducir en nuestra capital, función con la que alterna frecuentes presentaciones en distintos centros de aquel continente, el maestro *Tuxen* llegó precedido por un prestigio que los hechos han venido a confirmar plenamente. Trátase de un músico y de un director de alcurnia, en quien no resulta difícil advertir junto a las disposiciones naturales para tal tarea, la sólida cultura, la musicalidad depurada y la experiencia que configuran a las figuras verdaderamente dignas de sobresalir. Los tres programas, eclécticos aunque superiores los dos primeros al último, que nos presentó nos han resultado concluyentes con respecto a cuanto hemos expuesto. Con su batuta segura y flexible, bien compenetrado de las características y espíritu de cada página, evidentemente empeñado en presentar cada una de ellas con el máximo de precisión y de buen gusto, eludiendo sistemáticamente el efectismo vacuo y, más aún, la tergiversación, el maestro *Tuxen* cumplió una labor que merece el aplauso sin reticencia, dejándonos un grato recuerdo y el deseo de alguna próxima visita.

De las obras escuchadas, hemos de mencionar especialmente, la "Sinfonía Nº 3" de Brahms, la "Sinfonía de Requiem" de Britten, la obertura de "Euryanthe" de Weber, los fragmentos de "Daphnis et Chloë" de Ravel y la "Sinfonía Nº 5" con la que el compositor danés Carl Nielsen, de quien muy poco conocíamos, escribió hace ya varias décadas una página digna de ser repetida y muy atentamente escuchada, pues hay en ellas valores de concepción y de realización realmente singulares. En oportunidad de su ejecución se nos recordaban conceptos vertidos a su respecto por Arthur Honegger, con un entusiasmo y una convicción que tras haber conocido la obra no podríamos dejar de compartir.

Menos logradas resultaron las ejecuciones de las páginas de Franck y de Strauss incluídas en esas audiciones a las que, sin duda, habría beneficiado un número mayor de ensayos, factor que también incidió, aunque menos, en la "Cuarta Sinfonía" de Tchaikowsky. Muy bien vertidas fueron, en cambio, las obras nacionales ejecutadas en cada concierto: "Scherzo Sinfónico", en verdad poco significativo, de V. Maragno, "Canción y Danza" de Gianneo y "Tres Romances Argentinos" de Guastavino. En cuanto a cierta rapsodia húngara de Liszt escuchada en el tercer programa, sólo diremos que resulta casi sarcástico que en un medio donde gran parte de la mejor producción liszziana —sus grandes oratorios, algunos poemas sinfónicos— es poco o mal conocida, se recurra a páginas menores que poco o nada tendrían que hacer en el concierto sinfónico.

ALBERTO EMILIO GIMÉNEZ

SAPIENTIA
Revista Tomista de Filosofía (Trimestral)
Director: OCTAVIO N. DERISI
Suscripción anual: $ 40 - Número suelto: $ 10
Dirección y Administración:
Seminario Mayor "San José", 24-65 y 66,
Ciudad Eva Perón (República Argentina)

Ruzena Horakova

LA Sociedad de Conciertos de Cámara ofreció la cuarta audición del ciclo programado para el corriente año, reunión que contó con la actuación de la contralto Ruzena Horakova, acompañada en el piano por el maestro Leo Schwarz.

RUZENA HORAKOVA

La destacada labor que viene cumpliendo en forma permanente Ruzena Horakova, tanto en la ópera como en el concierto, la distinguen especialmente entre las cantantes actuales, logrando en cada nueva presentación la confirmación de sus excelentes cualidades de música e intérprete. Su último recital ha constituído, por la alta jerarquía de su desarrollo, una prueba afirmativa de la calidad insuperable de sus recursos expresivos que transforma sus actuaciones en verdaderas notas de arte.

La primera parte del recital, consagrado a los checos Dvorak y Blazek, impresionó admirablemente por la autenticidad de sus versiones a las cuales el idioma nativo prestó singular colorido, rica expresión y exacto sabor local. Tres canciones de Antonin Dvorak, una de ellas perteneciente al grupo de "Canciones Gitanas", muy pocas veces escuchadas, iniciaron el detalle que prosiguió con la primera audición del ciclo de Z. Blazek. "De las últimas primaveras", serie vocal que reúne cuatro canciones basadas en poemas de distintos autores y cuyo tratamiento musical, de raíz fuertemente evocativa, inspirado en el colorido de la naturaleza y clima de la región morava, se expande en una atmósfera de poder y lirismo que nos recuerdan por momentos los más vibrantes "lieder" de Richard Strauss, tanto por la fluidez vocal como por lo brillante del acompañamiento pianístico.

Ocupaban la parte central del programa en calidad de primera audición "Tres Líricas" del compositor italiano Francesco Marigo y "Tres Canciones" de Abraham Jurafsky. Compuestas en 1953, las líricas de Marigo, distintas en su contenido y carácter ofrecen el interés de una acertada declamación sostenida por un cuidado y sobrio acompañamiento, especialmente en las dos primeras, "Gioia d'Amore" y "La Statua", inspiradas en un fragmento de Safo y en un poema de D'Annunzio, respectivamente. La tercera, hábil interpretación musical de una característica poesía de García Lorca "Arboló, arboló" presenta muy bien logrado carácter español en su ritmo y color. Las melodías de Jurafsky compuestas sobre poesías de Fermín Estrella Gutiérrez, por su cuidada estructura musical y fino lirismo cuentan entre las mejores páginas del compositor. Ruzena Horakova animó con gran entusiasmo y cuidada articulación estas nuevas composiciones que le fueron muy celebradas.

Cerraba el recital la audición integral del ciclo de canciones de Modesto Mussorgsky "El Cuarto de los Niños" interpretado en el idioma original. Compuestas entre 1868 y 1872 estas canciones constituyen uno de los más valiosos aportes a la música vocal rusa de cámara. Admirablemente logradas en su esencia y carácter, estas siete canciones compendian las expresiones más variadas del alma infantil a través de expresivas figuras plenas de matices, efectos y sensaciones que exigen del intérprete la mayor compenetración entre música, texto y clima. Ruzena Horakova alcanzó en este momento de su concierto la nota más alta de identificación espiritual con la íntima esencia de estos bellísimos cuadritos, que sólo a través de versiones semejantes alcanzan la auténtica significación, el verdadero equilibrio entre música y palabra.

Cálidos aplausos rubricaron la labor de la cantante quien debió compartirlos con su acompañante Leo Schwarz, atento, justo y preciso. A requerimiento del auditorio la Sra. Horakova debió agregar varias obras fuera de programa, cosechando igualmente la entusiasta adhesión de un público entusiasta y cordial.

JUAN ANDRÉS SALA

Los sacerdotes - obreros

II

Continuamos la publicación, iniciada en nuestro número anterior, de documentos e informaciones relacionados con el asunto de los sacerdotes-obreros. En esta segunda parte, además de una alocución del obispo de Angers, Mons. Chappoulie, van declaraciones de simpatizantes con la obra, que manifiestan el pensamiento de los laicos con respecto a la decisión de la Jerarquía.

Una alocución de Mons. Chappoulie

MONSEÑOR Chappoulie, obispo de Angers, en un sermón pronunciado en su catedral, en vísperas de Navidad, dijo: ..."Deseo abordar un tema que a justo título preocupa vivamente a los cristianos de Francia y que ha provocado en estos últimos meses muchos comentarios en toda la prensa: el problema de los sacerdotes-obreros. Y aprovecharé para deciros después algunas palabras sobre la obediencia y la confianza filial que todos debemos a nuestro Santo Padre el Papa, S. S. Pío XII, obediencia cuya imperiosa necesidad nos hacen sentir en la hora actual las polémicas entabladas alrededor de esta grave cuestión.

"Los sacerdotes-obreros, ¿qué son? Un puñado de hombres, alrededor de 80, a través de toda Francia, que comparten en las fábricas, sobre los navíos o los muelles de los grandes puertos, la vida cotidiana de los trabajadores en sus máquinas, de los marinos en el mar y de los estibadores con sus pesados fardos. Su origen es diverso: sacerdotes diocesanos, religiosos, especialmente jesuitas o capuchinos. ¿Su finalidad? Como un Padre de Foucauld en otro tiempo en el Sahara, entre los Touareg del Hoggar, hacer presente el sacerdocio de Cristo a las muchedumbres laboriosas, a la clase obrera.

"Esta (la clase obrera) se ha constituído progresivamente durante el siglo XIX, a medida que nacía la gran industria. Se ha organizado sin la Iglesia, fuera de la Iglesia, al punto de cerrarse a su mentalidad y a su lenguaje. En su gran mayoría, la clase obrera no piensa, no siente en cristiano. El marxismo la ha penetrado paulatinamente, la ha impregnado de filosofía materialista, le ha inculcado como un dogma la lucha de clases. El mundo obrero es como un pueblo extranjero al lado del pueblo cristiano. Sensible, abierto a la generosidad, susceptible de apasionarse por las grandes causas desinteresadas, sufre en el fondo de sí mismo el estar cortado del conjunto de la sociedad como lo está de la Iglesia y de sus fieles. Somos "los condenados de la tierra" cantan en las calles las muchedumbres en los días de manifestaciones y de huelgas. El mundo del trabajo es acusado de soñar con el desquite y la revolución; es posible que así sea para algunos. Pero en sus elementos más nobles aspira igual o más a lo que llama su "promoción".

"Para un cristiano que ha conservado el sentido de Dios, para un discípulo de Jesucristo venido a esta tierra para sufrir y morir por todos los hombres —sin distinción ninguna de clase o de raza—, este estado de ruptura entre el mundo obrero y la Iglesia es propiamente intolerable. Es un escándalo el de esas multitudes estrechamente mezcladas a nuestra vida, cuya actividad es indispensable a la existencia de la comunidad nacional, y al mismo tiempo extrañas al cristianismo, "sentadas en las tinieblas a la sombra de la muerte", según la expresión bíblica, mientras nosotros, bautizados, afirmamos vivir en la deslumbrante luz de la verdad revelada.

"Fué para que cesara este escándalo que un sacerdote belga, el abate Cardijn, instituyó al día siguiente de la primera guerra mundial, la Juventud Obrera Cristiana, la J.O.C., que quiere dar la clase obrera a Cristo, y que en Francia debería difundir un sacerdote de gran corazón: el abate Guerín. Y es para avanzar más por este camino que se vió aparecer durante la segunda guerra mundial las primeras vocaciones de sacerdotes-obreros. Querían asociar su sacerdocio al destino de las masas desheredadas, hacer de tal manera, según la palabra del cardenal Suhard, que su trabajo constituyera "el acta de naturalización del sacerdote en un pueblo donde no era ya sino un extranjero". A cualquier precio, querían franquear el muro que separa de la Iglesia y de sus fieles a la muchedumbre de los obreros. Se los ha denominado los "paracaidistas de Dios".

En París, el cardenal Suhard los alentó grandemente. Obsesionado por el pensamiento de reconquistar para el Evangelio las masas descristianizadas de su diócesis, vió en los sacerdotes-obreros un medio providencial de tomar contacto con el pueblo obrero de los suburbios de París. ¿No es él quien escribía: "Mi espíritu está cada vez más obsesionado por mi apostolado. Compruebo un hecho: el conjunto de las poblaciones no piensa en cristiano; hay entre ellas y la comunidad cristiana un abismo que hace que para alcanzarlas sea necesario salir de nuestra casa para ir a la de ellas. Tal es el verdadero problema"?

"Hoy hace diez años que los sacerdotes-obreros han comenzado su apostolado de la presencia y del testimonio en el

No deje pasar el tiempo...
Grabe en seguida las mejores expresiones de su hijito con una
FOTO DE
Rodin
FOTO ESTUDIOS S.R.L.
URUGUAY 839 - URUGUAY 1163
T. E. 41-0309 T. E. 44-2102
SUCURSALES: CIUDAD EVA PERON - ROSARIO

sino del mundo obrero. Hasta época reciente, la muchedumbre y la gran prensa ávidas de noticias sensacionales no se preocupaban gran cosa de ellos. No hacían conversiones por centenares. Entonces ¿para qué inclinarse sobre esas vidas oscuras, demasiado tejidas de abnegación y de fe para ser comprendidas por un mundo preocupado ante todo de éxito y de riqueza? Sin embargo, esos humildes sacerdotes no carecían de poder. Se susurraba que se los encontraba mezclados en las luchas del sindicalismo obrero, en la agitación política de clase. Peligrosos para algunos, se convertían para otros en personajes de novelas y de literatura.

"En este clima un poco perturbado sobrevino, hace algunas semanas, el anuncio de una decisión tomada por la Santa Sede con respecto a los sacerdotes-obreros. Roma, madre y centro de todas las Iglesias, responsable ante Dios de la evangelización de la humanidad, estimaba que esta forma de apostolado sacerdotal en pleno mundo obrero no podía continuarse tal cual bajo su forma presente. La experiencia, para ser proseguida, exige modificaciones que en lo esencial tienden a apretar los vínculos que deben unir, en el plano de la vida cotidiana, al sacerdote-obrero a la Iglesia. Roma quiere que, elegido por su obispo, mejor preparado para su misión que en el pasado, evitando los compromisos temporales que le crearían responsabilidades sindicales, menos abrumado físicamente por su tarea de cada día, el sacerdote-obrero pueda no descuidar ninguna de las obligaciones de su vida sacerdotal. Bajo ningún pretexto debe cortarse de la fuente espiritual donde bebe su fuerza, que es la razón misma de su apostolado. Es necesario que permanezca como hombre de oración, hombre que tiene la carga sublime de ofrecer por sus hermanos, por los pecados de ellos, como por los pecados propios, el sacrificio de la Carne y de la Sangre de Jesús. El sacerdocio católico, el sacerdocio mismo de Cristo, confiere al sacerdote un carácter trascendente que no puede sufrir la menor disminución: el sacerdote no es un apóstol laico.

"Tales son, resumidas a grandes rasgos, las preocupaciones fundamentales que han dictado a Roma las medidas adoptadas con respecto a los sacerdotes-obreros. A la sabiduría del episcopado francés está confiada la carga de estudiar las modalidades de aplicación de las consignas romanas, acción "que debe ser emprendida con calma y proseguida con gran espíritu de fe y de docilidad a la Iglesia". He aquí exactamente en lo que estamos, en la hora presente, en una cuestión que suscita tanta emoción y provoca tantos comentarios".

Luego de referirse al interés con que los fieles deben seguir esta dolorosa cuestión que plantea la evangelización de la clase obrera, dijo: "(...) Es un urgente deber de caridad acordar una simpatía respetuosa y emocionada a esas jóvenes almas sacerdotales que han obedecido al impulso de su celo, no vacilando en lanzarse por un camino que nadie había abierto todavía y que por consecuencia podían más o menos descarriarse en el curso de esa marcha.

"Tengamos el suficiente espíritu para no transformarnos en profetas de desgracia, ¡felices de haber triunfado!, sino más bien tratemos de comprender lo que desea la Santa Sede. Y sobre todo recemos ardientemente.

"Recemos para que la luz sea dada a los que gobiernan y a los que son sus subordinados.

"Recemos para que los sacerdotes-obreros, sabiendo superar el sufrimiento que pueden experimentar ante los límites impuestos a sus iniciativas de apóstoles, vacíen su corazón de toda amargura y se encaminen, confiados y tranquilos, por la vía nueva que se les pide seguir.

"Recemos para que bajo todas formas se continúe, sin debilitación, la evangelización del mundo obrero, tanto por el apostolado de los laicos en la Acción Católica cuanto por el del mismo sacerdocio".

A continuación y acerca de las campañas de prensa desatadas alrededor de este asunto, agregó: "(...) Los que entre vosotros han oído o leído la carta que recientemente he escrito para anunciar el Año Mariano, han podido comprobar qué advertencias hacía a este respecto. No escuchemos a los que claman o murmuran sin reflexión: "Roma no comprende; Roma no sabe. El Papa está mal informado", y que quizás subentienden: "Entonces hagamos lo que nos dicta nuestra sola conciencia, sin complicarnos con las consignas romanas". No he vacilado en hablar a este propósito del resurgimiento entre nosotros de una mentalidad impregnada de galicanismo, que pronto haría, si se impusiese, distender los lazos que unen a los católicos de Francia con el Jefe supremo de la cristiandad.

"Guardémonos, como del fuego, de semejante estado de espíritu...".

Un documento de sacerdotes que trabajan en la construcción de diques hidroeléctricos

Témoignage Chrétien (12 de febrero) publicó los siguientes pasajes de un documento firmado por sacerdotes que trabajan en al construcción de diques hidroeléctricos:

"Nuestro sacerdocio no reviste la forma del sacerdocio ministerial ordinario tal como es vivido por la mayoría de los sacerdotes en el cuadro de las parroquias. No tenemos que dar los sacramentos que nadie nos pide. No tenemos que enseñar por la palabra a ninguna comunidad cristiana. Esta ausencia de comunidad cristiana es el gran sufrimiento del sacerdote-obrero. Es la razón de su presencia en el trabajo. Aspira a su nacimiento y a su lugar de sacerdote en medio de ella. Creemos, sin embargo, habida cuenta de nuestra indignidad y de nuestro pecado, que en nuestra vida obrera podemos ser plenamente sacerdotes, sin abandonar nada de nuestro sacerdocio.

"Nos pareció, sin duda posible, que a través de la masa paganizada del mundo obrero, era Cristo el que nos llamaba a dar toda nuestra vida, como sacerdotes, para que este mundo reciba el Evangelio. Este llamamiento de Cristo, que habría podido hacerse escuchar en el sentido de la contemplación, de la enseñanza o de la Acción Católica, nosotros lo hemos oído en el sentido del mundo obrero a evangelizar. Hemos estudiado de la mejor manera este llamamiento, siendo todos hombres hechos cuando lo hemos oído y aceptado. Lo hemos, en fin, sometido a la Jerarquía que también ella había escuchado el llamamiento del mundo obrero. Creemos que Cristo está presente en la Iglesia jerárquica: no podíamos pues responder a este llamamiento de Cristo presente en sus pobres sino recibiendo de sus obispos la participación en su sacerdocio apostólico. La Jerarquía, por los obispos, ha autenticado este llamamiento ordenándonos sacerdotes para ese mundo, o para los que ya éramos sacerdotes, enviándonos allí.

"Pensamos con San Pablo: "Cristo ha tomado forma de hombre para sufrir y morir en la cruz". Por sus sacerdotes, la Iglesia toma sobre sí toda la condición obrera —fuera del pecado—, su explotación, su miseria, su búsqueda. Este movimiento de encarnación de la Iglesia debe llevar a todo el hombre hacia Dios. Cuando somos rechazados en el empleo, cuando nuestro cuerpo está quebrado de fatiga, estamos con Cristo que habría podido ser príncipe y doctor, pero que eligió hasta los treinta años esta vida obrera y que continúa siendo humillado, explotado, sufriendo en su carne que es la de los pobres, los explotados de la construcción, aunque éstos no lo sepan, aunque éstos no lo conozcan. El sacerdote portador de este mundo acaba en su cuerpo lo que falta a los sufrimientos de Cristo. El testimonio de Cristo no puede ser de palabra solamente, sino de sangre. Vivimos la pasión de Cristo con nuestros hermanos obreros. Ellos no saben que la viven, a la medida del

PALESTRA DEL CLERO

Rivista quindicinale di questioni che interessano la cultura e la pratica Ecclesiastica — Anno XXXII

Ogni fascicolo pagg. 48; a fine anno si avrà quindi un grosso Volume di pagg. 1152 nel formato di cm. 17,5 x 25.

MINISTERIUM VERBI

Rivista mensile di Sacra Predicazione — Anno XXVII

Ogni fascicolo pagg. 56; a fine anno si avrà pure un grosso Volume di pagg. 672 nel formato di cm. 17,5 x 25.

Queste Riviste sono state elogiate e benedette dal S. Padre, da Eminentissimi Cardinali ed Eccellentissimi Presuli.

Numeri di saggio gratis a richiesta

CONDIZIONI D'ABBONAMENTO

PALESTRA DEL CLERO
Italia L. 1300 — Estero L. 2600

MINISTERIUM VERBI
Italia L. 1300 — Estero L. 2600

AMMINISTRAZIONE E DIREZIONE IN ROVIGO
Direzione e Amministrazione: Casella Postale 135
Via Oberdan 6 - Telefono 18-53
C. C. Postale n. 9.4815 intestato a "Palestra del Clero"

esfuerzo de su profunda conciencia, y que van hacia las Pascuas. Pero nosotros, sacerdotes, sabemos que la esperanza del mundo obrero va hacia la resurrección, y debemos llevar en nosotros la cruz y la resurrección. Si no fuéramos exigentes de la pureza obrera de nuestra vida, no habría ya Encarnación de Cristo en el mundo obrero a donde fuimos enviados. Si no fuéramos exigentes de nuestra vida de fe, no habría ya redención de ese mundo. Necesitamos mantenr las dos...

"El que nosotros seamos, por nuestro cuerpo y nuestro corazón, nuestro género de vida y nuestros mismos reflejos, obreros de la construcción, no impide a nuestro sacerdocio ser universal. El sacerdocio que hemos recibido en la Ordenación no es un sacerdocio estrecho, una restricción del sacerdocio. Es el único sacerdocio de la Iglesia, es el sacerdocio apostólico del obispo. Nuestro cuerpo, nuestros pensamientos, sustentan nuestro sacerdocio, lo encarnan; no lo limitan ni lo restringen. No puede contentarse con un universalismo intelectual que hace sentirse cómodo en no importa qué medio: la misión en un mundo pagano que no está pronta para recibir en claro el mensaje, exige un matrimonio profundo, una comunidad de vida con el pueblo que nos ha sido confiado. El sacerdocio no es de tal o cual clase: sacerdocio y clase no están sobre el mismo plano. Pero el sacerdocio pasa por hombres que no son hombres sino cuando se arraigan en el pueblo que la Iglesia les confía".

Una reunión de militantes obreros cristianos

EL 19 de febrero se realizó en París una reunión de militantes obreros cristianos de diverso origen (A. C. O., Comunidad Obrera de Montreuil) así como de los dirigentes de "La Quinzaine". Antes de la reunión se distribuyó una carta, de la que *Le Monde* publicó los extractos siguientes:

"Callarnos hoy sería ceder a la tentación del desaliento que nos asalta, encerrarnos en la amargura o la indiferencia. Sería también permitir que los cristianos, nuestros hermanos, desesperen un poco más y se desvíen definitivamente de la fe. No queremos oponernos a la Iglesia, quebrar por la rebelión la comunión con nuestros obispos. Rechazamos cualquier idea de cisma, de separación. No podemos dejar a nuestros obispos ignorar nuestro desacuerdo, nuestra protesta. Debemos decirles que su decisión hace correr un grave peligro a la fe de millones de cristianos, que compromete por muchos años la presencia de la Iglesia en el mundo obrero...

(...)"Cualquier fórmula que consistiera en autilizar con las condiciones reales de la vida obrera... suscitaría en la clase obrera desconfianza y hostilidad. No se juega al obrero; se es o no se lo es, con todo lo que eso comporta...

(...)"La suerte de los sacerdotes-obreros nos conmueve, porque sus problemas son los nuestros. Para nada queremos intervenir en su decisión, que depende sólo de su conciencia. Pero ellos pueden contar con nuestra completa solidaridad. Que sepan que su fidelidad a la clase obrera no será para nosotros objeto de escándalo. No nos alejará de la Iglesia, sino que nos incitará a dar de ella un testimonio más activo...

(...)"Si el escándalo del siglo XX ha sido que la Iglesia haya perdido la clase obrera, la medida tomada hoy hace revivir este escándalo, pues quiebra una esperanza que acaba de levantarse. Decir esto no es rebelarse, sino hacer acto de Iglesia. Y sabemos que una acción en la Iglesia no es acción sindical o política, que ella se hace en la comunión de la fe...".

En esta reunión hicieron uso de la palabra varios oradores: René Cerquetti, de las fábricas Renault; la señorita Schmitt, de la comunidad de Montreuil; Claude Neuvéglise; J. M. Domenach, redactor en jefe de la revista *Esprit* y Jacques Madaule.

De este último, *Le Monde* ha publicado varios pasajes de su intervención:

"La Iglesia ha obrado en un dominio que es propiamente el suyo. Pero nos pertenece ver que si la Iglesia es trascendente, camina en el mundo. Tememos que ciertas autoridades no hayan percibido claramente los cambios que se han producido en el mundo...

(...)"Era necesario que sacerdotes asuman los compromisos indispensables de la masa obrera. Así solamente la Iglesia era fiel a su universalidad...

(...)"Es menester que el clamor del sufrimiento de millares de cristianos franceses llegue hasta los oídos que, estamos seguros de ello, son oídos de padre. De ello resultará un bien. Pues el dolor heroicamente aceptado debe producir sus frutos. Tenemos el derecho de levantar respetuosamente la voz".

El mismo diario reproduce lo que dijo M. Domenach:

"Debemos ser justos, aun y sobre todo en las horas de sufrimiento. Debemos, al hablar a los obispos, medir el tono. No podemos olvidar que Roma es el eje de una universalidad. Roma no puede olvidar a los cristianos perseguidos en el Este.

(...)"No podemos creer que se pueda aplastar a estas cristiandades nacientes en las que algunos viven y han hecho el conmovedor descubrimiento del Evangelio vivido".

Al término de la reunión fué redactada una resolución, cuyo texto fué remitido al cardenal Feltin. Citamos algunos pasajes publicados por *Le Monde* (23 de febrero):

"A nuestro alrededor comprobamos, en los medios, una profunda emoción. La clase obrera se siente reforzada en su convicción de que la Iglesia le es hostil y rehusa aceptarla tal como ella es. Algunos se preguntan si no asistimos a un despertar del oscurantismo(...).

"En una situación tan grave para el futuro de la Iglesia de Francia, pensamos que es deber de los laicos hablar con toda franqueza. Hay en ello una señal de fidelidad a la Iglesia, que excluye cualquier idea de cisma y de ruptura".

Un comunicado de 200 obreros cristianos

DOSCIENTOS obreros "cristianos", militantes obreros han dado un manifiesto, en el que especialmente declaran:

"Después de haber tomado conocimiento de las medidas adoptadas contra los sacerdotes-obreros, estimamos no tener el derecho de permanecer en silencio. Es un deber de conciencia y un acto de Iglesia manifestar públicamente nuestro desacuerdo y nuestra protesta.

Ante todo, decimos con fuerza que las medidas actuales suprimen, de hecho, lo que ha sido emprendido hace diez años con el apoyo del cardenal Suhard y de toda la Iglesia de Francia. La solución de recambio de los "sacerdotes de la Misión Obrera" no suscitará entre los trabajadores sino desconfianza y hostilidad. La clase obrera no admitirá como suyos a sacerdotes que trabajarán tres horas por día y que no se comprometerán activamente en su lucha.

"Los motivos invocados por nuestros obispos para tomar una decisión tan cargada de consecuencias no nos parecen de ninguna manera convincentes. En realidad, lo que es negado no es el compromiso "temporal", sino el compromiso obrero.

"Ahora bien, la lucha en la unidad con todos nuestros camaradas, creyentes e incrédulos, contra la miseria, por los salarios, por la vivienda, por la paz, por un mundo

PEREGRINACION a

Roma y Tierra Santa

Presidida por S. E. Mons. Dr. Alfonso Buteler, Obispo de Mendoza y Neuquén, y con la participación de los Obispos de La Rioja y San Luis, Monseñores Dr. Froilán Ferreira Reinafé y Dr. Emilio Di Pasquo.

SALIDA:

5 Diciembre en el "PROVENCE"

Italia, Egipto, El Líbano, Siria, Jordania, Israel, Grecia

(Viaje suplementario:

Suiza - Francia - España - Portugal)

Solicitar informes en cualquiera de los tres Obispados indicados

En Buenos Aires: Parroquia de San Ignacio Bolívar 225 y Bolívar 218, de 15 a 19 horas

mejor, es esencial a nuestra condición. Muy lejos de estar en oposición con ella, nuestra fe se encuentra por ella enriquecida.

"Los sacerdotes-obreros comparten nuestra lucha. Por lo cual la decisión tomada contra ellos alcanza profundamente a cada uno de nosotros. Pone en causa el derecho para nosotros, trabajadores, fieles a nuestros compromisos y a nuestra responsabilidad, de tener nuestro lugar en la comunidad de los cristianos.

"Hecho más grave, comprobamos que esta medida aumenta la desconfianza de nuestros camaradas incrédulos hacia la Iglesia. Refuerza a la clase obrera en la convicción de que la Iglesia le es hostil, que quiere sí inclinarse sobre su miseria, pero que rehusa aceptar a la clase obrera tal como es.

"Hacemos un llamamiento a todos los cristianos para que la Iglesia no se convierta en la Iglesia de una clase o de una nación, sino que realmente sea la Iglesia de todos".

Manifiesto de un grupo de intelectuales católicos

ALREDEDOR de cincuenta intelectuales católicos laicos han publicado la siguiente declaración, reproducida por *Le Monde* (25 de febrero):

"Si nos propusiéramos solamente expresar en este momento a los RR. PP. Avril, Belaud, Boisselot, Chenu, Congar, Féret y Nicolas los sentimientos de los creyentes y de los incrédulos, de los católicos y de los miembros de las otras familias cristianas, de los franceses y de los extranjeros que han recibido el beneficio de su pensamiento y de su ejemplo, esta declaración tendría el sentido de un homenaje a sus altas e irradiantes personalidades. Ella no sería inútil: los que han seguido atentamente los debates y el drama comprenden el sentido de este homenaje; también es indispensable que los que, en este país y en el mundo entero, han seguido menos de cerca las cosas conozcan la admiración y la confianza que estos hombres y estos sacerdotes inspiran a la muchedumbre de sus obligados, a quienes su investigación ha iluminado, su doctrina guardado, su caridad animado y sostenido.

"Pero el sentido de esta declaración desborda, se lo comprende sin esfuerzo, los casos personales, por brillantes que sean.

"Los laicos cuyas firmas siguen, afirman, a ejemplo de los religiosos que acaban de ser citados, su espíritu de sumisión a la disciplina y a las decisiones de la Iglesia; saben que su pena no tiene sentido sino en y por esta obediencia. En el dominio de su competencia, tienen el estricto deber de examinar, de apreciar y de señalar el alcance de un acontecimiento histórico y las co[illegible]ncias que éste podría contener para el porvenir inte[illegible]ct[illegible] y espiritual de Francia y del cristianismo francés y [illegible]al.

"1º Todas las tareas del espíritu son investigaciones en el sufrimiento; la humildad por la cual nos abrimos a la palabra de Dios y a la enseñanza del magisterio es imperfecta si no las recibimos con una inteligencia que no se satisface fácilmente y que no se da ningún reposo. Es honor de los cristianos practicar estas formas de humildad, rehusándose los mediocres deslizamientos en el confort intelectual y la confusión entre los accidentes de la historia y los valores eternos que juzgan la historia. Las consecuencias son pues graves, y hasta incalculables, de cualquier acontecimiento que simplemente pueda dar que pensar, a causa de una información insuficiente o de interpretaciones deformantes, que investigaciones nobles, puras, fecundas, son otra cosa que manifestaciones de la investigación noble, pura y fecunda de la Iglesia entera;

"2º Las transformaciones de las sociedades humanas y de sus economías en el siglo XX son profundas y rápidas; comprenderlas exactamente en sus resortes y sus encadenamientos, es ya dirigirlas; no es para ventaja de nadie que en las luchas entre categorías sociales y los conflictos de naciones, los cristianos parezcan sustraerse. Su acción puede ser coherente y fuerte si persiguen el gran objetivo de la ciudad justa y fraterna en la que cada persona humana acceda a la efectiva libertad y participe efectivamente en la vida de la Iglesia.

"Es menester proclamarlo con más fuerza e insistencia que nunca: hoy se trata de llevar el Evangelio al taller, a la fábrica, a todos los lugares del esfuerzo y del sufrimiento de los hombres; hoy se trata de mostrar a Cristo presente en el inmenso trabajo que da una nueva forma al mundo y puede contribuir a salvarlo de la miseria y de la guerra. Cualquier acontecimiento que pudiera, finalmente, dar que pensar que los más expuestos de los combatientes se ven discutidos en el apoyo de la Iglesia y medida la confianza paterna de su Jefe, hace correr el peligro de arrastrar, en este dominio igualmente, consecuencias graves y hasta incalculables.

"Firmamos esta declaración en la convicción de que contribuirá a esclarecer una situación que ya ha evolucionado demasiado, sin que lo que está en juego parezca ser considerado en su verdadera medida.

Bertrand d'Astorg, Dr. René Barthe, Henri Bartoll, Pierre Bauchet, Albert Béguin, Michel Blays, Maurice Byé, Pierre Cauchois-Hamel, Jacques Chapsal, Maurice Chavardès, Paul Chombard de Lauwe, L. F. Closon, Robert Delavignette, André Demargue, Gérard Destanne de Bernis, J. M. Domenach, Jacques Dumontier, Robert Flacelière, Paul Flamand, Paul Fraisse, André George, Georges Th. Guilbaud, Bernard Guyon, Jean Lacroix, Maurice Lacroix, André Latreille, Paul-André Lesort, Geneviève Lewis, André Lichnerowicz, Jacques Madaule, Yves Mainguy, Remi Martin, Pierre Menny, Mme. F. Mounier, Jacques Nantel, Maurice Niveau, René Parès, François Perroux, Roger Pons, Charles Prou, Georges Rottier, Pierre-Henri Simon, François Sellier, Georges Suffert, Gabriel Venaissin, Joseph Vialatoux, Auguste Viatte, Jean Baboulène, Yves Bertrand, Albert Gortais, etc.

Llamamiento a la intervención gubernativa

LAS disposiciones del Maestro General de la Orden de los Frailes Predicadores, R. P. Manuel Suárez, O. P., tuvieron gran repercusión en la prensa, que las comentó de modo diverso.

Le Monde, (13 de febrero), bajo el título "Orden y libertad", dijo:

"Los jefes de las provincias francesas de la Orden de los Frailes Predicadores acaban de ser destituidos. Al mismo tiempo, algunos de los más conocidos teólogos dominicos son condenados al retiro, al silencio, a una especie de exilio. Estas medidas han sorprendido por su amplitud y su repentinidad. Parece que al tomarlas el Maestro General de los dominicos hubiese querido detener urgentemente e impedir que medidas más graves todavía fuesen decididas por el Santo Oficio contra la rama francesa de la Orden de Santo Domingo. En circunstancias un poco análogas se había visto llegar a Lyon, hace alrededor de dos años, a un emisario del General de los jesuitas, para depurar a varios miembros eminentes de la Compañía. Estos se veían privados de su docencia tanto en el seminario de Fourvière cuanto en el Instituto Católico de Lyon, y obligados a cambiar de residencia. Por esa época, el cardenal Gerlier sintió dolorosamente esas medidas, tomadas con exclusión de él, mientras que el Instituto Católico depende especialmente de su jurisdicción.

"No es la oportunidad de abrir una controversia teológica o canónica sobre el carácter de estas nuevas sanciones. Pero la Iglesia, cualquiera que sean sus prerrogativas espirituales, es una sociedad compuesta de hombres que viven y obran entre los hombres. Es fatal, pues, que las consecuencias de esas decisiones no se limiten al plano sobrenatural.

"Desde este punto de vista, dos órdenes de hechos retendrán sin duda la atención. El primero es la especie de sospecha en la cual las autoridades romanas tienen tendencia a considerar ciertas iniciativas de algunos franceses más preocupados de apostolado, sospecha que no ce-

FRANCE-ASIE

Revista Mensual de Cultura
y de Síntesis Franco-Asiática

Director: RENE DE BERVAL

Suscripción Anual: 200 $ (vietn.) ó 2.500 francos

Escribir a: Boite Postale Nº 79
SAIGON (Sud-Vietnam)

san de alimentar las denuncias de todas las especies procedentes de los mismos franceses. Un cierto número de exclusivas tocantes más particularmente a los seminarios habían acompañado a la publicación de la encíclica *Humani Generis*. En el último otoño, los obispos franceses habían recibido, no sin vivo disgusto, las instrucciones que les eran transmitidas por el nuncio apostólico para los sacerdotes-obreros, bajo el sello del secreto, a fin de que ellos mismos asumiesen su responsabilidad.

"Fué en este intervalo que los tres cardenales franceses se dirigieron a Roma para defender el asunto de los sacerdotes-obreros. Se habían cometido faltas graves, muchas imprudencias también. Era evidente que debían aportarse remedios, correcciones. El episcopado francés, que se expresaba por la voz de sus eminentes representantes, de ningún modo parecía considerar por entonces que la situación de sacerdote-obrero fuera incompatible con la esencia del sacerdocio. Buscaba, por el contrario, salvar una institución que, después de los tanteos o las audacias del comienzo, tenía necesidad de ser enmendada y regularizada. Pero cuando a mitad de noviembre, los tres cardenales dejaban el Vaticano, sabían que habían perdido la batalla. Los plazos que se tomaron, para mejor preparar a los espíritus para las decisiones en adelante irrevocables, no hicieron sino mantener en Francia engañosas esperanzas y agravar las inquietudes romanas. Esas inquietudes parecen haber sido aumentadas todavía más por el hecho de que los dominicos franceses no pusieron tanto apresuramiento como los jesuítas en ejecutar las instrucciones recibidas.

"Un segundo hecho digno de observación es que, a la inversa de la agitación que algunas veces se manifestaba entre los sacerdotes-obreros, los dignatarios tan cruelmente alcanzados no han esbozado ningún gesto de rebelión, no han emitido ninguna protesta. Muy por el contrario, su sumisión, o más exactamente su aceptación de las penas dictadas contra ellos, ha sido inmediata y sin reticencia. Muchos, y especialmente entre los sacerdotes-obreros, podrán sentirse con esto profundamente edificados, mientras que otros estarán tentados de ver allí un nuevo tema de escándalo y de evocar a este propósito los procesos de Moscú. La apariencia no carece de alguna analogía. Pero hombres que han consagrado su vida a una tarea sobrenatural ¿no deben admitir todas las consecuencias de una lógica sobrenatural y, según una fórmula hecha actual, aceptar el sufrimiento "para" la Iglesia sin duda, pero también "por" la Iglesia?

"Cualquier protesta que no fuera de su propia competencia parecería justificar *a posteriori* las sanciones pronunciadas contra ellos. En definitiva, pues, a los obispos, sucesores de los apóstoles, pertenece determinar en el seno mismo de la Iglesia lo que es policía necesaria o abuso de poder burocrático, lo que exige la protección de la fe y lo que podría no ser, por efecto de un miedo pánico del comunismo, sino un peligroso retorno a los más discutibles métodos de la Inquisición. En su defecto, los responsables de la política francesa, católicos o no, no podrían ignorar indefinidamente las incidencias que una tal situación, sobre todo si debiera todavía agravarse, podrían tener en todo el país. Nuevas dificultades y nuevos sufrimientos se preparan, que hubieran podido, lo parece, ser fácilmente ahorrados tanto a Francia cuanto a la Iglesia. Aspecto particular de un drama universal. ¿Por cuánto tiempo todavía este siglo tolerará, en presencia de realidades que no quiere ver, libertades que parece no poder sufrir más?".

FRANÇOIS MAURIAC PIDE UN CONCORDATO

"*La Documentación Catholique*, que ha destacado de este artículo de *Le Monde*, el llamamiento a la intervención de los "responsables de la política francesa", anota que la idea debía abrirse camino. En efecto, en *Le Figaro*, del 16 de febrero, François Mauriac haciendo un llamado al patriotismo religioso de sus lectores, publicaba el siguiente resonante artículo titulado: "Por un nuevo Concordato":

"Se hubiera sorprendido mucho a los hombres políticos de fines del siglo último prediciéndoles que un día la opinión francesa sería trastornada por el desplazamiento, por orden de Roma, de algunos religiosos franceses. Es cierto que esta medida se encuentra vinculada con la que acaba de interrumpir un apostolado obrero cuya fecundidad aparece mejor ahora: debió ser necesario este arrancamiento para que descubriéramos hasta qué profundidad habían penetrado las raíces. En lo qué se había convertido el grano de mostaza enterrado por el cardenal Suhard en nuestra tierra, juzgadlo por ese gran árbol abatido al borde del

Próximamente aparecerá el segundo número de

La Dirección de IMAGENES se complace en anunciar que está próximo a aparecer el segundo número. Dedicado al tema DIOS EXISTE, constará de 28 páginas impresas en rotograbado con tapas a todo color, en hueco off-set. Esta Dirección desea explicar la demora incurrida. En el país existen solamente dos imprentas para el rotograbado, cargadas de trabajo, lo cual ha hecho que nuestros álbumes se vieran obligados a "hacer cola" para ser impresos. Subsanados todos los inconvenientes, podemos asegurar que, a partir de este segundo número, los álbumes aparecerán con toda regularidad. La Dirección agradece a los ya numerosos suscriptores por su buena voluntad, y espera retribuirla con una publicación cada vez mejor y más útil.

TODO SUSCRIPTOR DE **CRITERIO** DEBE SER UN SUSCRIPTOR DE **IMAGENES**

camina, que pierde su savia como sangre, y donde los pájaros del cielo no anidarán más.

"Dios sabe que no tengo ningún gusto en imitar a "los cardenales verdes", como se llamaba en otros tiempos a los académicos que se mezclaban en los negocios de la Iglesia. Pero callarse es un deber sin riesgos. Desde hace cuarenta y ocho horas, de todas partes me han llovido las cartas, los llamados: "No podemos gritar sino por vuestra boca". Grito de dolor, no de rebelión. Lo que esos sacerdotes, esos laicos intelectuales, esos estudiantes temen, es que su silencio induzca a error a la Santa Sede y le haga creer que no han sentido el golpe en lo más íntimo del ser. Toda el ala en marcha de la Iglesia de Francia está angustiosamente afectada: es necesario que las congregaciones romanas lo sepan.

"Ya, no podían ignorar más que los sacerdotes-obreros se habían hecho parte integrante del proletariado francés, que ellos se habían allí incorporado en tanto que sacerdotes, en tanto que testigos de Cristo y de la Iglesia. Hoy es necesario revelar a Roma otra verdad: que la juventud laica que ha sido el gran pensamiento de Pío XI, ha sido formada en gran parte por la Orden de Santo Domingo: *Sept* y *Temps présent* en otro tiempo, hoy *La Vie Intellectuelle*, las ediciones *du Cerf* constituyen la fuente viva donde toda una generación ha venido a alimentar su fe. Que haya habido allí imprudencias, posiciones aventuradas, lo admitimos. Algunos aspectos del apostolado dominico han podido irritar. "Le Dominicain de choc" todos lo hemos meditado. Pero hoy que son alcanzados en sus teólogos más eminentes, vemos mejor lo que la Orden encarna en medio de nosotros: el espíritu dominico es el espíritu de libertad en el seno mismo de la Iglesia, en estrecha unión con la Sede de Pedro. Uno se estremece al saber que el Santo Oficio ha estado a punto de castigar a la Orden entre nosotros en su misma raíz, atacando al noviciado de Le Saulchoir. Tocar en Francia a los hijos del Padre Lacordaire, alcanzarlos mortalmente, equivaldría a dinamitar una de nuestras catedrales. Aquí se delimitan mal los derechos imprescriptibles de la Iglesia y los no menos imprescriptibles de la nación. Y ciertamente sería injusto imputar a Roma el error cometido por los hombres políticos de la III República. La denuncia del Concordato no es obra suya. Si desde entonces el nuncio apostólico en París no es un agente diplomático como los otros, si detenta en tierra francesa un poder real más extenso que el de ninguno de los miembros del gobierno, no podemos culpar sino a nosotros mismos o más bien a Emile Combes que depositó, hará cincuenta años en noviembre, el proyecto de ley de separación de las Iglesias y del Estado.

"Pero es en la meddia en que los católicos de Francia son católicos sin posibilidades, en la medida en que se encuentran ligados con toda su fe y todo su amor a la Sede de Pedro, en la medida, en fin, en que el riesgo del cisma, en lo que les concierne, no es siquiera imaginable, que se sienten más urgidos a encontrar un recurso. Sus sacerdotes, sus religiosos no pueden estar por más tiempo a merced de denuncias que, por desgracia, (y Roma habría hecho buen juego en recordárnoslo) vienen casi todas de la misma Francia. "Buscad entre vosotros a los que os acusan", me decía recientemente un romano.

"Ese Concordtao que la III República destruyó, la IV República, en interés de la Iglesia y de Francia, ¿no tendría razón para restablecerlo, adaptándolo a las exigencias de nuestra época? Planteo la cuestión. Pero de lo que estoy seguro, es que si la ofensiva en curso se prosiguiera sin consideración a lo que es debido a esta muy santa Iglesia de Francia, institutriz y modelo de todas las otras en la filosofía, en la teología como en el apostolado misionero, la nación entera se sentiría alcanzada en la persona de sus mejores hijos. Sería, me parece, en interés de la Iglesia, que en un debate de este orden, encontrara un día frente a ella un interlocutor que tuviera otro derecho que el de callarse. Sugiero esta idea al elocuente Maurice Schumann, que se acordará quizás de haber hecho conmigo sus primeras armas bajo la bandera de Santo Domingo".

UN COMENTARIO DE MONS. THÉAS

El obispo de Tarbes y Lourdes, Mons. Théas, publicó en el Boletín de la diócesis un corto artículo titulado "Regrets", como comentario al precedente artículo de François Mauriac:

"*Le Figaro*, del 16 de febrero, publica un lamentable editorial de François Mauriac:

"Entre los pasajes que hacen mal, destaquemos ese donde se hace cuestión de "lo que es debido a la muy santa Iglesia de Francia, institutriz y modelo de todas las otras en la filosofía, en la teología, como en el apostolado misionero".

"El Evangelio del fariseo y del publicano nos dice el juicio de Cristo sobre tal manifestación.

"En el extranjero, esta auto-admiración provocará desprecio.

"El catolicismo francés está bastante anémico. No lo ahoguemos bajo el peso de nuestro orgullo.

"Lo que nos salvará es la humildad, la oración y la sumisión a la Santa Sede.

"Santa Bernardita, rogad por Francia".

INTERVENCIONES POLITICAS

Le Monde, del 17 de febrero publicó estas dos informaciones:

M. Michelet pide que el gobierno intervenga ante la Santa Sede

"M. Edmond Michelet, senador R. P. F., pregunta en una cuestión oral con debate, al ministro de Negocios Extranjeros, si "respetando las leyes fundamentales de la República, tales como son mencionadas en el preámbulo de la Constitución, y especialmente el principio de la separación de la Iglesia del Estado, no sería de su deber llamar la atención de la Santa Sede sobre las lamentables consecuencias que hacen correr el riesgo de afectar, a través de la Iglesia de Francia, el prestigio y la irradiación de

nuestro país en el mundo, a causa de las circunstancias que han rodeado las decisiones que castigan a sacerdotes y religiosos franceses.

"Teniendo en cuenta la emoción que estas medidas han suscitado en nuestra opinión pública, le pregunta si no le parece necesario hacerse el intérprete de estas inquietudes ante S. Em. el nuncio apostólico.

Una cuestión escrita de M. Deixonne

"Por su parte, M. Deixonne, diputado socialista del Tarn, por vía del *Journal Officiel*, ha dirigido al ministro de Negocios Extranjeros una cuestión escrita, en la cual después de haberle señalado la siguiente información aparecida en un diario francés: "El nuevo nuncio apostólico acaba de convocar a tres reuniones, que se han realizado en Toulouse, Lyon y París, durante el mes de setiembre, a los cardenales, arzobispos y obispos de esas regiones, así como para la reunión de París, especialmente a los superiores de las grandes órdenes religiosas francesas. El nuncio, hablando en nombre del Santo Padre, habría pedido que se pusiera fin a la experiencia de los sacerdotes-obreros... Por la primera vez en la historia, un nuncio apostólico convocaba a los cardenales en nombre de la Consistorial".

"El diputado pregunta especialmente al gobierno: 1º Esta información ¿es exacta? 2º En la afirmativa, ¿cómo se puede conciliar con la tradición gubernamental afirmada bajo los regímenes más diferentes, y que quiere que los nuncios, cumpliendo en Francia las funciones de embajadores, no pueden mantener comunicaciones oficiales sino con el gobierno?".

UNA PUNTUALIZACION DE "LA CROIX"

Con respecto a los artículos e informaciones que piden una intervención gubernativa, *La Croix* quiso poner las cosas en su punto, para lo cual publicó (17 de febrero) un artículo firmado por el Padre Gabel y titulado "La Iglesia y la Nación". Comienza por dar algunos puntos de referencia para ayudar a juzgar objetiva y realmente la cuestión:

"1º La Iglesia es una sociedad perfecta supranacional; todos sus fieles son al mismo tiempo ciudadanos de un Estado. Cada vez que la Iglesia interviene con respecto a sus miembros, toca al mismo tiempo a ciudadanos: eso es inevitable.

"2º La Iglesia interviene en dominios diferentes: uno donde los asuntos son específicamente y exclusivamente religiosos; otro que es mixto, es decir donde las mismas materias son simultáneamente de la Iglesia y del Estado —el matrimonio, por ejemplo: sacramento y célula social—; un tercero que es en sí mismo temporal pero que, por algún aspecto, cae bajo el juicio de la Iglesia en la medida en que la moral está comprometida.

"3º Las relaciones de la Iglesia y del Estado son diferentes según que el problema planteado pertenezca a uno u otro de esos tres dominios.

"4º El Estado, o más bien la nación, ¿puede estimarse afectado en su honor por ciertas medidas adoptadas por la Iglesia?...

..."Ciertamente, la distinción entre católico y francés es fácil de establecer en lo abstracto; en lo concreto, es la misma persona la que está a la vez en los dos. Esto es tan cierto que a menudo se oye decir en ciertos medios eclesiásticos a propósito de nuestros problemas religiosos: ¡Ah, estos franceses! Y si la nación francesa puede sentirse honrada por el prestigio de esos teólogos, de esos filósofos, de esos sociólogos, de esos pioneros del apostolado popular, etc., no es ella, sin embargo, la calificada para determinar si la ortodoxia de esos hombres está todavía intacta, si sus palabras y sus métodos en el dominio religioso son oportunos. Este es asunto de la Iglesia.

"En fin, la Iglesia debe examinar esencialmente la cuestión en función de su constitución y de su misión sobrenaturales, no en función del prestigio o del honor de la nación a la que pertenecen los fieles que ella toca.

"Se los puede tener en cuenta evidentemente. Sobre todo se puede tener cuenta de los problemas y del régimen propios de una nación, cosa que la Iglesia no deja de hacer en la mayoría de los casos.

"5º Se han propuesto dos soluciones: una gestión del Ministerio de Negocios Extranjeros y un concordato.

"¿Qué podrá decir el ministro al nuncio, puesto que las cuestiones no son manifiestamente del dominio temporal o

Novelas Juveniles

COLECCION

Horizontes Juveniles

He aquí una colección de libros de aventura, misterio, acción de la que los jóvenes sacan lecciones constructivas y que, al tiempo de brindarles ratos de atractiva y sugestiva lectura, va dándoles una sólida formación.

Sus tapas, bien ilustradas y en colores, ya son un medio de atraer a los jóvenes lectores (y a otros no tan jóvenes que también los leerán con interés).

Nº 1 **El legajo Nº 1248** — *A. Hublet, S. J.* — $ 10.—

Nº 2 **El tesoro bien guardado** — *A. Hublet, S. J.* — $ 10.—

Nº 3 **Servicio secreto** — *Norman Dale* — $ 10.—

Nº 4 **¡Selectos!** — *A. Hublet, S. J.* — $ 10.—

Nº 5 **Hazañas juveniles** — *A. Hublet, S. J.* — $ 10.—

Nº 6 **La Herencia de Juan Miseria** — *Saint Clair* — $ 10.—

Nº 7 **Escuela del Maquis** — *J. Dalto* — $ 10.—

Nº 8 **El tesoro misterioso** — *Norman Dale* — $ 10.—

Nº 9 **La pandilla de los cuatro** — *A. Hublet, S. J.* — $ 10.—

Nº 10 **Rutas del ideal** — *A. de Miguel* — $ 10.—

Nº 11 **Aventuras de Moncho** — *R. Saint-Léon* — $ 10.—

Nº 12 **El señor de Valmosa** — *Felipe Sonet* — $ 10.—

Nº 13 **El Capitán Kidd** — *Georges Steff* — $ 12.—

De venta en:

Librería Católica "ACCION"
EMPORIO DE MISALES
RIVADAVIA 536 Bs. AIRES
T. E. 34-6251

Atendemos pedidos de Librerías

político-religioso, sino del resorte de la vida interior de la Iglesia: métodos de apostolado y gobierno de una orden de derecho pontificio?

"¡El Concordato...! El Estado vendría a ser, conforme se lo desea, el defensor de la originalidad de la Iglesia en un país en frente de las reglas dictadas para toda la catolicidad. Ciertamente no se necesitaría standardización, en este dominio como en los otros, de los métodos y soluciones, pues los problemas son diversos a través de la Iglesia. La unidad de la Iglesia es, por sí misma, lo suficiente elevada y lo bastante elástica para adaptarse de una manra viviente a las múltiples situaciones. Pero ¿es función del Estado salvaguardia esta diversidad de la Iglesia?

"6º En cuanto a lo que es del nuncio, ya hemos tenido ocasión de decir lo que pensábamos.

"Jean Lacroix ha señalado con nobleza en el número de *Esprit*: "Es cierto que ocupándose de los sacerdotes-obreros, el nuncio no se ha salido del dominio puramente religioso"...

..."Desde hace años hemos distinguido con celoso cuidado a la Iglesia del Estado. Después de haber descartado de nuestra vida pública las intrusiones de los clérigos en el dominio temporal, guardémonos de provocar que el Estado intervenga en el dominio propio y exclusivo de la Iglesia".

—En un segundo artículo, publicado al día siguiente, el Padre Gabel se refiere a la campaña de prensa hecha con motivo de la intervención gubernativa, y sobre todo a propósito del artículo de François Mauriac:

"...¿Qué demonio nos excita a poner nuestros asuntos sobre un terreno donde no deberían estar? Estoy perplejo de ver a M. Mauriac reclamar para las cuestiones que le apasionan una intervención indiscreta y peligrosa del Estado, que se parecería mucho a la que él reprocha a España en las relaciones de la Iglesia con el Estado. M. Mauriac nunca ha ocultado su repulsión por ese régimen.

"Es necesario ser lógico consigo mismo y no reclamar para las cosas que nos gustan y las personas que nos son queridas una protección del Estado censurada en otra parte.

"Los católicos, y especialmente los católicos franceses, conocerán siempre esta tensión que los desgarra entre la libertad y la obediencia, la creación y la tradición, la iniciativa personal y las medidas de autoridad. Las cosas no son tan fáciles, y la actitud de los cristianos tampoco...

Hemos de retomar la vieja consigna agustiniana: en las cosas que se imponen, la unidad; en las que se discuten, la libertad; en todas las cosas, la caridad".

UN SEGUNDO ARTICULO DE FRANÇOIS MAURIAC

François Mauriac volvió sobre la cuestión de los sacerdotes-obreros en un segundo artículo publicado en *Le Figaro* (28 de febrero), titulado "En l'absence du Père":

"El título de mi último artículo significaba en mi espíritu un punto de interrogación. La prensa extranjera, y en particular los semanarios católicos ingleses vieron en él un expreso pedido de Concordato. Ahora bien, no trataba sino de plantear la cuestión. Lo he hecho sin por un solo instante ilusionarme sobre las posibilidades de un eco favorable en París o en Roma, sin estar por otra parte, por nada del mundo seguro de que el remedio tuviera alguna eficacia para la Iglesia y para Francia. En verdad, lo que importaba a mis ojos, era poner el acento sobre un problema planteado hace siglos desde que Pedro afrontó a César: cuestiones, como las que en estos días perturban en sus profundidades a la Iglesia de Francia, y por consiguiente a la misma nación, dependen únicamente del magisterio de la Iglesia; es innegable, sin embargo, que conciernen también al Estado. ¿Era absurdo imaginar que el apaciguamiento hubiera podido nacer de un diálogo llevado en un espíritu de mutuo respeto y de ardiente caridad hacia los miembros sufrientes de nuestra Iglesia?

"Ahora todo está dicho. Si tenemos fe no nos queda sino esperar, en la oración y en las lágrimas, esos idus de marzo, en los que Dios quiera no tengamos que contar nuestros heridos y nuestros muertos. He advertido de ello a muchas personas bien intencionadas que nos predican una obediencia de la que nunca debió de alejársenos: no se trata de nosotros, de nosotros que no estamos comprometidos directamente en el debate. Recordémosle que la obediencia no es una virtud, en el sentido absoluto del término, sino en Abraham, sino en los hombres que, obedeciendo, sacrifican su hijo único o *su vocación única*: en fin lo que les toca las entrañas.

"A éstos querría someterles un pensamiento. Tener fe es regar el azar. Cualquier circunstancia es querida: en cada una debemos descubrir, como dice Pascal, un maestro que nos da la mano de Dios. Ahora bien, esto que me llama la atención debería impresionarlos: su prueba coincide con la enfermedad del Santo Padre, prácticamente separado, en estos tiempos, del gobierno de la Iglesia. La ausencia del Padre es un signo por el cual el cristiano reconoce el tenebroso jardín adonde ha sido llevado. Pues el horror de la noche, los amigos que no han podido velar un instante y que duermen a la distancia de un tiro de piedra, el sudor de sangre, nada de todo eso constituye el misterio de la Santa Agonía; sino el Padre que ya no está allí y que no responde ya, ese es el signo por el cual la reconocemos.

"Ahora bien, tal es la paradoja de la gracia: esta misma ausencia los advierte y los ilumina. Este es el momento de no huir, de seguir no de lejos, sino de más cerca posible, y hasta de identificarse con el Hijo abandonado por el Padre. Está completamente trazada, ha sido trazada de una vez por todas y para siempre esta ruta sangrienta de la obediencia en la noche. ¿No es este el ejemplo, no es esta la lección que la clase obrera espera oscuramente de sus sacerdotes? Sí, es de creerlo, puesto es a Cristo a quien ha encontrado en ellos, puesto que en ellos, sin saberlo, es a Cristo a quien ha amado.

"Pero la momentánea ausencia del Padre ofrece otro tema de meditación. Un golpe tan grave, que va a repercutir en los destinos particulares, en las almas sacerdotales, en la historia espiritual de Francia y del mundo ¿puede ser descargado en esta hora en la que Pedro no está en el timón, que está como el Señor postrado y dormido en plena tempestad? ¿Y no convenía esperar a que él se despertara y por sí mismo hablara al viento y al mar? Entonces, quizás, se haría una gran calma".

COMENTARIOS DE RADIO VATICANA AL ARTICULO DE FRANÇOIS MAURIAC

Le Monde (4 de marzo) reprodujo el comentario hecho por Radio Vaticano al segundo artículo de Mauriac:

..."Ha habido atrevimiento, en todo este asunto, de hablar de la ausencia del Padre. No, el Padre no está ausente. Es con acuerdo de su voluntad soberana y en virtud de decisiones anteriores a su nfermedad, que han obrado y obran los obispos de Francia. En la prueba que lo inmoviliza, el Papa no ha renunciado a su solicitud hacia todas las iglesias.

Luego haciendo alusión a los diversos manifiestos públicos:

..."El eco de esas reuniones y de sus manifestaciones le afecta, sin duda, más dolorosamente que sus mismos sufrimientos físicos. Por lo cual los sacerdotes-obreros, y con ellos todos los que en la actual crisis han podido flaquear por un instante en su confianza en la Igelsia, no deben sorprenderse de oír de sus labios las palabras de Jesús a sus discípulos: "¿Vosotros también queréis marcharos?"...

Antes dijo, con respecto a estos mismos manifiestos:

..."La fe en la Iglesia no deja lugar, en un corazón católico, al desacuerdo y a la protesta cuando el Papa y los obispos han hablado, y sus decisiones no podrían sufrir una interpretación tendenciosa"...

(Continuará)

REVISTA DE TEOLOGIA

Director: Monseñor Dr. Enrique Rau

En REVISTA DE TEOLOGIA colaboran los mejores escritores del país y extranjero.

Aparece cuatro veces al año

Suscripción anual: $ 40.- — Número suelto: $ 10.-
Dirección: Seminario Mayor "San José" 24 - 65 y 66

EVA PERON (Argentina)

ESCUCHE LA

Audición Senderos de Gloria

Y EL

Informativo Católico

De Lunes a Viernes, de 19 a 19.30, por LS4 Rad. Posteña
Los Sábados, de 15 a 15.30 hs., por LR4
Radio Splendid

REVISTAS

El 10º aniversario de "Polifonía"

EL periodísimo musical, no muy numeroso en nuestro país, tiene en "Polifonía" un exponente de altos valores respaldado por una trayectoria de especial significación en el medio artístico local. Esta publicación ampliamente acreditada por la seriedad e imparcialidad de sus juicios, su sana orientación y el interés constante y renovado de sus artículos, notas e informaciones, se ha impuesto a través de una labor consagrada exclusivamente al servicio de la música y sus problemas y a la difusión de la vida cultural del país y del extranjero por medio de una información siempre atenta y variada.

Esta prestigiosa publicación, editada en esta capital bajo la dirección del crítico musical Don Alberto Emilio Giménez, festeja actualmente el décimo aniversario de su aparición. El último número consagrado a celebrar tan feliz acontecimiento se ha presentado con carácter de extraordinario, reuniendo en 84 páginas importantes colaboraciones que llevan entre otras las firmas de: Carlos Chavez, Alberto Ginastera, Jorge Fontenla, Félix C. Cappelletti, Gilbert Chase, Carlos Suffern, Vasco Mariz, Alberto E. Giménez, Rodolfo Arizaga, Juan Andrés Sala, Igor Markevitch, Carlos F. Cillario, Joaquín Rodrigo, Roberto García Morillo, Juan Pedro Franze, Ettore Desderi, Francisco Curt Lange, Antonio Fernández-Cid, Cirilo Grassi Díaz, Adolfo Salazar, Fernando Vidal Buzzi, Stefano Ajani, Guido Pannain, Renée Klopfenstein, Emilio Stevanovitch y Rodolfo Caracciolo.

Un importante material gráfico e informativo presta particular atractivo a esta entrega, que constituye un verdadero esfuerzo editorial por lo selecto y destacado de su contenido que abarca los temas más variados de la música, sus intérpretes y sus creadores.

Casos de aborto

EL número de marzo-abril de la revista norteamericana *Pastoral Life*, trae un importante artículo sobre cuestiones prácticas referentes a casos de aborto. Aunque este tema es suficientemente conocido por los médicos y los teólogos, creemos que estas seis páginas escritas por el Padre Edward Hayes y Miss D. E. Kelly pueden resultar útiles para todos por su claridad.

El Padre Hayes está escribiendo actualmente un libro sobre *ética médica*, y miss Kelly es supervisora asistente de la sala de operaciones del Hospital St. Michael, Newark, N. J.

El principal objeto del artículo es el de ayudar a los sacerdotes a ver el aborto "con los ojos de la profesión médica". El hecho de que la terminología médica no siempre coincide con la del lenguaje corriente, suele provocar confusiones. Así, por ejemplo, es usual asociar el término "aborto" con un acto esencialmente inmoral, y llamar con otros nombres menos ofensivos ("pérdida", "parto prematuro") al aborto espontáneo.

Las confusiones que así nacen, pueden conducir a situaciones incómodas entre el confesor y la paciente, por existir la presunción de que ha habido una falta grave en casos en que tal cosa no ha ocurrido.

Los autores dividen los casos de aborto en tres clases: a) espontáneo, b) indirecto y c) directo. El aborto espontáneo puede ser a su vez una amenaza de aborto, o inevitable; el aborto directo puede ser criminal o terapéutico.

a) El aborto espontáneo es aquél que deriva de accidente o enfermedad. Es la expulsión del feto producida no intencionalmente. Según los autores ocurre una vez cada siete u ocho embarazos, por diversas causas: ciertas enfermedades, deficiencias vitamínicas, etc. Cuando hay comienzo de hemorragia y no se sabe cuál será su desenlace, se dice que hay *amenaza de aborto*. En estos casos casi siempre la indicación es reposo en cama y una medicación adecuada. La provocación de la salida del feto por intervención quirúrgica (raspaje) u otros medios, que en ciertos casos se indica, sería incorrecta desde el punto de vista moral y obstétrico.

Si el aborto parece inevitable por presentarse dilatación y hemorragia abundante que pone en peligro la vida, se dice que se trata de un *aborto inevitable*. En esos casos la intervención quirúrgica es necesaria y lícita desde el punto de vista moral. El problema teológico surge a causa de que puede no haber absoluta seguridad sobre la muerte del feto. El dilema moral se resuelve en la práctica en base a estadísticas. En el momento en que la paciente es conducida a la sala de operaciones, el feto casi siempre ha sido expelido espontáneamente; y en los casos raros en que ello no ha ocurrido, casi siempre el feto está muerto. De manera que cuando se produce una intensa hemorragia con inminente peligro de muerte el médico procede a salvar la vida de la paciente sobre la base de una *certidumbre moral* de que no hay ya feto con vida. El código de ética de la Asociación de Hospitales Católicos de Estados Unidos establece que la intervención quirúrgica es permitida cuando el médico está "razonablemente seguro de que el feto está muerto o ya desprendido".

De modo que la dificultad que se presenta en los libros de moral sobre casos de intensa hemorragia de un útero embarazado no debe inspirar ningún terror. No interesa lo que en teoría pueda significar este dilema. En la práctica de la medicina moderna, ante un aborto *inevitable* lo indicado es una inmediata intervención quirúrgica.

b) El aborto indirecto es aquel que ocurre como conse-

Grandes Sastrerías

Casa MEILAN

ECLESIASTICA Y CIVIL

SOTANAS - ESCLAVINAS - SOBRETODOS - CAPAS
PANTALONES - BONETES - SOLIDEOS
IMPERMEABLES - CAMISERIA Y
BONETERIA EN GENERAL

PRESUPUESTOS PARA CONGREGACIONES
Y COLEGIOS RELIGIOSOS

ENVIAMOS AL EXTERIOR

Giros a:

MANUEL S. MEILAN

T. E. 34 - 3239 AVENIDA DE MAYO 791
Buenos Aires entrepiso izquierda

ANTORCHA
Publicación mensual para la juventud
SUSCRIBASE
Dire. y Adm.: Bmé MITRE 2560 - C. F.
T. E. 47 - 1217

Digesto Católico

Suscripción: 1 año, $ 17.—; 3 años, $ 50.—
EXTERIOR
Suscripción: 1 año, u$s. 1.—; 3 años, u$s. 2.50
HERRERA 527 BUENOS AIRES

LIBROS

INTRODUCCION AL DERECHO, por Carlos Mouchet y Ricardo Zorraquín Becú. Ed. Arayú, Buenos Aires, 1953, 570 páginas.

VASTO es el panorama que nos presenta la voluminosa obra de los Doctores Carlos Mouchet y Ricardo Zorraquín Becú, ambos profesores adjuntos en nuestra Facultad de Derecho, cuyo carácter formativo ha obligado a exponer" los "temas de un modo relativamente dogmático, a fin de inculcar ideas claras, evitando al mismo tiempo el peligro de escepticismo" (p. 1). Por la misma razón, el comentarista se ve obligado también a extraer del libro, en el curso de la presentación, algunos detalles, algunos problemas que le han llamado especialmente la atención o que por sí se ofrecen para profundizar o discutir.

"La introducción al derecho puede definirse como la disciplina que con propósitos eminentemente didácticos estudia las nociones generales del derecho, ofrece un panorama de sus diversas ramas, y recuerda las diferentes soluciones que se han dado a sus problemas fundamentales... Su contenido proviene... de otras disciplinas, y puede clasificarse en tres partes perfectamente diferenciables: 1º Teoría del derecho... 2º Enciclopedia del derecho positivo... y 3º Reseña sintética de la evolución del derecho" (p. 89-90).

Religión, moral y derecho: éstos son "los tres órdenes normativos fundamentales" (p. 14) que corresponden a las exigencias metafísicas, anímico-psíquicas y temporal-sociales del hombre. De estos tres sólo nos ocuparemos del derecho que posee una característica bien definida: la coacción para obligar, para forzar su cumplimiento, por ser el derecho "un ordenamiento social impuesto para realizar la justicia" (p. 29).

El derecho natural, como afirman los autores, ha tenido varias orientaciones (p. 36). En cuanto a lo que se halla expuesto en la obra acerca de la concepción jusnaturalista de Hugo Grocio, es oportuno hacer la siguiente observación: para este autor el derecho natural es perpetuo e inmutable y "ni el mismo Dios puede cambiarlo" ("Hugonis Grotii de Iure Belli ac Pacis libri tres", etc., Lausanne, 1751-52, Lib. I, cap. I, XVII, 2; p. 20 y X. p. 10); "es un dictado de la recta razón que indica que alguna acción por su conformidad o disconformidad con la misma naturaleza racional o social tiene fealdad o necesidad moral y de consiguiente, está prohibida o mandada por Dios, autor de la naturaleza" (Id., I, p. 32). Coinciden con Grocio Heineccius y Pufendorf.

La obra sigue desarrollando consideraciones filosóficas acerca de la finalidad del derecho (cap. II) que es "implantar un orden justo en la vida social" (p. 51) al cual se agregan "otros dos accesorios: la paz y la seguridad" (id), objetivos que figuran en casi todos los pronunciamientos de las Naciones Unidas.

A través de los capítulos dedicados a "las disciplinas jurídicas" (p. 79 y ss.) y "elementos del derecho" (p. 107 y ss.), llegamos al capítulo V (p. 133 y ss.) que trata "el derecho objetivo y el derecho subjetivo" donde vemos reproducida la clasificación de Roguin acerca de los derechos en "derechos absolutos" (los derechos del individuo sobre sí mismo; los derechos de una persona sobre otro individuo; los derechos de las personas sobre las cosas o derechos reales, p. 155-156) y "derechos relativos" (los monopolios de derecho privado; los derechos de obligación, p. 156-157), rectificando dicha clasificación, pero conservando siempre los dos grandes grupos: derechos absolutos y derechos relativos (p. 158). Me parece que en líneas generales y siguiendo el esbozo trazado por las Naciones Unidas, correspondería más bien una clasificación en tres grupos: derechos fundamentales (que comprenden los derechos inalienables y anteriores y, por ende, superiores a la existencia del Estado, como el derecho a la vida, por ejemplo3; derechos de ciudadano (que abarcaría todas las subclases, indicadas por los autores en la página 158) y finalmente, los así llamados "derechos" sociales, mencionados en la página 452 (conf. Santa Pinter: "Derecho del Hombre en el derecho argentino y eclesiástico católico", en la Revista "Jurisprudencia Argentina", Buenos Aires, Nº 5433, 1953; véase la bibliografía citada en la nota (13), especialmente: "Los derechos del Hombre: Estudios y comentarios en torno a la nueva Declaración Universal", por varios autores; ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1949 y Uhle: "Die Grundrechte" (Los derechos fundamentales), en la Revista "Deutsche Verwaltung". Derecho administrativo alemán, a. 2, Nº 12, junio 15 de 1949, p. 333 y ss.).

El cap. VIII (p. 205 y ss.), analiza "la fuente más importante del derecho", la ley (p. 204) dejando para el cap. IX (p. 239 y ss.) el estudio de "otras fuentes del derecho", dedicando, como lo merece, extensas páginas al derecho consuetudinario que "se forma insensiblemente por el uso, la repetición inveterada de los mismos actos, que poco a poco van adquiriendo cierto carácter de obligatoriedad al convertirse en exigencias colectivas" (p. 239). De esta manera vemos comprobada la tesis de Savigny que sostenía que "la base del derecho positivo tiene su existencia y su realidad en la conciencia general del pueblo" (p. 244). Contrariamente a la opinión expresada por los autores de que "esta concepción casi mística se encuentra hoy abandonada" (ibid), ocupando el primer plano la legislación, huelga afirmar la importancia de esta clase de derecho que a veces puede imponerse con más energía y seguirse más inexorablemente que cualquier otro derecho escrito: me refiero, por ejemplo, al repugnante fenómeno social diario de "formar cola" (que a nadie se le ocurrió citarlo hasta ahora!) y cuya violación es sancionada en el acto y sin intervención de la autoridad pública!

Encontramos, luego, el erudito trabajo sobre derecho público y derecho privado (p. 327 y ss.), donde al hacer un análisis y valoración crítica de la doctrina de Kelsen a este respecto (p. 340 y ss.), los autores llegan a afirmar, ante "la invasión del derecho privado por el público" (p. 344), que "el derecho público... debe seguir siendo el protector del derecho privado y no su amo. La excesiva publicización de las relaciones de derecho privado lleva a la hipertrofia y omnipotencia del Estado y el aniquilamiento de la personalidad del individuo" (p. 345), estando plenamente de acuerdo con la doctrina católica que "se en el hombre

---

cuencia de una intervención quirúrgica hecha para salvar la vida de la madre, y durante la cual no se ataca directamente el feto. En esos casos la muerte del feto se produce como una consecuencia indirecta y *no* intencional. La extirpación de un apéndice infectado puede ser necesaria para salvar la vida de la madre; pero existe grave riesgo para la vida del feto. La intervención quirúrgica está permitida por cuanto el acto es moralmente indiferente, produce un buen efecto que no se deriva del efecto malo, el motivo es bueno, y el buen efecto es al menos tan bueno como el malo.

c) Aborto directo es una deliberada terminación del embarazo mediante la destrucción intencional del feto. Este acto es, desde el punto de vista moral, *intrínsecamente malo*.

El aborto directo se clasifica en criminal y terapéutico. En el aborto criminal se busca la terminación del embarazo por razones ajenas a la medicina. Siempre es gravemente inmoral, ilegal, y peligroso desde el punto de vista físico. En este último sentido las consecuencias pueden ser hemorragia o infección generalizada, por cuanto muchas veces lo practican personas inexpertas.

El aborto terapéutico consiste en la extirpación deliberada del feto para salvar la vida o la salud de la madre. Este acto es moralmente malo. Aunque se busca un bien se comete un acto malo deliberado al destruir directamente la vida del feto.

Desde el punto de vista legal, el aborto terapéutico es permitido en algunos estados. Los casos en que el dilema de elegir entre la vida de la madre o la del hijo se presentan en la medicina moderna son afortunadamente cada vez más raros. — *H. F. L.*

Revista Litúrgica Argentina
DE LOS
PADRES BENEDICTINOS
EDITADA POR
LIBRERIA "SAN BENITO"
Suscripción anual $ 15.—
VILLANUEVA 967 BUENOS AIRES

REVISTA BIBLICA
Organo trimestral para ciencias bíblicas y espiritualidad. Con Sección Litúrgica.
Suscripción anual: $ 15
Director:
Mons. Dr. Juan Straubinger
Editorial Guadalupe — VILLA CALZADA F.N.G.R.

una conciencia que tiene en sí su valor, su dignidad intrínseca y personal, independientemente de los medios políticos, económicos y sociales" ("Código Social de Malinas", Ed. Difusión, Buenos Aires, 1942, art. 117, 4º) y, podemos agregar, "jurídicos", por la sencilla razón de ser "el hombre anterior al Estado" (Encíclica "Rerum Novarum", de León XIII, mayo 15 de 1891, en "Colección de Encíclicas y Cartas Pontificias", 2da. Ed. argentina, autorizada por la Junta Técnica Nacional de la Acción Católica Española, Buenos Aires, 1946, p. 420).

La relación entre Estado y derecho se halla bien destacada en el pasaje de la obra que citaremos a continuación: "La idea del Estado es inseparable del derecho. Pero la afirmación no puede conducirnos a afirmar la identidad de Estado y derecho, ni que el Estado sea el único que puede crear derecho (Kelsen)", por ser que "el Estado no es sólo el ordenamiento jurídico de la vida de un grupo humano, sino que en sí mismo, como organización, es también sujeto de derecho" (p. 355).

Parece de interés detenernos en los dos últimos capítulos que llevan el título "Derecho internacional - Derecho aeronáutico" (p. 526 y ss.) y "Derecho canónico" (p. 545 y ss.), por la razón de que estas ramas tienen una escasa literatura en nuestro país.

La denominación del derecho "internacional", a mi juicio, es poco correcta, dado que las naciones como tales no pueden tener relaciones "internacionales" jurídicas, reglamentadas por el derecho público externo (como tan bien distinguen los autores entre derecho público externo e interno: p. 346), sino siempre en su forma jurídicamente organizada que sería el sujeto del derecho "internacional", el ente "Estado". Así como tampoco llamamos al derecho "internacional" privado derecho "interindividual", si bien es cierto que este derecho "nace como consecuencia de la existencia de relaciones y situaciones jurídicas en las cuales... al exceder los límites de su país, el individuo puede encontrarse sometido, por ejemplo, a reglas distintas en materia de capacidad" (p. 537). Por razones de lógica sería, pues, más correcta la denominación propiciada, por ejemplo, por Kant, Scelle y Esteve (?) (p. 526): derecho "interestatal".

El derecho canónico (p. 545 y ss.) se distingue del derecho eclesiástico. Este último sería, a mi juicio, y a grandes rasgos, el derecho público de la Iglesia, mientras que el derecho canónico estrictamente dicho es el derecho privado o civil de la misma que contiene las normas tanto de la capacidad jurídica de los miembros de la Iglesia, como del derecho procesal y penal y casi todas las ramas del derecho privado, haciendo, además, una pequeña incursión por el campo del derecho administrativo. Esta opinión discrepa tan sólo nominalmente con la tesis de Ottaviani, según la cual "el derecho canónico público es el sistema de leyes acerca de la constitución y derechos de la Iglesia, considerada como sociedad perfecta ordenada a un fin sobrenatural; y el derecho canónico privado es el sistema de leyes que determina los derechos y obligaciones de los miembros de la Iglesia para el régimen y santificación de los mismos" (p. 551): digo "nominalmente", porque lo que Ottaviani entiende por "derecho canónico público", en mi expresión no es otra cosa que "derecho eclesiástico público", mientras que existe una perfecta coincidencia en lo que al "derecho canónico privado" respecta. Tiene poca importancia el hecho de que algunas normas del primero estén contenidas materialmente, como acabo de mencionar, en el "Codex Iuris Canonici", cuerpo legal jurídico-privado por excelencia y por la forma, y sólo en segundo término podría (?) conside-

Novedades

PROBLEMAS DE HIGIENE SEXUAL

Contiene los textos de las reuniones científicas y las versiones taquigráficas de las Mesas Redondas de las Primeras Jornadas Argentinas de Médicos Católicos celebradas en Santa Fe en octubre de 1953. El tema, manoseado por publicaciones de toda índole y orientación, no había sido encarado hasta ahora en nuestro medio de una manera integral y verdaderamente científica por los cristianos. $ 40.—

LA NIÑEZ PERDIDA

por Graham Greene

Su único libro de ensayos que se ha traducido a nuestra lengua y uno de sus últimos trabajos. Un libro extraordinario. $ 25.—

De nuestro fondo editorial

EL PILAR DE FUEGO

por Karl Stern

El Pilar de Fuego es la extraordinaria historia de la conversión de un psicoanalista que, partiendo del judaísmo, llegó al catolicismo.

LA NUEVA NEUTRALIA

por Evelyn Waugh

CAMINOS SIN LEY

por Graham Greene (agotado)

UTOPIA SOMOS NOSOTROS

por Stefan Andres (agotado)

NEUROSIS Y SACRAMENTOS

por Alan Keenan (agotado)

Ediciones Criterio

EDICIONES CRITERIO

TESTIMONIOS DEL ESPIRITU HUMANO EN LO QUE DE MAS NOBLE POSEE

rarse como cuerpo legal jurídico-público.

Resta el problema del "ius patronatus", el patronato. El derecho del patronato puede ser todo menos "un derecho inherente a la soberanía" (p. 555), porque sabemos perfectamente bien que la mayoría de los Estados y Estados muy poderosos y plenamente soberanos carecen de tal derecho, siendo el derecho del patronato la concesión de un privilegio determinado (por ej. presentación de obispos) de carácter **personal** (canon 1448), otorgada a personas bien determinadas: algunos monarcas y sus descendientes. Tal es así que me veo obligado a reproducir un ejemplo clásico, desconocido por autores especializados de tanta dedicación como Cayetano Bruno, S. S., quien en su libro "Bases para un concordato entre la Santa Sede y la Argentina", Buenos Aires, 1947, pág. 265, afirma que "en Europa el patronato civil en la presentación de arzobispos y obispos no existe ni en los textos constitucionales, ni en las costumbres, ni en los concordatos. Tan sólo subsiste un cuasi patronato muy mitigado en Portugal, pero con respecto únicamente a las colonias orientales de esta Nación, y en España".

Pues bien, trataré de llenar una laguna en la literatura jurídica argentina: el derecho del patronato existe en el Reino de Hungría desde el reinado de San Esteban, su primer rey apostólico (m. en 1038) y si bien no figura en "los textos constitucionales" (porque Hungría, como Inglaterra, nunca tuvo una constitución escrita, hasta la otorgada por el régimen comunista, en 1949), sin embargo, siempre existió tanto en las costumbres como en el consenso público y figuraba entre las prerrogativas reales del Monarca legítimo, coronado con la Sagrada Corona de San Esteban, recibida del Papa en el año 1001, por el Arzobispo de Esztergom y según el rito y ceremonial del derecho eclesiástico público establecido especialmente para tal ceremonia. Este derecho le competía exclusivamente al Rey legítimo que llegó a serlo en las condiciones legales que acabamos de describir, y a nadie más, ni al Regente Nicolás Horthy que detentaba los plenos poderes que le fueron otorgados por la Asamblea Nacional, en 1920. El derecho del patronato en el Reinado de Hungría consistió en distintas prerrogativas, privativas, pues, del Rey legítimo, descritas en la obra de Esteban Werbóczy, intitulada "Tripartitum opus iuris consuetudinarii Regni Hungariae", del año 1514, Parte I, XI, párr. 1-3).

En este singularísimo hecho hemos de buscar, pues, la razón de ser de los concordatos entre la Santa Sede y algunos Gobiernos (Gobiernos y ya no más monarcas o príncipes reinantes), en los cuales la Santa Sede hace ciertas **concesiones** en materia de nombramiento o presentación de obispos, basándose en el clásico principio del derecho de que la Santa Sede se halla facultada para otorgar **privilegios** que siempre significan **excepciones** a la generalidad de una norma.

He aquí el panorama del novedoso libro "Introducción al derecho" de los Doctores Carlos Mouchet y Ricardo Zorraquín Becú, que nos ha sugerido estas ideas: un libro escrito con una brillante nitidez lógica y un puro criterio jurídico que ha llegado así a ser uno de los éxitos más importantes de las ediciones jurídicas en nuestros días.

José Julio Santa Pinter

STALIN, por Nicolás Basseches, Editorial Difusión, Buenos Aires.

EN el fárrago de la literatura política que tiene por tarea el explicar la personalidad del dictador soviético, este libro de Nicolás Basseches, periodista austríaco, se destaca con ribetes propios de auténtico valor documental. Lleva el autor una enorme ventaja sobre sus numerosos colegas occidentales que intentaron acometer similar empresa: Basseches conoce perfectamente el idioma ruso, se educó en los colegios de la Rusia imperial y vivió luego quince años en la Unión Soviética. Pero la otra mitad de su vida trascurrió en Occidente: residió largos años en Austria, Alemania, Suiza y Francia. Conserva, por lo tanto, el punto de vista europeo, occidental, sin dejar de comprender la peculiar idiosincrasia eslava o, según se ha dicho alguna vez, la "mentalidad de estepas" que caracterizaría a los pueblos que habitan más allá de las riberas del Vístula.

Este equilibrio anímico, fruto de la formación bilingüe del autor, confiere a su obra positivos méritos de imparcialidad.

Pese a su lenguaje árido y desapasionado, y no obstante su estilo didáctico e impersonal, Basseches traza una semblanza vigorosa del hombre que fuera durante casi treinta años dueño y señor de todas las Rusias y, en los últimos tiempos, árbitro sumo de la vida de setecientos millones de seres humanos. José Visarionovitch Dchugashvili, llamado más tarde **Stalin**, "hombre de acero", aparece aquí en sus múltiples y sucesivas facetas de seminarista, agitador social, agente revolucionario, conspirador, periodista, comisario del pueblo, estratego de guerra civil, secretario general del Partido y, finalmente, jefe de gobierno y generalísimo de las fuerzas armadas de la Unión Soviética, reuniendo en sus manos la suma total de los poderes públicos de una nación.

Constituye este libro otra tentativa más de hacer un retrato completo del jefe supremo del comunismo en el segundo cuarto de nuestro siglo. El autor cumple su cometido con seriedad, criterio orgánico y gran acopio de información inédita. No hallará el lector en esta obra las páginas amenas, matizadas de sabrosas anécdotas y líricas descripciones, a que nos tienen acostumbrados muchos "inteligentes observadores" del mundo soviético. Tampoco encontrará aquí los relatos truculentos y lacrimógenos con que tratan de apuntalar su fulminante conversión algunos que "eligieron la libertad", o aquellos que vieron llegar su "otra oportunidad" o su "hora número tal". El Stalin de Basseches es una clara y sobria exposición de hechos, hombres y circunstancias, sin epítetos laudatorios o peyorativos de especie alguna. No es alegato ni reportaje; ni ditirambo ni diatriba; es un libro de texto, un manual de consulta de inestimable valor para quien desee tener una nítida visión del Imperio de la Estrella Roja.

A partir de Octubre de 1917, la vida de Stalin, el hombre, se identifica, por la fuerza de los acontecimientos, con la historia de los pueblos que forman la Unión Soviética. Por ello, Basseches no se limita a narrar los hechos que jalonan la vida extraordinaria de un hombre —sin duda extraordinario también—, sino que analiza y explica, en 380 apretadas páginas, los tremendos problemas políticos, sociales, económicos y morales que agobian la mitad oriental de Europa, separada del mundo exterior por la tan mentada "cortina de hierro". Señala con juicio certero y sólidos argumentos la evolución que sufrió el marxismo leninista de los primeros tiempos hasta desembocar en el nacionalismo stalinista de la actualidad, doctrina ésta que no significa sino el resurgimiento de los antiguos sueños expansionistas de los zares. El actual imperialismo soviético sólo se sirve del ideario comunista en su propaganda internacional. El gobierno de "obreros y campesinos" es un mito, y en cuanto a la dictadura del "proletariado", ésta dista mucho de ser lo que pretende. Pues al bien es cierto de que existe una dictadura —la más integral que la historia haya registrado—, los que la ejercen hace tiempo que han dejado de ser proletarios y, en su gran mayoría, jamás lo fueron. Con excepción de algunos raros sobrevivientes de la época revolucionaria, conservados como reliquias vivas en cargos subalternos, casi todos los demás integrantes del equipo gobernante de la URSS son producto de una nueva generación de funcionarios, seleccionados y formados como "élite" dirigente por el régimen staliniano. Y con ellos, la nueva estratificación de la sociedad soviética se parece cada vez más a la de cualquier país capitalista-feudal. Los jerarcas de ahora —afirma Basseches— hacen gala de la misma conciencia de casta que distinguía a los miembros de la antigua nobleza. Colmados de prebendas, viven en ambientes exclusivos, disponen de grandes propiedades privadas y educan a sus hijos en institutos especiales, reservados a los vástagos de las familias dirigentes. Se hallan, en rigor, totalmente divorciados del pueblo, y éste ya comienza a profesarles los mismos sentimientos de aversión que manifestara, en otros tiempos, a los privilegiados del régimen zarista.

Como antes, existen ahora en Rusia una clase superior que goza de todas las franquicias, una clase media que pugna por subir de categoría y una clase baja, multitudinaria, que soporta estóicamente el peso de las otras dos. Como antes, hay ricos y pobres; como antes, hay hombres que obran con toda impunidad y otros que no cuentan siquiera con los más elementales derechos ciudadanos, y, como antes, hay odios e intrigas, ambiciones y venganzas, corruptelas y camarillas, explotación y miseria. Pero existe una diferencia: antes, de todo esto tenía la culpa el zar y los boyardos; ahora, el responsable es el pueblo mismo. Pues —y conviene recordarlo— "la Unión Soviética es la patria de todos los trabajadores del mundo y está gobernada por los obreros y los campesinos".

Raúl Remonda

QUEVEDO, de Ramón Gómez de la Serna, Colección Austral de Espasa Calpe Argentina.

ES sabido que Quevedo fué el escritor español más ingenioso, satírico y valiente y que se dedicó principalmente a apostrofar y a ridiculizar a sus contemporáneos. Como poeta se destacan sus producciones difundidas por las antologías, recordadas pero insuficientes para configurar la universalidad de que goza el autor. El fenómeno de su olvido aparente, sería el resultado de una ley, cuyo enunciado dejaría intactos los méritos literarios de Quevedo, sin imponer su rehabilitación. Ramón Gómez de la Serna demuestra mediante este libro, lo ilusorio de ese fenómeno y la inexistencia de la ley que lo explica. Consigue ante todo, que conozcamos más a Quevedo, cuya vida nos parece siempre imaginada y novelesca, confundida con la de alguno de sus personajes, al punto de preguntarse muchos llegado el caso, quién es el creador del pícaro y burlón Quevedo. Con conocimiento e intuición más intensos y perfeccionados que los que tuvieron los propios contemporáneos, muchos de los cuales se ocuparon en arruinarle la existencia, Ramón Gómez de la Serna escribe sobre la misma y de paso sobre aquella sociedad cortesana y brillante en que se desenvolvió. Y la juzga objetivamente, como se lo permite la perspectiva de tres siglos y su apasionamiento de español, tan universal y refinado como el que sustentaba las diatribas y admoniciones de su biografiado.

Así le hubiera gustado a don Francisco de Quevedo, ser conocido y exaltado ante lectores y épocas tan distantes, sin conformarse con menos biografía él, para quien eran verdades serias solamente las últimas que se relacionan con la muerte y con Dios.

En veinte capítulos el autor desenreda e hilvana los episodios que configuran y casi simbolizan la vida de Quevedo. Sin que decaiga nunca el estilo tan particular de Ramón Gómes de la Serna, éste va desentrañando a través de lo escrito y vivido por su compatriota, admirables e insólitas características de lo incorpóreo español, encarnadas a la perfección por Quevedo. Cada frase irradia doblemente su verdad sentenciosa y extrema y su contenido poético, en tanto que fragmentos intermitentes de poemas, cartas y de los "Sueños", advierten que este libro no sólo es una alegoría, en que el autor despliega su estilo y su pasión, sino que también se eleva como una estela rememorativa sobre la vida y las obras del gran escritor español del siglo XVII.

Los tres capítulos finales informan sobre las asombrosas tribulaciones que sufrieron los restos de Quevedo y de otras figuras insignes de España, y sobre la influencia y el rejuvenecimiento de lo quevedesco en la América y en el mundo de hoy.

Pablo Grinblat

CRISTO DE NUEVO CRUCIFICADO: novela; autor: Niko Kazantzakis; traductor: José Luis de Izquierdo Hernández; editor: Lohlé; 447 pág.

UNA aldea griega del Asia Menor bajo la dominación de Turquía, se apresta a conmemorar la Pasión representándola teatralmente. Lo hace cada siete años y se prepara para el año próximo. En la Pascua de Resurrección los notables de la aldea designan quiénes encarnarán a Cristo y las figuras que lo rodearon. Manolios, un pastor joven, será Cristo; Michelis, el hijo del arconte, será Juan; Yannakos, un buhonero, será Pedro; Kostandis, el cafetero lugareño, Santiago apóstol. Se designa para el papel de Magdalena a Katerina, la viuda, cuya fama juega bien con la de la pecadora bíblica; Panayotaros, un energúmeno torvo de cabeza roja, para el de Judas. A partir del instante en que son designados, los papeles que habrán de representar comienzan a jugar de alguna manera en sus vidas; en las de los cuatro primeros, porque sienten que deben hacerse dignos de aquellos a quienes personificarán; en la de Katerina modulándola con su arrepentimiento; en la Panayotaros, haciéndolo huir desesperadamente de un papel que su desesperación, su odio y su envidia por Manolios encarnan de más en más.

En esa misma tarde llega una caravana de griegos, derrotados y expulsados de otra aldea por los turcos. El pope local siente amenazado su ascendiente por el sacerdote famélico y llameante que la guía; siente, también, que con esa multitud desaparecerá la paz desaprensiva y cómoda en la que impera sobre las almas. De pronto una mujer cae al suelo, hinchado su vientre por el hambre, muerta. El pope encuentra su pretexto y clama que con ellos se introducirá la peste en el pueblo; los que llegaron ven cerrarse toda puerta ante sus rostros y prosiguen su marcha hasta una montaña vecina. Solamente Manolios, Michelis, Kostandis y Yannakos se apiadan y los auxilian. A partir de ese instante se encuentra planteada la novela mediante el enlace de sus dos temas: la transformación de los personajes de la Pasión bajo su influjo y el heroísmo de la aldehuela derrotada pero no vencida que encarna el alma de Grecia.

Cristo de nuevo crucificado —se nos dice en la solapa de la edición argentina— es una obra que ha sido traducida ya a nueve idiomas, y, por cierto, hay en ella materia suficiente como para justificar ese éxito tan fuera de lo común. Su autor domina una manera amplia, pastosa, sensual, que se presta bien para describir el rincón pintoresco del mundo que ha escogido como centro de su relato. Es hábil; idóneo por donde quiera juzgárselo; sabe narar, atrae; y no queda limitado por la onda empastelada o jugosa de su modo; una y otra vez brotan aquí y allá como pequeños chorros de agua frases intensamente líricas, ceñidas y refrescantes. Si algo debe decirse de Niko Kazantzakis es que se trata de un maestro.

Sólo que —y aquí como siempre el juicio crítico resulta modulado por el gusto de quien lo emite— es un maestro como lo es, por ejemplo, Ricardo Strauss en la música; o como lo es Quirós, para citar un ejemplo local, en nuestra pintura; y el hecho es que aún cuando en justicia admire sus medios, no son santos de la devoción de quien escribe esta nota. Su tamaño es grande como el de éstos, su decir igualmente facundo, pero al igual que en ellos una aura que no es contemporánea envuelve su hacer. Este es, por supuesto, un reparo de segundo grado; en primera instancia el libro atraerá a cualquier lector no encasillado por exigente que sea. Pero, cuando luego el lector debe oficiar de crítico y vuelve a recordar el libro leído para rodearlo con un juicio, comienza a surgir esa duda, no muy precisable; cierta insatisfacción atribuible quizá tan sólo a la diferencia de sensibilidad —pero que no puede ser desdeñada, porque no es fácil decir hasta qué punto la sensibilidad debe ser la segundona de la razón en materia de crítica artística— se presenta como una ranciedad, como un algo caduco en la bellesa que se contempla, algo que es viejo y ordena su polvo bajo la turgencia de la obra.

Pero, claro está, ¿qué puede significar para el lector decirle que una obra que habrá de atraerlo no es contemporánea? **"Tant de minutie il témoigne peut-être quelque déférence aux scoliastes futurs"...**

Si bien no se indica si la versión ha sido hecha directamente del original griego, considerándola como una obra en sí misma, se presenta como de una calidad superior a la habitual.

B. U.

DIEZ POEMAS, por Federico González Frías. Buenos Aires 1954. Ed. del Autor.

UNA honda desproporción desfigura la fisonomía de este libro que alcanza sólo maneras fetales. A través de los diez poemas se advierte que la intención de decir es mucho más alta que la forma de decir. Esto se debe a inmadurez o a carencia de verdadero destino poético. Tan pocos poemas no nos autorizan a inclinarnos definitivamente por ninguna de las dos explicaciones. En un país como el nuestro en donde hasta los mancos (y no de Lepanto) escriben libros, sucede con terrible frecuencia que hombres inteligentes, se sientan instados a escribir porque viven rodeados de amigos escritores. Esto no debe confundirse con la verdadera vocación y las obras que produzcan estos rondantes literarios nacerán estigmatizadas por la falsedad de los medios expresivos. No podemos asegurar que sea el caso de **Federico González Frías**, lo que sí podemos señalar es el idioma: elemental y rígido; la idea; repetida y con muchos parientes en la literatura de sacristía; la articulación de los poemas: inhábil y ruidosa; la intención: extensa pero superficial.

En algunos poemas como el primero y el tercero hay leves aciertos esporádicos. En el primero acierta con la manera de empezar (**Que estoy plantado en esta tierra**), y con la palabra final (**Sea**). En el tercer poema hay un verso más adulto: **Y mi entero sabor de mundo redondo.**

Contra esto oponemos la insistencia de algunas palabras, las prolongadísimas enumeraciones sin originalidad, la definición directa y sostenida —la poesía define por sí misma— y ciertos sonidos desagradables (**quebranto cruento** y ocho versos más abajo, **cruento quebranto**).

Un poema: **Como uno que antes de nacer ya estuviera muerto** es definitivamente inaceptable porque carece de la más elemental poesía, luego porque la vulgaridad general de sus enunciados es sólo perdonable en los poetas muy jóvenes o en los poetas muy viejos (**El hombre que se agita en las reuniones sociales pero que tiene muerto el corazón**, etc.).

Cuando llegamos a un poema titulado **Canto a los grandes ríos taciturnos**, supusimos una influencia de Ricardo Molinari. ¡Ojalá la hubiera tenido! Hubo momentos en los que pensamos en errores de imprenta, pues de otra manera no nos explicábamos la tartamudez de ciertos pasajes: **Como los grandes ríos taciturnos / de la región de los grandes ríos taciturnos**, para incluir cuatro versos más abajo este original concepto: **de la región de los grandes ríos taciturnos.**

En realidad ninguno de estos desaciertos nos sorprende pues Federico González Frías se radiografía el alma con una afirmación que nunca es consubstancial con un poeta: **en medio de la confusión y de la noche / no hay ningún misterio para mí, pág. 65.**

Huzo Ezequiel Lezama

DERECHO CONSTITUCIONAL ARGENTINO, por el Dr. Juan Casiello. Editorial Perrot.

EL Dr. Juan Casiello, profesor titular de "Régimen Constitucional" en la Universidad Nacional del Litoral acaba de publicar una obra con el título arriba mencionado.

La Constitución Nacional de 1949 sólo había tenido comentarios parciales e incompletos de su espíritu y de sus cláusulas. Estudiantes y estudiosos sentían el vacío de una obra que analizara en su filosofía y en sus proyecciones prácticas la nueva Carta que nacía para regir las instituciones y la vida del país. Ese vacío es el que viene a llenar el libro del Dr. Casiello.

Se dedica a estudiar la parte dogmática de la Constitución que es en realidad la principal, la que origina e influye sobre la parte orgánica.

Estudia con singular profundidad las instituciones nuevas que hasta ahora no habían tenido una explicación exhaustiva y profunda: la familia, los derechos sociales, la propiedad y sus límites, la enseñanza, la Iglesia y el Estado y su "modus vivendi", el capital y la actividad económica, etc.

De los más interesantes es el artículo dedicado a la familia en el que sostiene la concepción cristiana de la misma que informa el nuevo ordenamiento: "Nuestra Constitución, dice, ...tiene en la generalidad de su contenido, una inspiración aristotélica-tomista, y en lo que respecta a la familia, respetando auténtica tradición, ha incorporado una concepción cristiana de la misma". Afirmación sumamente interesante frente a los que sostienen que la declaración constitucional es compatible "con distintas doctrinas sociológicas y religiosas".

Con la obra del Dr. Casiello pueden convivir las obras que comentaban la Constitución de 1853 porque es bueno hacer notar que la sección dogmática de ésta se halla en gran parte reproducida en la de 1949. A este respecto dice el autor: "Lo fundamental de la reforma incide en la parte primera, y

ya que en lo orgánico sólo se ha traducido en simples retoques, se mantienen con prestigiosa validez los tratados tradicionales que comentaban la anterior Constitución".

El libro del Dr. Casiello lleva un prólogo del Dr. Faustino J. Legón, profesor de Derecho Público en la Universidad de Buenos Aires.

Consta de 619 páginas, está elegantemente impreso por Juan Perrotti, y lleva en su tapa el sello de la Editorial Perrot.

R. A.

CRISIS Y RESURRECCION DE LA LITERATURA ARGENTINA, por Jorge Abelardo Ramos. Editorial Indoamérica. Buenos Aires, 1954.

ACOSTUMBRADO seguramente, dadas sus inquietudes sociales, a expedirse en hojas de combate sobre temas de urgencia, como puede ser un manifiesto sobre un paro obrero en un establecimiento de barrio, el autor acomete con los mismos bríos y la misma fogosidad el enjuiciamiento de nuestra literatura. Por supuesto, está enojadísimo con ella y lo dice a gritos. Grita contra Martínez Estrada, contra Borges, contra Mallea, contra Victoria Ocampo, contra "La Nación", contra "Sur", contra todo. Pero, en definitiva, la única acusación seria del libro no es otra que ésta: la del enorme resentimiento del propio autor.

El señor Ramos, como la mayoría de los marxistas criollos, es un revolucionario pero en el peor sentido. O sea que no lo es por amor a una determinada clase sino, sencillamente, por odio o despecho contra otra. Al igual que ellos, también se conduce y procede por fórmulas, cree saberlo todo y no hay prácticamente nada sobre lo que no se sienta obligado a emitir opinión, así se trate de un convenio gastronómico, de un cuadro surrealista o de un estudio sobre construcción de puentes. Ahora bien, como además es trotskysta y se encuentra muy solo, su resentimiento asume una peligrosidad especialísima. Pero también, hay que decirlo, muy divertida. Como lo atestigua este libro que, pese a su "demoledor mensaje", es de una abrumadora ingenuidad y se pierde solo, sin ayuda de nadie.

El señor Ramos está indignado porque los intelectuales y artistas nuestros hayan atendido siempre a Europa. Esto, según él, es pésimo y nunca nos conducirá a nada. Debemos dar la espalda a la cultura capitalista y mirar hacia lo propio, para descubrirlo y expresarlo. O sea que, sobre que siempre despertamos tarde a muchas cosas, él desea que todavía lo hagamos con mayor retraso, aunque en cierto tipo de experiencias ello pudiera resultarnos trágico. Pero él no ve esto ni puede verlo, porque su nacionalismo no es más que una simple consigna. El señor Ramos está furioso, además, porque muchos libros argentinos, por su calidad, no se encuentran al alcance del pueblo. Confirmando aquí su falso espíritu revolucionario y su artificial actitud nacionalista, el señor Ramos aspira no a que el pueblo ascienda en capacidad hasta poder gustar de esas obras, sino a que esas obras sean rebajadas a un nivel en que el pueblo pueda disfrutarlas. ¿Pero es que llega a tanto el enceguecimiento del señor Ramos que no vea lo contradictorio que resulta, frente a su pretendido nacionalismo, la preconización de algo semejante? ¿O es que pretende que 10 ó 15 escritores tomen a su cargo la inmensa tarea propia del Ministerio de Educación? Y así en todo, llegando a veces a la puerilidad, como cuando, por ejemplo, se escandaliza de la erudición de Borges y lanza anatemas contra las citas que este autor gusta hacer de textos en otros idiomas.

No podemos extendernos más. Para dar una idea del espíritu que informa al señor Ramos, y de la jerarquía de su libro, digamos que de las 83 páginas que éste trae, ochenta están dedicadas al estudio de la pretendida crisis (que sólo es un pretexto para desahogar el propio encono) y dos, sólo dos, únicamente dos, para sentar las bases de la resurrección. ¿Y qué es lo que por último propone? Pues... lo de siempre, lo de todos: volver al pueblo. Pero dicho así, con las mismas palabras, sin agregar ni explicar nada. Lo cual, aparte de ser muy cómodo, no puede ser menos eficaz. Aunque, en cierto aspecto, no lo es del todo. Porque ha de servirnos para que nunca volvamos a prestarle atención, para que nunca volvamos a perder tiempo leyendo sus ensayos infatuados, gritones y vacíos.

Jorge Vocos Lescano

SOLITARIO, MIRA HACIA LA AUSENCIA, por Miguel Arteche. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1953.

CON la mayoría de los libros de poetas jóvenes que se publican hoy en España sucede exactamente lo contrario de lo que ocurre en nuestro país. Aquí, como sabemos, todo volumen que aparece es siempre revelador, sea de cualidades, sea de defectos, y frente a él se hace posible, en alguna medida, la toma de posición. Por lo general, un libro nos gusta o no nos gusta. Y esto es lo que no llegamos a precisar con claridad frente a los españoles. Salvo casos muy contados, en que nos encontramos con voces personales y definidas, y que ahora no interesa determinar, la casi totalidad de los poemas que allí se editan ni nos atraen ni nos dejan de atraer. Y esto por una sola razón: porque cualquiera sea su línea estética, hallamos que dichos poemas están bien escritos, que tienen un mínimo de gracia y de felicidad, pero que, al mismo tiempo, no nos alcanzan a brindar nunca lo que realmente en ellos buscamos, o sea la sorpresa, el toque de lo milagroso.

Ultimamente, con los muchos poetas hispanoamericanos jóvenes que visitan España y publican allí sus libros, se observa el mismo fenómeno. No sabemos si por pura coincidencia, por contagio o porqué, pero el hecho existe de manera indudable. No hay ninguno que haya logrado diferenciarse mayormente del conjunto, sin excluir poetas que, como Fernández Spencer, han sido capaces de adjudicarse en Madrid distinciones como el premio "Adonais", de tanta repercusión. Todos son más o menos parejos de tono, tienen cierto encanto, no dan lugar a reparos de consideración. Pero ninguno se destaca, sobresale, consigue nitidez.

Este libro del chileno Miguel Arteche —de quien ya sabíamos a través de las revistas y de alguna antología— no tiene en tal sentido otro significado que el de uno más entre tantos. Desde el extenso poema "Thomas Wolfe camina por Virginia" con que se abre el volumen, hasta el titulado "Un viento recorre la tierra", que marca su fin, todas sus páginas se leen con agrado, sin contrariedad, pero, también hay que decirlo, sin que despierten en nuestro ánimo casi ningún fervor. Lo mejor, pensamos, son sus poemas de amor y, sobre todo, aquéllos con reminiscencias de alguna bohemia estudiantil. Quizás por ser fruto de la vida misma, el sentimiento en ellos se hace más cálido, más cierto, y con seguridad que hubieran llegado a conquistar nuestra firme adhesión si no fuera que el afán por ciertas formas ha malogrado en parte su manifestación. Para intensificar su mensaje, el autor recurre a menudo a enumeraciones de tipo caótico, que desdichadamente no maneja con fortuna. Y de ahí que en oportunidades nos ofrezca sólo un calco o remedo neruduano, de bastante pobreza.

Pero Miguel Arteche es muy joven y este volumen no es más que una de sus primeras tentativas en el arduo y difícil camino de la vocación. Por estos versos que nos ha dado, sólo por ellos, no podríamos decir sinceramente cuál es el verdadero valor actual de su presencia ni aventurar tampoco vaticinio alguno sobre su porvenir poético. Razones hay para que nos inclinemos a pensar que, con el tiempo, su voz habrá de afirmarse y su mensaje habrá de interesar. Pero por ahora es temprano para opinar nada y no nos queda más que aguardar, entonces, sus nuevos testimonios.

Jorge Vocos Lescano

Para los profesores de religión
DIDASCALIA
Revista mensual para la enseñanza religiosa.
Suscripción anual $ 20.—
EDITORIAL "APIS"
Pte. ROCA 150 ROSARIO

CRITERIO

Aparece los segundos y cuartos jueves de mes

AÑO XXVII 10 de junio de 1954 Nº 1213

ES PROHIBIDA LA REPRODUCCION PARCIAL O TOTAL DE LA PRESENTE EDICION DE CRITERIO, AMPARADA POR LA LEY 11.723

Registro de la Propiedad Intelectual Nº 368.246

SUSCRIPCION		SUSCRIPCIONES DE AYUDA	
Anual	$ 60.—	Vitalicia	$ 1.000 una sola vez
Semestral	„ 40.—	De protección	„ 500 anuales

Número suelto, $ 3.50 — Número atrasado, $ 5.—

Pago adelantado

Giros, bonos postales o cheques extenderlos a la orden de "Editorial CRITERIO, S. R. L.". No se aceptan cheques que no sean pagaderos en Buenos Aires.

Las suscripciones que el interesado no anule expresamente antes de su vencimiento, se consideran renovadas.

No se mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas, si bien estimará debidamente toda contribución espontánea para cualquiera de las secciones de la Revista

ALSINA 840 BUENOS AIRES T. E. 34 - 1309

Horario de oficina: De lunes a viernes, de 13 a 19

PROFESIONALES

ABOGADOS

Dr. Lucas F. Ayarragaray
Abogado
Diagonal R. S. Peña 760 — T. E. 34 - 5135

Dr. Américo A. M. Barassi
Abogado
Cangallo 466 - 4º Piso — T. E. 33 - 1526

Dr. Conrado Carlos Beckmann
Abogado
Pueyrredón 1280 T. E. 78 - 1396

Carlos A. Bellati
Abogado
Lavalle 1605 - 2º Piso — T. E. 35 - 2192

Dr. César Bellati
Abogado
Lavalle 1605 - 2º Piso — T. E. 35 - 2192

Dr. Juan Carlos Benedit
Abogado
Ayacucho 1176 T. E. 42 - 3922

Miguel Alfredo Benedit
Abogado
Av. R. S. Peña 760 — T. E. 34-4848 y 6166

Dr. Luis Botet
Abogado
25 de Mayo 267 T. E. 30 - 1736

Luis María Bullrich
Abogado
25 de Mayo 195 T. E. 33 - 7921

César Buedo (h.)
Antonio Vázquez Vialard
Abogados
Avda. de Mayo 1365 - 1er. Piso - Of. 618
T. E. 37 - 9984 y 9743

Federico Díaz Saubidet
Abogado
Lavalle 1473 - 4º Piso - Escritorios 407/8
T. E. 38 - 7057

Dr. Oscar María Ferrari
Abogado
Av. Pte. R. S. Peña 651 — T. E. 34 - 3669

Dr. Angel Gómez del Río
Abogado
Corrientes 115 — Paraná (Prov E. Ríos)

Eduardo García Bosch
Abogado
Florida 722 T. E. 31 - 4259

Darío Luis Hermida
Abogado
Río Bamba 486 - 1er. P. — T. E. 47 - 2178

Estudio Lafaille
Talcahuano 395 - 1er. P. — T. E. 35 - 1260

Dr. Jorge Morixe
Abogado
Corrientes 222 - 11º Piso — T. E. 31 - 2538

Belisario Moreno Hueyo
Abogado
Cangallo 362, 5º P. - T. E. 33 - 6921 y 5416

Manuel V. Ordóñez
Abogado
Avda. R. S. Peña 530 — T. E. 33 - 3001

Miguel Manuel Padilla
Abogado
Tucumán 695 T. E. 31 - 3856

Jaime Potenze
Amadeo Soler
Abogados
Procurador Juan Pablo Olguín
San Martín 244, Esc. 204 — T. E. 34 - 0329
Bs. As. — Plaza Zabala 383 (1er. Piso)
U. T. E. 82080 - Montevideo

Eduardo A. Roca
Abogado
Sarmiento 643 Capital

Francisco Trusso
Luis María Casares
Abogados
Lavalle 1394 - 6º Piso — T. E. 37 - 2983

ARQUITECTOS

Roberto Juan Cardini
Arquitecto S. C. de A.
Pozos 230 T. E. 38 - 9311

INGENIEROS

Francisco D'Arcángelo
Ing. Civil
Morelos 17 T. E. 06 - 2439

Luis M. Gotelli
Ing. Civil
Yerbal 176 T. E. 60 - 3466

Sabas Luis Gracia
Ing. Mecánico y Electricista
Arenales 1149 T. E. 42 - 2704

Antonio R. Lanusse
Ing. Civil
San Martín 232 T. E. 33 - 6239

Sebastián Enrique Guiroy
Ing. Civil
Hipólito Irigoyen 860 — T. E. 34 - 1221

Esteban Pérez
Ing. Industrial
Treinta y Tres 40 T. E. 62 - 4393

Eckhardt Rathgeb
Ing. Civil
Diagonal Norte 760 T. E. 34 - 3129
Ofic. 77 - 3er. Piso

Eduardo Saubidet
Ing. Civil
Talcahuano 1090 T. E. 42 - 2173

Basilio Uribe
Ing. Civil
5 de Julio 1953 - T. E. 741 - 0560 - Olivos

MEDICOS

Dr. Iván J. L. Ayerza
Médico
Traumatología y Ortopedia
Juncal 2573 T. E. 78 - 2533

Dr. Luis Ayerza
Clínica Médica
San Martín 1033 T. E 31 - 1346

Alejandro M. Braceras
Médico
Enfermedades de la Piel
Arenales 1611 T. E. 44 - 1705
Pedir hora

Dr. Germán C. Rillo Cabanne
Oculista
Martes, Jueves y Sábado Pedir hora
Cangallo 1968 T. E. 49 - 0258

César Cardini
Médico
Charcas 788 Capital

Dr. Héctor Colmegna
Enfermedades de las Vías Respiratorias
Sarmiento 839 T. E. 35 - 0257
Particular: T. E. 44 - 3380 - Pedir hora

Dr. Felipe de Elizalde
Médico de Niños
Avda. Libertador Gral. San Martín 946
Pedir hora T. E. 42 - 5602

Dr. Juan Agustín Etchepareborda
Clínica Médica
José E. Uriburu 1267 T. E. 41 - 7634
Solicitar hora

Dr. Jorge Nocetti Fasolino
Médico de Niños
Viamonte 1716 T. E. 35 - 5357
Pedir hora

SANATORIO FLORES
Instituto de Clínica Neuropsiquiátrica
Director: Prof. Dr. Gonzalo Bosch
Tte. Gral. Donato Alvarez 350
T. E. 63 - 0027 Buenos Aires

Dr. Jorge Galarraga
Ginecología y Obstetricia
Médico Cirujano - Matrícula 03025
Lunes, Miércoles y Viernes
Esmeralda 634 - 4º Piso — T. E. 35 - 3730

Dr. Carlos A. Llambías
Médico
Avda. Callao 569 T. E. 35 - 3355
Solicitar hora

Dr. Juan Nasio
Enfermedades del Aparato Digestivo
Arenales 1335 T. E. 42-6852

Dr. Aurelio E. Serantes Lasserre
Urólogo
Lunes, Miércoles y Viernes, de 14 a 16 hs.
Solís 1361 T. E. 23 - 8365

Dr. Rafael Sitler
Médico Oculista
Billinghurst 2084 T. E. 78 - 0605

VARIOS

Mario L. G. Costantini
Agrimensor
Callao 626 T. E. 44 - 2474

Federico R. Lanusse
Contador Público Nacional
San Martín 232 T. E. 30 - 0661

Rosario Estrada
Traductora Pública Nacional
Inglés - Francés
Callao 1046 T. E. 42 - 4365

José María Lacoste
Contador Público Nacional
Larroque 232 - T. E. 242 - 3038 - Banfield
C. Pellegrini 1062 - T. E. 41 - 0203 - Cap.

CORREO Argentino Central (B)
FRANQUEO PAGADO
Concesión Nº 231
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 476

El Regalo

que Vd. desea, lo hallará en el

Dep. Bazar de

CASA ARGENTINA

Scherrer

SUIPACHA Y
CANGALLO

Editorial CRITERIO, S. R. L.
Cap. mín. 50.000.—
Alsina 840 - T. E. 34-1309 - Bs. As.

$ 3.50

Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre 2600 esq. Paso
10 DE JUNIO DE 1954